

# Serás ceniza por tu belleza

Alejandro Riera  
Guignet



Alejandro Riera Guignet

Serás ceniza  
por tu belleza

# Contents

[Título y Autor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)  
[Capítulo 41](#)  
[Capítulo 42](#)  
[Capítulo 43](#)  
[Capítulo 44](#)  
[Capítulo 45](#)  
[Capítulo 46](#)  
[Capítulo 47](#)  
[Capítulo 48](#)  
[Capítulo 49](#)  
[Capítulo 50](#)  
[Capítulo 51](#)  
[Capítulo 52](#)  
[Capítulo 53](#)  
[Capítulo 54](#)  
[Capítulo 55](#)  
[Capítulo 56](#)  
[Capítulo 57](#)  
[Capítulo 58](#)  
[Capítulo 59](#)  
[Capítulo 60](#)  
[EPILOGO](#)

A Lucía

“Y yo he sacado de ti mismo  
el fuego que te ha devorado;  
te he reducido a ceniza  
sobre la tierra”  
(Ezequiel 28:18)

# 1

—La noticia bomba os la cuento esta noche, durante la cena.

Y Héctor sonrió poniendo cara misteriosa.

Judith empezó a morderse las uñas. No sabía qué pensar de la “noticia bomba” de su novio. Podía ser cualquier cosa. Que le había comprado un regalo o que era el fin del planeta tierra. Cualquier cosa. Y quería a Héctor, es cierto. Aunque fuera un botánico excéntrico de pelo revuelto y mirada ausente. Ése era su encanto. Pero, a veces, le parecía que tenía por novio a un marciano de incógnito. Era el momento de bajar el marciano a la tierra:

—Pero no te olvides de la razón de la cena ¿eh? —insistió Judith.

—Que sí, mujer. A ver si emparejamos a Ana. Yo creo que se van a gustar.

—¿Y cómo es David?

—Parado, soso y tímido.

—Genial. Es como Anita, pero en tío. Son tal para cual. Se van a gustar seguro. Hemos acertado. Esto acaba en boda.

—¿No vas un poco rápido?

—Ya sabes cómo soy. ¿Para qué perder tiempo? Es como con mis clientes. Si les puedo vender un piso hoy ¿para qué esperar a mañana?

—Oye, que es una cita a ciegas, no una venta inmobiliaria.

—Lo que tú digas. Aquí hay un inmueble que vender, Anita, y un posible comprador, David. Yo lo veo así.

—Muy romántico, Judith, eres de un romántico que asustas.

—Pues no te asustes, que no muerdo —y Judith besó a su novio. Iba a ser un beso largo; de los de película, vamos. Pero fue un beso de cortometraje.

Sonó el móvil.

—Es Anita —susurró Judith.

—Judith... soy yo... Anita... perdona que te moleste...es que me estoy agobiando —y su voz sonaba temblorosa al teléfono.

—No te preocupes, dejo lo que estaba haciendo —Judith apartó las manos del botánico que, como dos lianas, ya exploraban sus senos— ¿qué te pasa?

—Es que soy un desastre... no sé qué ponerme para la cena. Y el tiempo se me echa encima.

—Efectivamente, sólo quedan 12 horas. Poco tiempo me parece para escoger unos zapatos —dijo Judith con ironía.

—¿Ves como tengo razón en agobiarme? Se me cae la casa encima, es que no puedo —se angustió Ana.

—Voy para allá. Espérame en bragas que yo te escojo el vestido.

Y Judith colgó a su amiga.

—¿Qué has dicho de bragas? —intervino Héctor, interesado de repente.

—Frena el carro, amiguito. Esto es sólo para chicas. Sesión de vestuario a la vista. Tú ocúpate de Romeo. Que encuentre el restaurante esta noche y no se nos pierda por el camino. Nos vemos a las 21h00. Beso.

Y Judith dejó su apartamento para socorrer a su amiga.

\*\*\*

Cuando Ana y Judith se bajaron del taxi, los dos galanes ya esperaban a la entrada del restaurante. Héctor tenía el pelo un poco menos revuelto y vestía su chaqueta de pana de los domingos. David tenía el pelo engominado y vestía un traje que le iba grande. Era tan flaco como Anita que bajaba del taxi con su vestido de flores y una rebequita.

—Os presento a David —anunció Héctor.

Judith se hizo a un lado y los dos tórtolos se dieron la mano.

—Encantado.

—Encantada.

Y, cosa sorprendente, no se intercambiaron tarjetas de visita.

Entrando en el local, Judith, ante el desastre que intuía, susurró a su novio: “ponle salsa a la cena que me parece que a éstos les falta sal”.

Y lo intentó. En honor de Héctor, hay que reconocer que lo intentó. Pidieron los platos y... silencio. Héctor rompió el hielo.

—¿Sabéis como conocí a David? —anunció—. En un salón de agricultura. Estaba escogiendo abono. Le aconsejé el mejor del mercado.

—Y el más caro —añadió David.

—Cierto...cierto —siguió Héctor un poco azorado— pero el mejor, sin duda.

—¿Así que os conocisteis comprando estiércol? —retomó Judith— ¡qué gracioso!

—¿Gracioso? No, para nada, era un buen abono —afirmó serio Héctor.

—Y caro, muy caro —remachó David.

Judith se quedó descolocada. Pero menos que Ana que había fijado su atención en la decoración del local. Unos hablando de la mierda del abono y la otra mirando la lámpara. ¡Había que hacer algo!, pensó Judith. Tenía que vender a Anita como fuera.

—Anita, estos ya nos han hablado de su... abono, de sus sueños. ¿Cuáles son tus sueños? Que David te conozca un poco.

—¿Mis sueños? No duermo muy bien, me agobio por la noche y tengo pesadillas. Son muy raras ¿queréis que os las cuente?

Judith saltó como un resorte para evitar el desastre.

—No, Anita. Son algo íntimo, mejor te las reservas para ti. Lo que quería que contaras es lo que te gustaría hacer con tu vida.

—Ser locutora de radio —y dicho esto se quedó callada.

El silencio lo invadió todo. Judith le hizo gestos de auxilio a Héctor, que tardó unos segundos en entenderlos.

—Es muy bonito lo de la radio —añadió sin convicción.

—Sí —dijo Ana volviendo a su silencio.

Judith estuvo a punto de añadir algo sobre el tema, pero prefirió callarse. Se le ocurrió, entonces, una idea luminosa:

—Héctor ¿no tenías una noticia bomba para esta noche?

—Efectivamente. Tiene que ver con las migas de pan —y con estas palabras destripó a un inocente panecillo que reposaba tranquilamente sobre el mantel.

—Este es el origen de todo —siguió el botánico—. ¡Se han encontrado migas de pan carbonizado de hace 14.400 años de antigüedad! ¿Sabéis lo que supone?

—Yo lo intuyo —dijo Judith con enfado.

—Es un descubrimiento memorable ¡adelanta la fecha del descubrimiento de la receta del pan!

—concluyó Héctor, radiante.

—Memorable, sin duda —apoyó David cogiendo con interés unas migas del mantel.

—¿Y en qué coño nos afecta a nosotros? —gritó Judith. Ante su grito se enmudeció no sólo la mesa sino el restaurante entero.

—Me han invitado al yacimiento en Jordania. Estaré unos seis meses.

—¡O sea que te largas durante seis meses! —estalló Judith— ¿Y ésta es la noticia bomba?

—Es muy relevante científicamente —insistió David.

—Tú te callas, coño. Que no te enteras. Y acábate el panecillo que has puesto perdida la mesa —y Judith se acodó con rabia—. Vamos a comer, mejor comer ¡pero hoy como sin pan, así adelgazo joder! Lo habéis conseguido. Entre todos lo habéis conseguido. Me habéis chafado la noche.

## 2

Al volver a casa con Ana, Judith lamentó su reacción.

—Creo que me he pasado en el restaurante. Si quiere ir a su excavación que se vaya. Es su profesión.

—Es que le quieres y quieres estar con él —la consoló Ana.

—Ya... a veces me pueden los nervios. Pero tú eres lo contrario. Tú me calmas. Aunque te he chafado la cita a ciegas. ¿Cómo has quedado con David?

—Bien, muy bien. Es muy majo.

—Pero ¿te ha pedido el teléfono?

—No, nos hemos despedido y ya está. Entre nosotras... es un poco soso para mí. ¿Nos imaginas a los dos juntos?

Judith se imaginó la escena al instante. En su mente los tortolitos cruzaban un parque lleno de mariposas mientras los cervatillos aparecían tras los arbustos para verlos pasar. Sólo faltaban los siete enanitos. Por lo visto Ana se había imaginado una escena similar. Y las dos se pusieron a reír al unísono. No podían parar. Es que no podían.

—Voy a hacer un pis —y Ana corrió hasta su apartamento.

Judith entró unos segundos más tarde. Con su amiga en el baño esperó en el salón. “Todo tan ordenado como siempre”, pensó. “No como una que yo me sé” y sintió remordimientos al evocar su propio apartamento caótico. Ana, al salir del baño, interrumpió sus pensamientos:

—... es que no me gustaba el tal David —dijo.

—Yo no sé de dónde los saca Héctor. ¿Te acuerdas del aeronáutico?

—¿El de los ojos saltones?

—Ése, ése...

Y se pusieron a reír, de nuevo.

—A este paso me quedo para vestir santos —se lamentó Ana.

—No seas tan trágica, mujer.

—No soy trágica. Sólo realista. Pero mírame Judith, no despierto pasiones, reconócelo, si acaso un poco de pena.

Judith contempló el cuerpo flaco de su amiga. Pero no dijo nada.

—Estoy segura que lo primero en que piensa un chico cuando me ve es en invitarme a un bocadillo. A ver si me cunde algo...—concluyó Ana.

—Hombre, las delgaditas están de moda, mira a Audrey Hepburn.

—Ya... como en Desayuno con diamantes. Pues los chicos, al verme tan flaca, antes que los diamantes me quieren dar el desayuno...

—Pues yo soy todo lo contrario. Te podría regalar un poco, me sobra por todos lados.

—¡Ahí está! Y ¿has visto la cara de felicidad que pone Héctor a tu lado? ¡Normal! Tiene donde agarrar. Pero conmigo nada de nada, sólo huesecillos y un poco de carne para recubrir el conjunto. Así no voy a encontrar nunca al amor de mi vida.

—Pues yo soy muy cabezona. Y no me gusta verte triste. Te voy a encontrar a tu príncipe, no lo dudes.

Tras una pausa, Judith preguntó con seriedad:

—¿Sigues con tus pesadillas? Me has preocupado en la cena. Perdona que te cortara, pero no era el momento de que las contaras a todo el mundo.

—Si ya lo entiendo... pero es que vuelven más a menudo, no sé por qué. Es como si quisieran avisarme de algo inminente, de algo peligroso. Pero son tan confusas... Son difíciles de describir. Son como trozos inconexos de una historia que ha escrito otra persona.

Judith miró, preocupada, a su amiga. No le gustaba verla así. Esos sueños oscuros eran como un muro que la separaba de Ana. Y no podía atravesarlo. Sólo podía intentar alejarla de esa angustia. Llevarla a la vida. Buscarle pareja para que fuera feliz. Pero lo de los sueños no podía entenderlo. Ella caía agotada después de sus jornadas detrás de los clientes y se despertaba sin más al día siguiente. Ya está. Dormía en bloque toda la noche. Pero Ana era diferente. Sus noches eran largas, casi eternas. Noches de angustia y de temores irracionales.

—Si vuelves a tener tus pesadillas, despiértame. No lo dudes —le propuso Judith.

—Es que no quiero ser una carga para ti, bastante haces por mí. Aunque la próxima vez elige a alguien parecido a George Clooney. No tendré ninguna posibilidad, pero al menos me recrearé la visual durante la cena.

—OK, oído cocina. Para la próxima cita a ciegas, llamar a George Clooney.

Y las amigas se miraron con afecto. No había nada que añadir.

—Yo bajo a casa. Estoy rota —dijo Judith. Estaba agotada y agradeció, entonces, que vivieran en el mismo bloque. De la 6ª a la 3ª planta, sin atascos ni nervios.

—Vale... yo también estoy cansada. Gracias, por la cena.

—De nada, corazón, duerme bien.

—Eso haré, soñaré con Clooney.

Y Judith salió sonriendo del apartamento de su mejor amiga.

\*\*\*

A solas, la sonrisa se heló en la cara de Ana. Había mentido sobre sus sueños, como siempre. Eran mucho más aterradores de lo que había dicho. No podía contarle toda la verdad a Judith. Acabaría por hartarse de ella y abandonarla. Y eso no podría soportarlo. Tenía que esconderle sus miedos, ocultárselos, guardárselos para ella. Que sólo la pudriesen a ella, a nadie más. Nadie merecía vivir el suplicio de otra persona. Ese pensamiento la hizo fuerte unos segundos, pero su fortaleza desapareció cuando miró el reloj:

—Las 2h35. Toda una noche por delante —susurró.

Y contempló de reojo el mayor de sus miedos.

La cama reposaba en la penumbra como un oscuro baúl. Y Ana sabía que, en su interior, se ocultaban esos monstruos sin nombre que la acechaban cada noche.

Ana se despertó sobresaltada.

La pesadilla aún perduraba en las esquinas de su memoria y coleaba como un monstruo antes de desaparecer.

Estaba empapada de sudor y su corazón palpitaba acelerado. La habitación osciló ante sus ojos como si estuviera en un barco. Se vio, de nuevo, debatiéndose en su sueño sin poder hacer nada. Notó que la angustia crecía en su interior de forma imparable e invadía el dormitorio. Parecía que la pesadilla había alargado sus tentáculos y emergía para quedarse. Este pensamiento la atenazó y notó una opresión en el pecho. No podía levantar su cuerpo. Unas sogas invisibles la ataban a la cama y sólo podía parpadear mirando el techo. El miedo creció, entonces; pero otro tipo de miedo. “Si me ven así pensarán que soy una depresiva, una inútil” —se dijo con angustia al imaginarse abandonada. Se vio a sí misma paralizada en el lecho y no supo qué hacer. “Es que soy una inútil” y pensó al instante en su mejor amiga. “¡Judith!”, ella sabría qué hacer. Decidió llamarla.

—¿Judith?

—¡Anita! ¿Estás bien?...—la voz en el móvil sonó enérgica. Mientras hablaba, Judith apartó de un manotazo varios catálogos de casas. Se había quedado dormida estudiando los nuevos folletos.

—Es que he tenido una pesadilla y creía que no podía salir de ella.

—Pues no te preocupes, ya ha pasado, cálmate.

—Vale, ya sabes que soy un poco agobiada. ¿Me acompañarás a la cita?

—Claro, como siempre. Me arreglo y subo a buscarte.

Ana, ya más tranquila, cerró el móvil y se relajó un poco. Los ganchos invisibles que la ataban a la cama se aflojaron y pudo incorporarse. Alrededor todo era lo mismo: los archivadores de cartón, el ordenador en el pequeño despacho... Entonces, se dio cuenta: la pesadilla se había disuelto como una niebla malévola. “Qué tontería” —se dijo para calmarse. Pero la asustó su reacción alarmista. “He molestado a Judith por una tontería, soy una estúpida. Se acabará hartando de mí y me dejará sola.” Este último pensamiento, verse sola, sin su amiga, perder su ayuda y depender de sí misma, le atenazó la garganta. “Es que soy una inútil —concluyó— no tenía que haber llamado a Judith”.

\*\*\*

Judith, por su parte, tras la llamada de Ana, se levantó de golpe de la cama.

—¡Al tajo! —gritó a las paredes.

Los folletos con las nuevas promociones inmobiliarias se habían dispersado por el suelo como un arco iris. “Ya los recogeré luego”. Y se dirigió al baño.

5 minutos y 25 segundos después salía de su apartamento para rescatar a su amiga de sí misma. La puerta quedó cerrada con sólo tirar un poco. “Parece que el cierre con tarjetas fue una buena idea, un punto para mí” —se dijo satisfecha.

En el rellano vio a un señor maduro y trajeado esperando el ascensor. Las fichas de su cerebro empezaron a aparecer: “Andrés Fortuny. 3º C. Delineante. Contrato de venta firmado hace 3 años.

Hipoteca a plazo fijo. Un poco quisquilloso”.

—Don Andrés ¿todo en orden? —Judith se dio cuenta enseguida de que tenía que haberse mordido la lengua.

—Más o menos. El agua de las cañerías no tiene presión... ¿Ha visto las palomas en la azotea? ¡Qué porquería!

—Llega el ascensor —cortó Judith. “Salvada por la campana”, pensó aliviada.

—¿No entras, hija?

—No, gracias, no bajo. Voy a subir a ver a mi amiga al 6º. Baje usted, luego lo cojo de subida.

Y don Andrés desapareció tras las puertas de metal. Siempre le llegaban las quejas pero, después de todo, tenía que apechugar pues su tío era el administrador de la finca y ella ayudaba a resolver los problemas cotidianos. “Un cliente lleva a otro cliente”, se repetía siempre Judith en estos casos.

Esperando el ascensor de vuelta, Judith volvió a pensar en Ana. “Sólo ha tenido un mal sueño”, se repitió. Y no era la primera vez. Pero tuvo la sensación de un peligro inminente. No podía evitar preocuparse por Ana, siempre había sido así, desde que eran pequeñas. Y se zambulló en el pasado, cuando eran sólo unas niñas. Su evocación se interrumpió de repente cuando las puertas de metal se abrieron para engullirla.

Al llegar al apartamento de Ana, Judith abrió con una copia de la tarjeta. Así podía entrar en caso de emergencia. Encontró a su amiga a medio arreglar.

—Al pasar la baaaaarca... —pronunció Judith canturreando la canción infantil.

—...me dijo el barqueeeero —respondió Ana cantando con el mismo tono.

—¿Cómo vamos? —preguntó Judith con suavidad para no agobiar a su amiga.

—¡No sé qué ponerme! ¡Es que soy más torpe! Pero no quiero que se note ¿qué me pongo?

—Ése está bien —señaló Judith.

—Vale, no sé qué haría sin ti. Es que quiero dar buena impresión

—Pero si ya te conoce, eres una tía genial. No te preocupes.

—¿Tú crees?

—Que sí, coño, vístete de una vez —concluyó Judith, acabando de perder la paciencia.

Ana acabó de arreglarse en el coche mientras Judith conducía con la precisión de un cirujano zigzagueando entre el tráfico

—Yo nunca podré conducir como tú —comentó Ana cerrándose la chaqueta.

—Ya. Acaba de vestirme que llegamos.

—Lo digo en serio. Todo lo haces bien. No como yo.

—No digas tonterías, tú eres genial. En fin, ya estamos aquí —y aparcó en dos maniobras como en una película americana.

Ante ellas se alzaba el edificio de apartamentos. Una hilera de árboles ondulaba susurrante. El ladrillo visto y las ventanas de madera daban una impresión muy agradable. Judith pensó, como cada vez que venían, que no había vendido nada por la zona. Tomó nota del dato en su cabeza. Era un barrio elegante. “De los más bien caros”, concluyó. Y caminaron hacia el portal.

Judith llamó al interfono del edificio de tres plantas. La voz que respondió sonó metálica.

—¿Sí?

—María, somos nosotras. Te traigo a Ana —aclaró Judith.

—Pasad, pasad.

Y la puerta se abrió con un sonido eléctrico.

En el umbral Ana pareció dudar y dejó a su amiga sujetando la puerta.

—¿Pasas o no pasas? —se impacientó Judith.

—Es que no sé ¿tú crees que debo?

—Pues claro, que no es tu primera vez, hija. ¡Adentro! Además, es bueno para ti...

Las amigas entraron. Al lado del portal, una plaquita dorada relucía tanto al sol que deslumbró a Ana y casi tropezó.

—Mira dónde pisas —le advirtió Judith.

En el ascensor, Ana empezó a moverse con inquietud. Judith se dio cuenta, pero lo dejó pasar. “Ya hemos llegado, eso es lo más importante”, concluyó.

Cuando la caja llegó a su destino, las amigas bajaron. Con la puerta abierta les esperaba María, sonriente.

—Hola chicas ¿cómo vais?... Un poquito nerviosa ¿eh, Ana?

—Sí, pero ya estoy mejor.

—Me alegro, pasad, pasad.

Y entraron las tres en el apartamento.

Fuera, en el portal de entrada, quedó brillando al sol la placa de metal:

María Márquez  
Psicóloga.

## 4

María condujo a las amigas a su despacho e hizo entrar a Ana.

—Tú puedes esperarnos donde siempre —y Judith se dirigió a la sala de espera.

Cuando María entró, Ana ya se había sentado en su butaca. La psicóloga se sentó enfrente.

—Hoy no está Gerardo en casa, pasa consulta en el hospital —comentó María— así que tu amiga tiene la sala para ella sola. Y tú ¿cómo te encuentras, Ana?

—Esta mañana he tenido una pesadilla.

—¿Puedes recordarla?

—Un poco. Era de noche y estaba como en un circo romano, o algo así; era un sitio que tenía gradas de piedra. Como un teatro al aire libre. Y tuve miedo.

—¿Qué es lo que te asustaba?

—No había nadie en las gradas. Sólo gradas de piedra. Y yo estaba en el centro, abandonada. Me parece que grité, pero no me sirvió de nada. Todo seguía vacío. Y yo no podía hacer nada. Gritaba y gritaba, pero no venía nadie. Era incapaz de conseguir llenar las gradas. Eso me aterró.

—¿Recuerdas algo más?

—Eso fue todo. Se me hizo eterno. Tuve la sensación de que me pasé horas en ese extraño teatro sin nadie. No sé si fueron horas o minutos, pero a mí se me hizo eterno. Y eso no fue lo peor. Cuando me desperté, el sueño me perseguía. Por unos instantes creí que el sueño me había seguido a mi habitación. Todo giraba a mi alrededor. Estaba paralizada por el terror y no podía levantarme de la cama. No habría soportado levantarme y encontrarme otra vez con esas gradas vacías. Pedí ayuda a Judith y eso me calmó un poco. Entonces pude incorporarme.

—¿Te sentiste mejor?

—Sí, estaba sudada, pero más tranquila. No estaban las gradas vacías, sólo mi habitación con sus archivos. Tengo mucha suerte de tener a una amiga como Judith. Y también de tenerte a ti.

—Te he notado nerviosa al llegar.

—Sí, estuve a punto de no venir. Tengo miedo de que te hartes de mí. Y eso tampoco podría soportarlo.

—¿Por qué me iba a hartar de ti?

—Porque soy una inútil, depresiva y ansiosa. En la emisora seguro que también lo piensan.

—¿Cómo va el trabajo?

—Como siempre. Sigo catalogando el archivo histórico de la emisora. Intento hacerlo bien para que no se den cuenta de que soy una incompetente.

—¿Cuántos años llevas en la emisora?

—Diez.

—¿Y por qué crees que te iban a echar después de diez años?

—Por incompetente, ya te lo he dicho.

—Y ¿por qué no se han dado cuenta hasta ahora?

—Porque lo disimulo muy bien. Pero sé que no es suficiente, acabarán por darse cuenta. Por eso me agobio. Suerte que Judith está conmigo, ella me tranquiliza y me aconseja. Si no estuviera, no sabría qué hacer con mi vida.

—¿Has pensado alguna vez en que no estuviera Judith?

—Sí, a menudo. Temo que acabe por hartarse de mí. No sé qué haría si me quedara sola. Tú

tienes a Gerardo, que es tu marido y, además, es psicólogo como tú. Pero yo sólo tengo a Judith, lo es todo para mí. Ella me consiguió el trabajo en la radio y el apartamento donde vivo. Siempre hemos estado juntas, desde el colegio. Pero si se hartase, no sabría qué hacer. Sólo pensar en ello...

Ana empezó a sollozar y María se acercó a ella.

—Toma, suénate —y le ofreció un pañuelo.

—Gracias.

María contempló la frágil silueta de su paciente mientras se sonaba la nariz. La dejó recuperarse un poco y siguió con la sesión. Le hizo, entonces, la pregunta decisiva:

—¿Has vuelto a ver los faros?

—Los veo a menudo, no podré olvidarlos nunca.

## 5

—No necesito soñar para ver esos faros —siguió Ana—. Me basta con cerrar los ojos y recordar el accidente.

—¿Qué edad tenías?

—Cuatro años. Pero se ha quedado grabado a fuego aquí dentro —y Ana se señaló la cabeza.

—¿Dónde ibas sentada?

—Iba detrás. Papá y mamá iban delante. Charlando, como siempre. Era de noche y volvíamos a casa. Creo que yo fui la primera en ver las luces. Al principio no llegué a entender qué pasaba. Parecía algo irreal. Como si un monstruo hubiera aparecido en nuestro camino para cortarnos el paso. Llegué a ver las luces aumentando de tamaño hasta cegarme. Noté el volantazo de papa y oí, también, el grito agudo de mamá. Su grito aún resuena en mi cabeza después de tantos años. He olvidado la voz de mamá, he olvidado su risa... pero ese grito no, ese grito nunca. Ese grito forma parte de mí, yo soy ese grito; a veces creo que ese grito me ha creado como soy ahora.

Ana, de repente, buscó a María con la mirada. Había regresado de su lejano viaje y, más serena, siguió hablando:

—...Y no recuerdo nada más de esa noche. Desperté en el hospital, sola en mi habitación. Aunque entonces no lo sabía, nadie iba a entrar a visitarme ni a preguntar por mí. Nadie. Nunca más. Nadie iba a consolarme por mis heridas. Era sólo una niña en un gran hospital lleno de desconocidos.

—¿Y Judith apareció más tarde?

—Sí, en el colegio de monjas. Pero apareció en el momento oportuno. Yo ya no le encontraba mucho sentido a seguir viviendo sola, sin mis padres. Sólo por Judith sigo aquí. Se lo debo todo. Por eso me aterra la idea de perderla, de que se harte de mí.

María miró a Ana, enternecida.

—Créeme, conozco a Judith y te aseguro que estaréis juntas hasta el fin del mundo. No te preocupes por eso... Bueno, creo que podemos dejarlo por hoy. Voy a buscar a Judith. Espera un momento.

María dejó el despacho y fue en busca de Judith a la sala de espera.

\*\*\*

Encontró a Judith mirando por la ventana y hablando por el móvil. Le sorprendió el contraste con Ana. Ana era frágil, casi quebradiza, mientras que Judith era grande, masiva, poderosa. Judith no podía quedarse sentada y esperar, tenía que mirar al exterior, comerse el mundo. Seguro que al llegar a la sala había hojeado alguna revista para luego dejarla, impaciente, en la mesa. Ahora estaba hablando con un cliente. María esperó en la puerta.

—¡Ya he terminado, ya he terminado! ¿Cómo ves a Anita? —le preguntó Judith colgando el teléfono.

—Bueno, me gustaría tener una conversación a solas contigo. Si quieres, pasa a mi despacho y mandamos a Ana a la sala de espera.

—De acuerdo —aceptó Judith un poco preocupada.

Y así lo hicieron.

Ya en el despacho, María se dirigió a Judith que esperaba circunspecta.

—Me ha contado lo de su pesadilla. Ha tenido un ataque de pánico. Ya sabes que es muy ansiosa. Pero lo peor es que la terapia no está funcionando. Hemos de probar un nuevo paso.

—Me estás preocupando ¿qué quieres que haga?

—Nada. Eso es lo que quiero que hagas.

—Pues explícate, que no me entero —empezó a impacientarse Judith.

—Con tus atenciones la estás perjudicando más que otra cosa. Sé que es duro decirlo, pero es así. Hay que dejar que vuele un poco con sus propias alas. Tiene que coger confianza y empezar a tomar decisiones de manera independiente. De hecho, tiene que alejarse también de mí. Uno de los objetivos de la terapia es que el paciente sea más independiente y estamos produciendo el efecto contrario: está delegando sus responsabilidades en mí. Cada vez que viene es un alivio para ella, pues se libera de tomar decisiones. Para ella es un efecto pernicioso. Es una paciente sumisa, demasiado sumisa, demasiado dependiente. Yo lo que quiero es que se vaya separando de sus muletas y consiga ser independiente, apta para vivir y decidir sobre su vida.

—Yo creía que hacía bien protegiéndola —se lamentó Judith.

—Eso no quita valor a lo que has hecho. Pero hemos de ser más disciplinados con ella.

—O sea hay que dejar que la cague ella solita.

—Es una manera de resumirlo. Pero siempre con prudencia.

—¿Y eso?

—Como bien sabes, allí fuera, en el mundo real, hay de todo. Hay pececitos buenos y pececitos malos. Ana es uno de los pececitos buenos, buena y sin defensas. Por eso hay que dejarla volar, pero eso sí, vigilándola sin que lo note. En el mundo hay muchos tipos de personas, la mayoría son normales; pero también existen los depredadores y, para ellos, Ana es un apetitoso corderillo.

Al oír estas últimas palabras, Judith volvió a notar la sensación de peligro inminente; era como una señal roja y parpadeante que indicase agónicamente una amenaza cercana.

## 6

Minia llamó con su pequeño puño al portón de madera. Todo su cuerpo temblaba y las piernas se le doblaban sin fuerza. Logró gritar:

—¡Felipe! ¡abre! ¡Soy yo! ¡No me dejes! ¡Felipe!

Sólo el silencio contestó a sus súplicas.

La joven rompió en llantos arrodillada en la escalinata de la entrada.

—...Felipe... soy yo... —suspiró.

Pasados unos segundos decidió marcharse. Miró a la calle y no oyó ni el ruido de los coches, ni las voces de la gente. Todo era silencio, un silencio opaco y cruel. Todo había acabado ante ese portón cerrado. El mundo ya no existía: sólo ese portón. Sólo el abandono y la soledad. Titubeante, bajó unos peldaños sin saber adónde ir.

Entonces, la puerta se abrió.

En el umbral apareció un joven atlético. Vio enseguida a la muchacha, pero no pareció sorprendido. Sólo sonrió levemente como si encontrara la situación graciosa.

—¿Qué haces aquí? —le dirigió a la chica con una voz helada—. Parece que no entiendes una indirecta.

—Es que, Felipe... ¿qué he hecho?... no lo entiendo... dímelo y cambiaré ¡cambiaré por ti!

—No has hecho nada, cariño. Nada... ése es el problema. Me aburres, nada más.

—Pero ¡no puede ser! ¡Yo te quiero! ¡No puedes dejarme!

Y la chica se arrastró hasta sus tobillos para cogerlos con las manos. El joven retrocedió mirando a la calle.

—Estás dando un espectáculo. Entra. No hagas más el ridículo. Además, tengo un regalo para ti.

Con estas palabras el joven desapareció en las sombras de la casa. La chica le siguió y también fue engullida por la negrura.

En el gran hall, la muchacha se encontró desorientada. El joven había desaparecido y casi no veía en la oscuridad. Entonces, por primera vez, tuvo miedo. ¿A dónde había ido? ¿Qué quería regalarle? Imaginó algo obsceno, algo cruel para burlarse de ella como lo hacía a menudo. Pero permaneció de pie en el hall. No iba a rendirse. Sin Felipe nada tenía sentido. De repente, oyó la voz del joven desde un punto inconcreto del gran hall.

—¿No has dicho que no podrías vivir sin mí? —y, entonces, le vio aparecer con la suavidad de un gran gato. En la mano llevaba un objeto que relucía—. Pues este es mi regalo para ti.

Le ofreció el objeto con una sonrisa helada.

—Aquí tienes el cuchillo —y la mirada del joven brilló en la oscuridad.

La muchacha se quedó perpleja pero logró balbucear:

—Y esto ¿qué significa?

—¿No me has dicho que no podías vivir sin mí?

—Y es verdad... te lo juro.

—Pues demuéstalo. Hemos roto. Te puedo asegurar que no quiero volverte a ver en mi vida. Aquí tienes el cuchillo —y el joven se adelantó. La muchacha se estremeció al sentir el roce de la mano de Felipe. Le había puesto el cuchillo en la mano. Ella lo tomó y se quedó inmóvil como una estatua.

—Bueno, pues tú verás. Me parece que dudas. O sea que vuelves a aburrirme. Tengo planes para esta noche ¿sabes? Y no me apetece pasarme una hora contemplándote aquí, de pie, con esa pinta de tonta —y miró, entonces, su reloj con una expresión de impaciencia—. No tengo toda la noche Marta.

—Minia... me llamo Minia.

—Pero ¡a quién coño le importa cómo te llames!

—No sé... yo sólo creía que... tú... que yo...

—Joder, habla un poco más alto, haz un esfuerquito...

Entonces, Felipe vio las gotas de sangre. Minia se había rasgado las venas y las gotas rojas caían sobre las baldosas blancas del hall como un mensaje a la nada. Felipe pareció satisfecho por la reacción y sonrió a la muchacha.

—¿Ves como no es tan difícil tomar una decisión? Es lo que siempre me digo: “Piensa y actúa, pero sobre todo actúa”. Estoy orgulloso de ti... —e interrumpió su discurso. Minia había dejado caer el cuchillo que había sonado con un eco metálico en el suelo—. Pues eso, que estoy orgulloso de ti.

Felipe pasó junto a la joven. La rozó con el hombro y la joven se derrumbó hasta quedarse de rodillas. En la oscuridad brillaba el charco de sangre que nacía de ella para drenarle la vida. El joven no la volvió a mirar. Dejó atrás el bulto negro y salió a la calle.

—Creo que es el momento de cambiar de aires. Lo pasado, pasado, es lo que siempre me digo. Y hay que mirar al futuro.

*Unos días después.*

Felipe se contempló en el gran espejo de la entrada. Sus ojos se centraron en sus ojos reflejados y sonrió con satisfacción.

Pasados unos segundos miró alrededor: no estaba el conserje y los transportistas aún no habían llegado. No había nadie en la gran entrada. Sólo los divanes negros, la mesa del conserje y, por supuesto, el gran espejo que ocupaba toda la pared con su propio reflejo en la superficie. “Estos llegan tarde —pensó— aquí sólo estoy yo.” Y decidió subir a su recién comprado apartamento y esperar allí.

La tarjeta de acceso vibró con un latido eléctrico cuando accedió a su nuevo hogar. “Tenía razón Judith con el sistema con tarjetas. Es de lo más práctico”, pensó al acceder a su vivienda. Llamó, entonces, desde el móvil con voz imperiosa: “sí, soy Felipe Alazán, claro, quién va a ser.... Ya he llegado, pero no hay nadie... Vale... Les espero”. Y se quedó solo en el salón desierto. Se acercó a la ventana y miró más allá del cristal. Amanecía. La luz iba creciendo y eso le agradó. Se sintió a gusto en ese momento, amparado, a pesar del apartamento vacío. Y sonrió satisfecho por segunda vez.

Abajo, la gente salía de los portales para dirigirse a la estación. Desde la altura, eran hormigas para Felipe, una marea negra que se desplazaba nerviosamente. A Felipe le pareció un espectáculo desagradable, pero entonces vio algo que le interesó: el camión de mudanzas había llegado y estaba descargando sus muebles. Dejó la ventana y bajó a recibirles al portal.

\*\*\*

—¡Pero tenga cuidado, hombre! —gritó Felipe a uno de los transportistas— ¡es un equipo de sonido valiosísimo!

El de la mudanza levantó una ceja para mirar después, de reojo, al señorito que le gritaba: trajeado, bien peinadito. “Una ricura vamos. Me dará problemas, fijo” —pensó al instante el transportista. Y metió el “valiosísimo” paquete en el ascensor.

—¡Cuidado con esto! ¡Cuidado con esto! ¡son pantallas de plasma! ¡Es un equipo de primera! ¡Un equipo de categoría! —y los de la mudanza fueron llenando el ascensor ignorando al joven que revoloteaba a su alrededor.

Ya en el apartamento, Felipe dirigió las operaciones:

—Esto va aquí... todos estos bultos en esa habitación, junto a la pared, ya lo montaré yo todo, que es muy delicado, que ustedes no saben de eso.

Felipe se fue calmando cuando todos los bultos acabaron en su sitio. Los transportistas fueron abandonando su apartamento y el nuevo inquilino se quedó entre los paquetes, de pie, satisfecho, con las manos en la cintura. De súbito, una voz le sobresaltó.

—¿Todo en orden?

La voz provenía de la entrada. Vio a Judith. “La comercial de la inmobiliaria”, recordó. Ocupaba toda la puerta con su cuerpo. Era una mujer grande, sin duda. “Es casi tan alta como yo”, pensó Felipe.

—¿Todo correcto? —insistió Judith.

—Más o menos... —concedió Felipe— ya sabemos cómo son los de las mudanzas. Pero hay que tratar con ellos. Es un mal menor para un bien mayor —y a Felipe le gustó su última frase.

—Ya... bien...veo que ya tiene todas sus cosas —y Judith dio unos pasos hacia el interior.

—Ya veremos cómo han llegado —Felipe bloqueó el avance de la mujer y la fue empujando hacia afuera del apartamento— ahora hay que poner orden en todo esto.

—Si necesita cualquier cosa... ya sabe... que yo también vivo... en el complejo de apartamentos.

—Muchas gracias, la llamaré si la necesito, por ahora me las apaño solo.

Y cuando Judith iba a añadir una frase, miró alrededor: se encontraba sola en el pasillo. El nuevo inquilino le había cerrado la puerta. “Guapo —pensó— muy guapo. Pero un maleducado”.

\*\*\*

Las hormigas ya no estaban. Felipe las buscó desde la ventana, pero ya no estaban. Sólo las calles desiertas. “Ya estarán en sus trabajos” —concluyó con aburrimiento. No podía entenderlo, era incapaz. Se le ocurrió la palabra “gris” para definirlo. “Vidas grises”, pronunció en su atalaya. Enseguida dejó de interesarle el exterior. Todo su mundo había llegado y esperaba envuelto en cajas de cartón. Antes de ponerse a desembalar, miró el cielo sin nubes. No había hormigas, sólo el cielo.

Y se sintió como un monarca subido en lo alto de su castillo.

El departamento de documentación se hallaba en los sótanos del edificio.

Ana llegó a primera hora de la mañana, como siempre. Como siempre aún no había nadie y, como siempre, fue la primera en encender su ordenador. La base de datos del Archivo histórico se abrió y Ana empezó con su tarea de digitalizar los documentos. Se trataba, sobre todo, de recortes de prensa antiguos relacionados con la radio o con el mundo radiofónico.

Siempre le había atraído el mundo del sonido. Desde pequeña se quedaba como hipnotizada escuchando la radio. Eso la llevó a estudiar periodismo. Luego vinieron las prácticas en una emisora, el primer trabajo y así... hasta ahora.

“Ya está” —pensó al terminar de catalogar el primer documento del día. Pero, antes de pasar al siguiente, comprobó si había cumplimentado correctamente los datos de control. “Creo que está todo bien”, concluyó. Aún recordaba su error al rellenar uno de los campos cuando acababa de llegar a la emisora. “Eso no debe repetirse” —se dijo entonces. No habría soportado que la echaran del trabajo. Y se zambulló de lleno en la pila de documentos.

\*\*\*

A media mañana apareció la jefa del departamento.

—¿Cómo va todo? —preguntó al entrar sin levantar la cabeza de unos folios.

—Muy bien, perfecto —respondió Ana.

—Anita, he estado pensando ¿podrías ocuparte también de las publicaciones especiales? Piensa en ello y dame tu respuesta.

—Claro, lo pensaré —respondió al instante.

—Genial.

Y la responsable del archivo prosiguió su ronda matutina sin mirar atrás.

Ana notó cómo la ansiedad aumentaba. Clicó en “Publicaciones especiales”. Cuando vio el listado de documentos, no se vio capaz de ocuparse de ello. Notó la sensación de bloqueo y empezó a sudar. “¡Judith!”, pensó al instante y cogió el móvil.

—Judith.

—Dime corazón, ¿cómo va el trabajo?

—Bien.

—¿Seguro? Te noto algo agobiada —Judith reconocía al instante los síntomas de agobio de su amiga.

—Es que... no quiero molestarte, pero me ha pasado algo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, no es nada. Es que me han encargado otra tarea en el archivo.

—¿Otra? Si sigues así vas a catalogar tú sola la Biblioteca Nacional. Y ¿qué has dicho?

—Nada, aún nada. Tengo que pensármelo. ¿Tú qué harías?

Judith se mordió la lengua en ese momento. Recordó las horas extra y los desvelos de Ana por su labor en el archivo. “Mándales a la mierda ¿no ves que abusan de ti”, fue la frase que le vino a la cabeza. Pero recordó las palabras de la psicóloga y se contuvo. Había que dejarla tomar sus propias decisiones.

— Yo no puedo ayudarte —acabo respondiendo— lo mío es la venta de casas no los archivos. Yo no sé nada de eso.

—Ah —suspiró Ana.

—Piénsalo bien y dales una respuesta. Haz lo que más te convenga.

—Vale... gracias.

Ana colgó decepcionada. Se sintió sola y, sin saber por qué, miró alrededor buscando ayuda. No había nadie. Estaba sola en esa parte del archivo. Sin poderlo evitar recordó su pesadilla de las gradas desiertas, pero consiguió borrarla de su mente. Se centró en “Publicaciones especiales”. Nadie quería ocuparse de esos fondos. “Era un marrón” como habría dicho Judith. Con su labor actual ya tenía para varios años. Se lo diría a la jefa. No hay nada malo. “Tengo mucha labor por delante”, “podemos posponerlo”. Con esas frases en la mente se dirigió al despacho de dirección.

—Soy Ana... —dijo desde el umbral.

—Dime ¿qué quieres?

—Vengo por lo de “Publicaciones especiales”.

—¡Ah, ya me acuerdo! ¿Qué has decidido?

—Que vale... me ocupo yo.

—Genial, no sé qué haríamos sin ti.

Ana sonrió ante estas palabras y salió del despacho. Antes de alejarse, le llegó una frase de la directora:

—Ana, maja, ya que vuelves a tu despacho y te pillas de paso ¿me traes un café?

—Claro —respondió Ana sin poderlo evitar.

Pero al hacerlo sintió que algo se moría en su interior.

\*\*\*

Las horas se arrastraron lentamente hasta el atardecer y el balance para Ana fue de una batalla perdida. Estaba agotada, pero sin saber por qué.

Empujar el portal de casa fue una hazaña, cruzando el hall notó que le costaba enfocar la mirada. “Tantas horas ante una pantalla...”, se dijo. Por eso, cuando vio la silueta, pensó en un espejismo o en un delirio debido al cansancio:

Junto al ascensor estaba el hombre más bello que había visto en su vida.

## 9

Ana sólo pudo balbucear. Se acercó al hombre y no pudo pronunciar una palabra. Estaba deslumbrada.

—Anda, una vecina —dijo el joven con un poco de condescendencia.

—Sí... soy una vecina —consiguió pronunciar Ana.

—Yo soy Felipe. Me parece que esta urbanización va a estar a la altura.

—Sí, es muy alta, tiene más de doce plantas.

—No me refiero a eso, chiquilla. Te estoy hablando de categoría, de clase.

—¿De clase?

—Pues sí. Creo que estará a la altura. En el mundo de la televisión no basta con serlo sino también con parecerlo.

—¿Trabajas en la tele? —preguntó Ana con admiración.

—¡Soy la televisión! Soy presentador de programas.

—Yo... trabajo en la radio.

Felipe se interesó, de repente, por estas palabras y entrecerró los ojos dejando escapar un brillo metálico.

—¿Eres locutora?

—¿Locutora? ¡Ojalá! Ése... es mi sueño... no... sólo...soy... documentalista.

—Ah —y Felipe ni siquiera disimuló su falta de interés. Llamó al ascensor.

—Sí... locutora... es lo que... quiero —logró añadir Ana en voz baja,

—Pues tendrás que mejorar un poquito tu expresión oral —dijo Felipe tajante. Y su sonrisa de burla fue para Ana como un relámpago hiriente.

Se quedaron en silencio. Felipe mirando su reflejo en las puertas metálicas del ascensor y Ana mirando a Felipe con la boca abierta. Era lo más bello que Ana había visto en su vida. Alto, elegante, seguro y felino de movimientos. Ante él, se sintió la persona más torpe del mundo. Se dio cuenta de repente de que tenía manos y no supo qué hacer con ellas. Estuvo a punto de tocar al joven para confirmar que existía de verdad. Al final se escondió las manos por detrás.

—Tardan bastante estos ascensores —se quejó el joven.

—Un poco... hay que tener paciencia —convino Ana.

—Pues paciencia es lo que no tengo. Hay que comerse el mundo. Unos se pasan la vida esperando ascensores y otros ¡se comen el mundo! Pero ¡qué sabrá una documentalista de comerse el mundo!

—Es verdad —acordó Ana, como si el comentario no se refiriese a ella. Entonces, se dio cuenta de que debía hacer algo, pero no sabía qué. Una idea iba apareciendo en su mente, pero aún no la tenía clara. Mientras ella la buscaba, Felipe seguía hablando. Su voz le parecía un suave torrente que la arrullaba hipnotizándola.

—...hay dos clases de personas: las que llegan y las que no —concluía Felipe—. Es bueno que lo sepas para que te resignes mejor a tu vida de... documentalista. Unos se comen el pastel y otros lo documentan. Es hasta gracioso.

Las puertas se abrieron entonces y mostraron el interior del ascensor forrado de espejos.

La idea apareció por fin en la cabeza de Ana, clara y nítida: no le había dicho su nombre a

Felipe. Había que reaccionar rápido.

—Ana... me llamo Ana —consiguió pronunciar por fin. Pero las puertas del ascensor se habían cerrado. Felipe ascendía hacia su apartamento.

Ana se quedó en el hall ante las puertas de metal.

## 10

El apartamento de Judith era un caos ordenado. Siempre encontraba lo que andaba buscando. A veces tenía que mover una silla o una mesa, pero, al final, lo encontraba todo.

Ana apareció, de repente, a última hora. Eso la preocupó. “A lo mejor ha tenido uno de sus ataques de ansiedad”, se dijo. Pero esta vez el aspecto de Ana era diferente, no mejor pero sí diferente: andaba como hipnotizada y con una sonrisa de felicidad en la cara. Parecía el miembro más reciente de una secta. Judith le consiguió una silla y su amiga zombie se dejó caer lanzando un suspiro.

—Es un dios. Es bello como un dios —dijo Ana de carrerilla.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—Genial. Yo estoy bien, pero Felipe está mejor aún: es un dios. Un dios que utiliza el ascensor.

—¿Felipe? ¿Quién es ése? ¿Un documentalista del archivo?

—No, es más... mucho más... es presentador de T.V. Alto, elegante, seguro de sí mismo. Y, además, es nuestro nuevo vecino.

—Anda, me hablas del recién llegado. Hombre, guapete sí que es. Pero qué quieres que te diga, para mí es el cliente del 5º C. Yo si veo a Brad Pitt lo primero en que pienso es en venderle un apartamento. Si es un guaperas, mejor, pero lo primero es lo primero. O sea que te has enganchado con el tal Felipe. ¿Y qué piensas hacer? ¿Escribirle un poema o esculpir su retrato?

—No te entiendo —respondió Ana desde la nube rosa en la que se había instalado cómodamente.

—Yo sí que me entiendo. ¿Que qué piensas hacer con tu Adonis?

—No sé...

—Ya me lo imaginaba. ¿Y qué le dijiste en el ascensor? Seguro que te quedaste mirándole como una tonta, repitiendo sus palabras.

—Para nada. Le di una conversación fluida y ocurrente.

—Ya... pues te está creciendo la nariz. No me creo ni una pizca tus palabras. ¿Te presentaste al menos? ¿Sabe quién eres? ¿Cuál es tu apartamento?

—No me dio tiempo. No podía mirarle y pensar a la vez.

—Me lo imaginaba. Es lo que me ha dicho María, tu querida psicóloga. Tienes que empezar a volar con tus propias alas, abrirte a nuevas personas. Tienes que llevar tu vida tú sola, no depender tanto de los demás.

—Tienes razón.

—Ves ¡a eso me refiero!

—¿A qué?

—Siempre estás dándome la razón.

—Es que la tienes.

—Pues te falta carácter.

—Es verdad.

Judith se quedó mirando a su amiga con incredulidad e hizo el amago de estrangularla.

—En fin... —concluyó agotada— ya me has contado tu encuentro. ¿Qué piensas hacer?

—No sé... nada quizás... es que es tan guapo.

—Pues tienes dos opciones: lanzarle los tejos o comprarte una vitrina y ponerlo allí para mirarlo cada noche. Tú verás.

—Es que no se me ocurre nada.

Judith apartó una pila de revistas y constató aliviada que el sofá estaba debajo.

—¿No se te ocurre nada?... Pues ponte cómoda para que te cuente mi plan.

Unos días después, Felipe ya se había instalado en su nuevo apartamento. Frente al ordenador retomó su rutina y su voz enérgica empezó a oírse entre las paredes blancas.

—¿Vanessa me oyes bien? —preguntó al rostro femenino que apareció en su pantalla.

—Muy bien, Felipe —respondió la joven con voz cansada.

—Te mando la dirección exacta y la hora ¿vale? ¡Y esta vez no quiero equivocaciones!

—Es que el taxista se confundió...

—¡Me importa un huevo el taxista! Te esperan esta noche. No me falles, no te lo repetiré otra vez.

Y el rostro de la joven desapareció de la pantalla de Felipe.

—¡Joder! ¿qué estúpida! Pero ¡qué estúpida es! —y Felipe contactó con otra joven.

—Miriam... le he dado la dirección y la hora a Vanessa. Pero no me fio. Contrólamela ¿eh? Los clientes son empresarios chinos y hay que quedar bien.

—Vale, Felipe. ¿Quieres que pase a verte después? Te veo muy tenso.

—He cambiado de dirección. Ya nos veremos otro día. Reserva tus fuerzas para los chinos.

—OK, Felipe, como quieras —suspiró Miriam, decepcionada. Y cortó la comunicación.

“Lo de los chinos, listo”, sonrió Felipe con satisfacción. Ahora le quedaba otro negocio pendiente. Otra joven apareció en su pantalla.

—Esther ¿has conseguido a las chicas?

—Misión cumplida, jefe.

—Pero ¿has comprobado su edad?

—Hecho. Son todas menores de edad, como pedías.

—Perfecto. Ya sabes dónde es la fiesta. Todo está listo. Tenéis que ir una hora antes. Para maquillarlas y vestirlas.

—Entendido.

Y la imagen desapareció de nuevo, como un fantasma de niebla en la pantalla.

Felipe sonrió satisfecho y se desperezó en la silla. Un día más con el negocio al completo. Y, como un reflejo, recordó los cuerpos desnudos de Vanessa, Miriam y Esther. “Joder, estos cabrones de chinos se van a poner las botas”. Notó, entonces, que el deseo se despertaba, pero excepcionalmente lo ignoró. Esa tarde quería seguir con su búsqueda y no podía perder el tiempo con diversiones.

Su rostro se volvió sombrío y empezó a teclear un nombre en el ordenador. Cada vez que escribía ese nombre y esos apellidos, el resultado era el mismo: nada. Era como si persiguiera las huellas de un fantasma. Probó con las bases de datos más frecuentes, con los colegios profesionales, probó hasta con repertorios en el extranjero: ¡nada! Ante el vacío, ante la frustración, Felipe estalló en rabia: “¡esto es una mierda!” y aplastó el teclado con los puños. Ante las teclas hundidas e inservibles, el joven se levantó y se acercó a la ventana.

“Es un puto fantasma” se lamentó junto al cristal. Y su cerebro empezó a buscar una solución. Conocía a mucha gente y no le habían encontrado nada. Necesitaba a alguien más técnico, alguien que supiera rastrear en las redes y en los documentos. Volvió a repasar todos sus contactos y sólo entonces se le apareció la solución:

—¡La tontita de la vecina! La documentalista... ¡Eso es! Ésa va a besar por donde piso... un

poco de paciencia y hará todo lo que yo le mande.

Pasados unos días, Ana hizo acopio de valor, se dirigió al apartamento de Felipe recitando en voz baja unas frases aprendidas y llamó con un dedo tembloroso al 5º C.

Felipe abrió envuelto en su batín de seda.

—Hombre ¡qué sorpresa! —exclamó el joven, risueño—. Pasa, pasa, precisamente quería hablarte.

—¿Ah, sí? —respondió Ana sorprendida. Y se olvidó de las frases que se había preparado. Titubeando, entró en el apartamento de Felipe.

El apartamento la deslumbró por la claridad. Las paredes blancas duplicaban la luz que entraba por las ventanas sin cortinas. Las líneas rectas de los muebles y la decoración de las paredes también la sorprendieron. Pero Ana no tuvo tiempo de reparar en más detalles, el joven hablaba de nuevo.

—Mira, Ana. Acabo de recibir una invitación y necesito una acompañante. ¿Te apuntas? —y con estas palabras le tendió una tarjeta de cartón. María leyó:

INVITACIÓN  
Fiesta de carnaval  
Casino de Madrid  
“El siglo XVIII francés”.

Ana sintió que se le doblaban las piernas.

—¿Me invitas al Carnaval? ¿Al Casino de Madrid? ¿A ese sitio tan bonito? —consiguió decir.

—Claro. Pero sólo si te parece bien, por supuesto.

—Pues sí... genial. Pero ¿qué me pongo?

—No sé... alquila algo en plan María Antonieta. Yo ya tengo mi peluca en el armario.

—Es... genial.

—Me alegro que te guste el plan. El viernes cogeremos un taxi desde aquí vestidos como dos nobles de la corte de Versalles.

Ana se quedó sin palabras. Al final repitió:

—Es genial. Nos vemos el viernes.

Y volvió a su apartamento donde Judith la estaba esperando.

\*\*\*

Con los nervios, Judith se había comido las uñas. “Se va a olvidar. Seguro que se ha olvidado las frases”, se angustió. Y no quería que Ana pasase por una corderilla. Aunque lo fuese. Tenía que dar una imagen de mujer fuerte e independiente. Que Felipe la respetase un poco. Cuando Ana apareció por la puerta se dio cuenta enseguida de que todos sus esfuerzos habían sido en vano: sus ojos vagaban en el infinito, suspiraba al aire y se deslizaba casi sin tocar el suelo. “La ha vuelto a abducir”, se lamentó Judith.

—¿Cómo ha ido? ¿cómo ha ido? —se abalanzó sobre su amiga.

—Fantástico.

—Cuenta-cuenta-cuenta.

—Me ha invitado.

—Joder.

—¡Al Carnaval!

—Ostia.

—¡¡¡Al Casinoooo!!!

Y las dos se abrazaron y se pusieron a bailar en el salón gritando:

—¡Al Casino! ¡al Casinooo!

\*\*\*

El viernes llegó en un suspiro. En el apartamento de Ana todo eran nervios. Judith revoloteaba alrededor de su amiga retocando su vestido.

—...Y ahora ¡tachán!... la peluca.

Y Judith le colocó la peluca blanca. Ana tenía maquillados los ojos de oscuro y los labios pintados de un rojo intenso.

—Estás espectacular —confirmó Judith—. A ver... mueve el abanico con coquetería.

Y Anita simuló un gesto de coquetería tras las varillas del abanico abierto.

—Es como un sueño... —suspiró Ana—. ¡Imagínate! En el Casino y del brazo de un guaperas como Felipe.

—Tú te mereces eso y mucho más, Anita.

—Tú me quieres mucho. Sabes que no es verdad. Soy más bien poquita cosa. Pero creo que le gusto algo a Felipe. ¿Te das cuenta? ¡Si parece un actor de cine!

—Pues te digo sólo una cosa de Felipe: tiene buen gusto. Nena, tú vales mucho.

Y Ana empezó a hacer pucheros.

—No me llores, niña, que se corre el maquillaje —dijo Judith, enternecida—. Hala, intenta ponerte de pie con el vestido.

Ana respiró hondo y se levantó a duras penas.

—Pesa mucho y el corsé aprieta que no veas —se quejó Ana.

—Creo que por eso estalló la Revolución Francesa —se burló Judith.

Pero Ana consiguió ponerse en pie. Judith, por su parte, corrió a la ventana.

—Date prisa, María Antonieta. ¡Luis XVI ya está abajo con el taxi!

Ana salió del apartamento y Judith la ayudó a meterse en el ascensor.

—Aquí me quedo que en este ascensor sólo cabe un noble por viaje —dijo Judith— ¡y no te olvides de hacer fotos! Yo también quiero verlo.

Y las puertas se cerraron.

Judith volvió al apartamento de su amiga para asomarse a la ventana. Llegó a tiempo de verla salir y subirse al taxi. Felipe le abrió la puerta del coche y la ayudó a entrar con su gran falda.

“La verdad es que el tío está cañón vestido a la antigua”, se dijo Judith.

Y sin saber por qué, tuvo miedo por su amiga.

El taxi se detuvo en la calle Alcalá, muy cerca de Sol.

Ana salió del coche. El gran palacio de estilo afrancesado resplandecía con todas las luces encendidas. Frente a Ana se extendía una alfombra roja que cruzaba todo el ancho de la acera hasta la entrada del Casino. Felipe la tomó del brazo y empezaron a caminar.

A ambos lados de la alfombra, una multitud de curiosos se había colocado para ver entrar a los invitados. Algunos les hicieron fotografías y Ana no supo si sonreír o concentrarse en no tropezar con su vestido. El gran portal estaba flanqueado por seis empleados vestidos con libreas. Al cruzar el umbral, Ana se quedó boquiabierta.

En la entrada del gran edificio se había recreado una hermosa escena del siglo XVIII. Sentada en un diván con un gran abanico abierto en la mano les daba la bienvenida una mujer alta ataviada como una dama de la época. A su lado un hombre, disfrazado igualmente, también les recibía.

—Espectacular ¿eh? —le susurró Felipe a Ana.

Pero Ana no pudo responder. Sólo asintió hipnotizada. Era como si hubieran atravesado el túnel del tiempo. Felipe le tomó, entonces, la mano y Ana se dejó llevar.

Ascendieron por una escalera y llegaron al vestidor. Allí un hombre sonriente se les acercó:

—¡Felipe! ¡Has venido!

—Hombre, Guillermo. Gracias por la invitación. Mira, te presento a Ana. Ana, te presento a Guillermo, socio del Casino.

—Siempre he pensado que eres un hombre con suerte, Felipe, con demasiada suerte...— añadió Guillermo con picardía. A Ana se le enrojeció hasta el vestido blanco.

—¿Queréis haceros unas fotos? Han puesto un photo call en la escalera principal del Patio de Honor —propuso Guillermo siempre amable —y, desde la escalera, tendréis unas vistas preciosas del patio.

—Claro, será genial ¿no, Anita? —respondió Felipe.

—Sí... me encantará.

Y ascendieron por una escalinata hasta un gran descansillo. Allí se encontraron en un balcón que ofrecía unas vistas deslumbrantes sobre el patio de honor. Ana no sabía dónde poner los ojos. Grandes ventanales y balcones se desplegaron ante ella bajo una gran vidriera que resplandecía en el techo.

—¡Es precioso! —dijo Ana alucinada.

—Como tú, Anita. Ven, vamos a hacernos unas fotos —y Felipe le ofreció su brazo. Ana sonrió para las fotos. Sonrió como nunca lo había hecho. Y Felipe se dio cuenta.

—¿Eres feliz? —le preguntó con su mirada penetrante.

—Mucho, estar aquí con alguien como tú es un sueño.

Felipe sonrió orgulloso al escuchar estas palabras. Luego añadió:

—Pues el sueño sigue abajo. Han preparado un cóctel.

Y los dos bajaron al patio donde se habían empezado a formar pequeños grupos. Muchos nobles del Siglo de las Luces llevaban una copita en la mano.

—Parece que se conocen entre ellos —observó Ana al verlos reír y gesticular.

—Es normal, son socios del Casino.

—¿Y no quieres hablar con ellos?

—No. Sólo quiero estar contigo. Contigo me basta —afirmó Felipe.

Ana no supo qué contestar. No podía creerse lo que le estaba pasando.

—Cuéntame lo que te gusta, cuáles son tus sueños. ¿Quieres ser locutora? ¿No? —preguntó Felipe.

—Sí. Me encantaría. Pero tengo que prepararme.

—Pero ya estás en el mundillo, ¿no? Trabajas en los archivos.

—Sí... pero me falta mucho camino.

En ese momento pasó un camarero con una bandeja y escogieron algo para comer.

—¿Y qué haces en los archivos? —prosiguió Felipe.

—Catalogo documentos antiguos. Pero es un rollo. No quiero aburrirte.

—Tú no puedes aburrirme. Me interesa todo lo que haces. Quiero saberlo todo de ti.

Ana no daba crédito. Tenía ante ella a un hombre guapo que la miraba con atención, bebiendo sus palabras. Notó, entonces, unas ganas inmensas de que la abrazase. Pero Felipe siguió hablando.

—¿Y puedes conseguir documentos antiguos?

—Es parte de mi trabajo.

Y notó cómo Felipe se había acercado un poco a ella. Entonces, se dio cuenta de lo alto que era. Alto y corpulento. Sabía que la estaba mirando con sus ojos penetrantes, lo notaba. Pero no pudo levantar la mirada. De repente, las voces de los invitados dejaron de oírse. Algo pasaba. Felipe le susurró al oído: “mira en el balcón”.

En uno de los balcones del Patio de Honor había aparecido la mujer alta que les había recibido en la entrada. En el silencio del salón su voz sonó clara y fuerte:

—Comienza el baile en el Salón Real.

Y los invitados empezaron a abandonar el patio.

—Vamos, Anita —propuso Felipe tomándola de la mano.

—Es que... no sé bailar.

—Tú, déjate llevar, sólo déjate llevar.

Y Anita se dejó ir bajo las grandes lámparas del salón de baile. Nunca había bailado. Pero sólo se dejó llevar. Se dejó llevar en los brazos de Felipe y acompasó su cuerpo al cuerpo suyo como si siempre hubiera sido así. Como la cosa más natural y más hermosa del mundo.

\*\*\*

—¿Y tú bailaste? —se sorprendió Judith al día siguiente.

—Pues sí, toda la noche. Bailamos juntos toda la noche. No hemos dormido nada. Ah... aquí están las fotos...

Judith se abalanzó sobre las imágenes. Y exclamó:

—Alucinante. He hecho bien en pedirte pruebas. Si no, no me lo habría creído. ¡Estáis guapísimos! Y el edificio es una pasada. Yo sólo lo he visto en una revista.

—Pues en vivo es aún más impresionante.

—¿Y cómo ha ido con Felipe?

—Super galante. Sólo estuvo conmigo. No quiso saber nada de nadie más.

—¿Y no te presentó a nadie?

—Saludó a Guillermo, el amigo que le invitó a la fiesta. Y nada más. Sólo quería estar conmigo. Me preguntó sobre mi trabajo en la emisora, sobre mis sueños, fue muy atento... Le interesó mucho mi trabajo en los archivos.

—No me digas.

—Sí, me hizo muchas preguntas. Yo creo que le apasionó el tema de la catalogación.

—Pues es una sorpresa. No le pega el trabajo de ratón de biblioteca. Pero no os pasasteis la

noche hablando de eso ¿No?

—Qué va... Bailamos toda la noche, luego cogimos el taxi de vuelta y...

—¿Y?

—Me despidió en mi apartamento. Con un beso en la mejilla.

—¿Ves? Ahí se pasa de galante —refunfuñó Judith.

—Pues a mí me pareció muy dulce. Ese beso en la mejilla, de parte de un tío tan grandote... Dice que quiere enseñarme su apartamento para explicarme lo que hace, a qué se dedica. ¿Sabes una cosa? Me he comprado el disfraz. Así tendré para siempre un recuerdo de este sueño inolvidable.

—Me alegro tanto por ti, Anita.

De vuelta a su piso, Judith volvió a sentir esa inquietud en su interior. Felipe era perfecto, demasiado. Y sólo por eso se merecía sus sospechas. “Me estoy volviendo una cínica”, se dijo. Pero la experiencia le decía que por un príncipe que te cruzas, has de besar antes a muchos sapos.

No podía creerse esta historia. Es que no podía. Las cosas no funcionan así en la vida real. Y decidió tomar cartas en el asunto.

Cuando algo le comía el coco, Judith acudía a su Héctor. No era el más alto, ni el más guapo, ni el más inteligente, pero era su Héctor y, al menos, le servía de desahogo. “Su avión ya habrá llegado a Jordania”, calculó mentalmente. Y marcó su número.

—¿Héctor?

—¡Judith!

—¿Cómo ha ido el viaje?

—No me he mareado nada. Ha ido genial. Ya sabes que soy muy duro. Con el valium, los antihistamínicos, las bandas de presión en la muñeca y la acupuntura no me he enterado de nada.

—Me alegro, Supermán. Pues aquí las cosas van un poco... raras.

—¿Cómo de raras?

—Te resumo: Ana ha conocido a su príncipe azul que se la ha llevado al siglo XVIII donde han bailado en su palacio encantado.

—Joooooder.

—Eso digo yo. Joder. Ana, por supuesto, está encantada con su velada en el Casino. Y yo también, claro. Pero no acabo de creérmelo. Yo conozco un poco a su príncipe, le he vendido un apartamento aquí. Y te aseguro que ese tío tiene de poeta lo que yo de delantero centro del Real Madrid. Conmigo siempre ha sido frío y altivo. Y, de repente, es todo modales y atenciones para con Anita. No me lo creo.

—Pero es socio del Casino y la ha invitado.

—Pues no. Tenía la invitación de un amigo que sí que es socio.

—¿Y por qué sospechas de él?

—No paró de preguntar a Anita cosas sobre su trabajo en el archivo. ¿Te parece romántico eso?

—No sé, lo mío son las plantas. Pero muy romántico no parece.

—En efecto. Y luego se despidió con un beso. ¿Te parece normal?

—Es un caballero.

—Eso no te lo crees ni tú. Lo normal es que quisiera cobrarse en carnes, todos pensáis en lo mismo.

—Yo no digo nada, porque todo lo que diga podrá utilizarse en mi contra.

—Pues eso, que no se acostó con ella. Y eso es mucho más perverso que una noche de sexo. ¿Sabes por qué?

—Ni idea.

—Porque la ha dejado enamorada perdida. A estas horas, seguro que Anita está pegando una foto de Felipe en su carpeta como una quinceañera de instituto. ¿Me sigues?

—Estoy en ello.

—O sea que todo parece un plan retorcido. Pero no sé con qué finalidad ¡No tengo ni idea!

—Pues anda que yo. ¿Y qué vas a hacer?

—No sé, la verdad es que no tengo nada sólido. Es sólo un presentimiento. Me imagino que esperaré a ver cómo van las cosas. Sólo quería desahogarme un poco. ¿Te has puesto el repelente para bichos?

—Estoy embadurnado hasta las pestañas. Por ahora no se atreven conmigo.

—Pues no bajas la guardia.

—Tú tampoco. Y no te metas en líos.  
—Beso.  
—Beso.

Y Judith se quedó pensativa en su cuarto. Como siempre, hablar con Héctor le había servido para ordenar las ideas. Cuanto más lo pensaba más le parecía un montaje artificial. Todo parecía una farsa y sólo tenía una certeza. A estas alturas, si Felipe chascaba los dedos Anita acudiría corriendo a sus brazos.

Y Judith rogó porque el joven no se aprovechara de la candidez de su amiga.

Ana se quitó la peluca, se miró en el espejo y no se reconoció.

Con los ojos oscuros y los labios rojos, parecía otra, más mayor, más segura quizás. La máscara que la tapaba era como un escudo, como una pantalla que ocultaba sus miedos e inseguridades. Y tuvo miedo de quitarse esa máscara. Le asustó recobrar su verdadero rostro. “¡Es estúpido!”, se dijo, “no voy a meterme en la cama con toda esta pintura”. Y empezó a desmaquillarse.

Tras pasar los discos de algodón, recobró su mirada y no le gustó. De su noche de ensueño sólo quedaban unos discos manchados de negro, nada más. Y una mirada de angustia que la seguía desde el cristal. Los labios también se desangraron y su boca se volvió pálida, sin vida. Se quitó la redcilla del pelo, las horquillas y, poco a poco, Ana volvió a ser Anita. Y se odió por ello.

“No me llamará... estoy segura”. Y, de repente, le angustió una revelación: “todo ha sido un error, se dio cuenta enseguida, pero me ha seguido la corriente... Le he decepcionado... esperaba otra cosa, otro tipo de mujer y le he decepcionado... No llamará”. Un peso le apretó el pecho con fuerza y empezó a respirar de manera agónica. Se notó mareada y se dejó caer en la cama. “Mejor dormir, mejor olvidar”, se dijo sobre las sábanas. “¿Por qué me ha invitado a mí? ¿Era por una apuesta? ¿Se habían burlado de ella a sus espaldas?”. Se imaginó a personas desconocidas riéndose de ella y de su disfraz. Desde la cama logró ver su vestido de María Antonieta arrojado sobre una silla. Ahora parecía un maniquí desarticulado y grotesco. Ella misma se sintió grotesca al recordar la velada. “¡Y he bailado! Seguro que ha sido un tormento para Felipe. Me ha tocado la torpe, debió pensar más de una vez”. Y se recordó girando en el gran salón, girando como en un torbellino de luz en brazos de Felipe Alazán. Con estos pensamientos se quedó dormida.

En su sueño sólo caminaba. Lo hacía por la 5ª planta, junto a la puerta del apartamento de Felipe. Se dirigía hacia los ascensores. Iba vestida con un suntuoso traje negro. De repente, Felipe salió de los ascensores. También iba de oscuro. Eran la imagen en negativo de la velada en el Casino. Felipe se le acercó y le susurró al oído:

—¿Quieres bailar conmigo?

—No sé bailar...—respondió Ana.

—Eso no importa. De verdad. Sólo tienes que hacer una cosa.

—Lo que quieras, Felipe.

—Quiero que te arranques la cara para mí.

Ana se despertó sobresaltada y se quedó sentada en la cama. Tenía las manos sobre la cara como para protegerla de la amenaza del sueño. Se asustó al recordar la pesadilla, pero no sentía dolor en el rostro y sus manos no estaban ensangrentadas.

“No llamará”, volvió a repetirse “no llamará”.

Felipe entró en el bar en penumbras. Miró la hora y confirmó que no llegaba con retraso.

A media mañana el local estaba vacío y las mesas no estaban puestas. Sólo el barman le vio llegar detrás de la barra. Era un hombre grande, grueso. Vestía un delantal manchado y estaba limpiando la vajilla. Reconoció a Felipe al instante.

—Hombre ¿qué haces por aquí a estas horas? —le gritó con una voz ronca.

—He quedado.

—Ya veo... entonces es tu cita quien te espera al fondo.

—Gracias... ponme un café bien cargado, que la noche ha sido larga.

—Como siempre para ti, suertudo. Las mujeres van a acabar contigo. Morirás joven.

—Pues si he de morir por algo... —y los dos se rieron a la vez.

Felipe se dirigió al fondo y vislumbró a Luis Cabezón sentado en la sombra. “Vaya apellido”, pensó Felipe, como cada vez que le veía. Le encantaba tomarle el pelo con su apellido, pero esta vez Luis estaba serio. Le hizo un gesto y Felipe se acercó.

—Hola, Cabezón ¿cómo vamos?

—No empecemos, Felipe, olvídate del Cabezón. Mira que te encanta repetir mi apellido. Es tu broma particular. Una broma que sólo tú entiendes —y miró a Felipe con reproche.

—Vale, Luis. Pues tú dirás. Aquí me tienes.

—¿Cómo has terminado la noche pasada, machote? ¿Alguien ha conocido tus sábanas de seda?

—Pues, no, Cabezón. La verdad es que no —y Felipe se sentó—. He salido con una boba llamada Anita, pero nada de nada.

—Pues explícate, que no me entero. Eso es un fallo en tu currículum, sales con una chica y no rematas la noche. Es que no lo entiendo.

—Yo sí que me entiendo. Ana es diferente y necesita una táctica diferente.

—Pues tú sabrás.

—En efecto. Yo ya sé lo que me hago —respondió Felipe irritado— ya que tú no me ayudas en mi carrera, yo tengo que abrirme paso a mi manera.

—Bueno, no te pongas así —siguió Luis conciliador— no te he conseguido ningún enchufe, es cierto. Pero utilizo tus servicios. Y soy uno de tus mejores clientes.

—Vale, vale. ¿Para cuándo las quieres?

—Ya te diré la fecha. Vamos a montar una fiesta en el chalet de la sierra. Y la soledad nos puede.

—¿Algo en concreto?

—Ya sabes, jovencitas y macizas. Con flacuchas no vamos a ningún lado. Queremos ponernos las botas.

—Ya. ¿Cuántas chicas?

—Espera, déjame pensar... creo que con 15 vamos apañaos.

—Hecho.

—Genial. Y suerte con Ana, tu última conquista.

—Esa está en el bote. A estas horas ya se estará comiendo el coco con un servidor.

A Ana le costó un mundo concentrarse en el trabajo. “No me llamará”, se repitió de nuevo sin poderlo evitar. Depositó el móvil en la mesa e intentó catalogar los documentos. Era inútil: intentó rellenar los campos, pero no conseguía concentrarse. Lo único que importaba es que el teléfono permanecía callado como un objeto inerte. Lo abrió para volverlo a cerrar. Miró su reloj: sólo habían pasado cinco minutos. Quedaba toda la mañana por delante. Una mañana que se arrastró penosamente sin ninguna llamada. Sólo la blanca pantalla del ordenador reclamando datos y más datos como un implacable dios de metal.

La tarde fue igualmente un desierto sin oír la voz de Felipe. Cuantas más horas pasaban, con más naturalidad asumía que no la iba a llamar nunca. Ya miraba el móvil con resignación, casi con aceptación. Pero la angustia llegó con la noche: ninguna llamada. Decidió hablar con Judith:

—¿Judith? Soy Ana.

—¿Estás bien? ¿Qué tal ha ido en el trabajo?

—¿El trabajo? Bien... bien... como siempre... Pero no ha llamado.

Judith notó al instante la angustia de su amiga.

—Dale tiempo, mujer. Que sólo ha pasado un día. Habrá estado ocupado.

—A lo mejor...

—Yo no te he llamado para dejarte la línea libre.

—Ah... gracias.

—O sea que mejor que colguemos, que nunca se sabe.

Y Ana se quedó sola de nuevo. Lo primero que hizo fue poner a cargar el móvil. Había que estar lista. Pero no hubo más llamadas. Se fue a dormir y pasó una extraña noche sin sueños, como si hubiera caído en un pozo que sólo se abrió con los primeros rayos de la mañana.

El día siguiente pasó de la misma manera. Terriblemente lento. La espera lo habitó todo. Se sentó en su puesto en el archivo y no intentó siquiera entender los signos de la pantalla. Eran un mensaje para otra persona, no para ella. Ella sólo esperaba, esperaba una llamada. Una llamada que tampoco iba a llegar ese día.

Y se convirtió en un espejismo, tan sólo en una sombra a la espera de una voz.

Felipe llamó tres días después de la fiesta del Casino.

—Lo prometido es deuda. ¿Quieres ver mi apartamento?

—Voy.

Y Ana se apresuró a coger el ascensor, llamó al timbre y el joven le abrió la puerta.

—Hola, Anita. Pasa.

Y Ana entró.

—Pues estos son mis dominios —anunció Felipe con un ademán elegante de su brazo derecho.

El piso resplandecía de un blanco radiante. En el salón, una colección de carteles con marcos cromados decoraban las paredes.

—¿Son carteles antiguos? —dijo Ana señalando uno de los carteles.

—Son las cabeceras de los telediarios desde los años 80. Les he puesto marcos y quedan soberbios.

—¿Pero no tienes televisor?

—Ya sabes, en casa del herrero, cuchillo de palo. Estoy harto de tanta cámara a lo largo del día. Así descanso un poco.

—¿Y esos álbumes negros?

—Son mis books. Son fotos mías para promocionarme. Son muy buenas. Ven, te las enseño, valen mucho la pena.

Ana se sentó junto a él en un extraño sofá geométrico.

—¿A que son fantásticas? —pronunció Felipe satisfecho.

La páginas del book mostraban una sucesión de fotografías de Felipe; de frente, de tres cuartos, de perfil; incluso de espaldas. “Son muy buenas”, pensó Ana. “Pero prefiero el original”, se dijo a sí misma mirando al joven sentado a su lado. Sin embargo, se atrevió a preguntar:

—¿No tienes fotos tuyas presentando el telediario?

—Ya te dije que el trabajo se queda fuera de casa. En mi despacho del estudio tengo fotografías de mi trayectoria profesional y en algunas de ellas aparezco presentando las noticias. Pero aquí, nada de eso. Aquí estoy para desconectar.

A Ana le extrañaron un poco estas palabras. Si la televisión era de verdad su vida ¿por qué la dejaba fuera del apartamento? Un poco decepcionada dejó vagar la vista por los muebles y las otras habitaciones. Se levantó, entonces, para dirigirse a una puerta.

—¿Y qué tienes aquí? —pero no pudo seguir hablando. Con una velocidad inaudita Felipe se abalanzó sobre Ana y la apartó de la puerta tirándola del brazo.

—Ayyy...—gimió Ana— me has hecho daño.

—Perdona... es que... es mi cuarto de los trastos —titubeó el joven.

Como Ana no parecía convencida añadió:

—No te creas que soy Barba Azul —bromeó Felipe— no guardo allí los cuerpos de mis esposas asesinadas. La verdad es que prefiero esconderlas en la cocina —siguió bromeando.

—Sólo es un cuarto de los trastos y está muy desordenado —añadió para zanjar el tema.

A Ana no le gustó su violencia y le pareció un poco raro que tuviera un cuarto desordenado alguien como él. Le costaba creérselo. Pero no dijo nada.

Felipe notó su mirada de incredulidad y volvió a sorprenderla con la propuesta que le hizo

entonces:

—Mira, para compensarte por el pequeño susto, Barba Azul te invita a cenar esta noche.

El taxi les llevó hasta la Cava Baja. Esta parte del Madrid antiguo le encantaba a Ana. Todo lo histórico la apasionaba y le gustaba trabajar con documentos del siglo XIX, sobre todo con esas viejas fotografías de color sepia que escaneaba con delicadeza. El restaurante conservaba ese aroma añejo que tanto le agradaba. Las puertas de madera rojiza eran acogedoras y se imaginó bajando de un coche de caballos en lugar del taxi que ya se alejaba.

—Es muy bonito —dijo Ana entusiasmada.

—Me imaginaba que te gustaría —respondió Felipe con una media sonrisa. Ana le miró entonces: llevaba un abrigo oscuro muy elegante. “Está guapísimo”, pensó sin poder evitarlo.

El interior de la posada con sus vigas y postes de madera había conservado, como una cápsula del tiempo, el aroma de las antiguas posadas que acogían a los viajeros recién llegados a las puertas de Madrid. “Y yo tengo a mi caballero andante para protegerme”, sonrió Ana feliz.

El restaurante estaba lleno y el sonido de voces apagadas se mezclaba con el de los cubiertos. Un camarero se les acercó.

—Buenas noches —saludó solícito.

—Buenas noches —respondió Felipe— una mesa para dos.

—¿Tienen reserva los señores?

—¿Reserva?

—Sí, como ven, estamos completos...

—Yo no necesito reserva. ¿No sabe quién soy?

El camarero se quedó sin saber qué decir. Felipe añadió, entonces:

—Quiero hablar con su jefe. Dígame que soy Felipe Alazán. Con eso es suficiente.

—Sí, señor. Esperen un momento, por favor —y el camarero se alejó con expresión contrariada.

—Ya está. Todo resuelto —le susurró Felipe a Ana con tono de satisfacción.

—Qué bien...—respondió ella, pero empezaba a sentirse agobiada y notó, entonces, el calor que hacía en el local.

Un señor de uniforme se acercó entonces.

—Buenas noches, señor... Alazán.

—Buenas noches. Queremos una mesa para dos.

—Como ven estamos completos. Si quieren reservar para mañana.

—Pero ¿No sabe quién soy? Esta conversación es estúpida —pronunció Felipe con desdén.

—Lo siento señor, pero estamos...

—¡Ya lo sé! ¡completos! Parece un loro repitiendo lo mismo. No soy sordo. No somos sordos ¿eh, Anita?

—No...—dijo Ana, temblorosa. Y se escondió un poco detrás de Felipe.

El maître propuso entonces:

—Si quieren les ponemos una mesa supletoria detrás.

—Pero ¡quién se ha creído que soy! Sólo falta que nos pongan en las cocinas.

—Lo siento, señor.

—Y más que lo van a sentir. No me van a ver el pelo nunca más por aquí. Vamos Anita.

Felipe cogió a Ana de la mano y la sacó del local de un tirón. La documentalista estaba en estado de shock, pero logró oír algunas frases de Felipe. “No me van a ver el pelo”, “ya no hay

locales de categoría”, “les pondré una demanda”.

—Pero esta noche cenamos, te lo digo yo, a mí no me amarga nadie la velada —concluyó Felipe.

—Ya no tengo mucha hambre... no te preocupes —logró decir Ana.

—Tengo una idea. Ven.

El bar estaba vacío y se sentaron junto a la ventana. Felipe apartó un cenicero de plástico para acodarse en la mesa. Se quedaron sentados en silencio. Ana estaba visiblemente nerviosa por el incidente. Felipe habló entonces con seguridad.

—O sea que quieres ser locutora de radio.

—Sí... es mi sueño —respondió Ana con voz temblorosa.

—Pues con mis contactos, eso está hecho. ¿Qué quieres tomar? —le dijo Felipe hojeando unos folletos que alguien había dejado sobre la mesa.

—No sé... ¿y tú?

—Un pincho de tortilla y un refresco.

—Vale... yo... como tú.

—Ahora vengo... voy a pedirlo —y se levantó con impaciencia para ir a pedir a la barra.

Ana se quedó sola. Oyó, entonces, un sonido en la calle. Como los cascos de un carruaje de caballos. Miro por la ventana: los barrenderos regaban la acera de enfrente. Decepcionada, buscó a Felipe en el interior del bar. Desde la barra le hizo el signo de OK con la mano, ella le sonrió, pero no se sintió menos sola. “¿Qué te esperabas? ¿Un cuento de hadas?”, se reprochó Ana a sí misma. Y se sintió estúpida, estúpida e infantil. Pero Ana no podía evitarlo. Notaba como entre ella y Felipe se iba elevando un muro invisible. Y ese muro la alejaba de Felipe. A lo mejor era culpa suya. “Lo único que tengo que hacer es adaptarme a Felipe —se dijo— ser realista. Ver las cosas como son y dejarme de sueños”.

—Aquí tienes, princesa —anunció Felipe despertándola de su ensoñación. Llevaba unos platitos en la mano— ¡sorpresa! Nos han puesto aceitunas rellenas.

\*\*\*

—No me gusta ese tío —sentenció Judith.

—Es que no había mesa en el restaurante —le defendió Ana.

—¡Porque no había reservado, joder! ¿Quién se cree que es? ¿El Papa?

—Es un presentador muy importante...

Judith se dio cuenta, de golpe, de la gran decepción de su amiga y puso el freno.

—Sólo te lo digo para que seas prudente. No me gusta lo que me cuentas. Puede ser torpe y no reservar en un restaurante, eso lo acepto, pero no me gustan las reacciones violentas.

Ana recordó, entonces, cómo Felipe la zarandeó en su apartamento y asintió a disgusto.

—Pero no te agobies —siguió Judith—. Es muy sencillo. Le tienes que dejar las cosas claras desde el principio: nada de sus violencias ni de sus delirios. Plántate, sé dura.

—Vale.

—¡No me digas “vale”! ¿Qué vas a hacer?

—¿Decírselo?

—¡Eso es! Sé dura con él.

Y Ana, por primera vez, buscó fuerzas en su propio interior. Respiró hondo y supo que podría decirle sus cuatro verdades a Felipe.

Sin embargo, nada la había preparado para lo que iba a encontrarse en el apartamento de su príncipe azul.

Esa misma noche fue un agujero para Ana. Y en el centro de ese agujero: la pesadilla. Las gradas vacías no volvieron, pero soñó con la silueta de un hombre que le daba la espalda. Ella gritaba para llamar su atención, pero el hombre permanecía inmóvil mirando al frente. Gritaba en el sueño, gritaba hasta desgarrarse la garganta, pero no salía ningún sonido de su boca. Decidió, entonces, acercarse al hombre que la ignoraba y lo rodeó para ver su rostro. En su sueño pensó enseguida en Felipe, en la bella cara de Felipe, pero cuando encaró al joven, el joven no tenía rostro. Seguía viendo su nuca; de manera incomprensible veía su cabeza por detrás aunque el cuerpo permanecía de frente. Eso la agobió y empezó a sudar. Pero no había manera, por mucho que lo intentara, ella giraba alrededor y el joven sólo le mostraba su nuca. Eso la hacía disolverse en su sueño; su cuerpo se disipaba, se convertía en brisa, se convertía en nada...

Ana se despertó, entonces, con una sensación de ahogo y empapada en sudor.

Suspiró aliviada al ver que no era brisa ni niebla; aún tenía cuerpo. Recordó, entonces, la promesa que le había hecho a Judith: hoy tenía que cantarle las cuarenta a Felipe. Ante el reto empezó a ponerse nerviosa, pero se incorporó de la cama con decisión: “eso será esta tarde, ahora al trabajo”.

No pensó en Felipe durante la jornada. El trabajo se le acumulaba y tenía que concentrarse. Por eso cuando volvió al complejo residencial el miedo la atenazó con más fuerza. “A lo mejor se pone violento, después de todo casi no le conozco”, se dijo. Se imaginó, entonces, que la agredía y la encerraba en su habitación secreta. Y, como en el sueño, gritaba pero nadie podía oír su voz. Esto acabó de agobiarla y cogió el móvil para llamar a Judith. “¡Basta!”, se dijo. “Esto es algo entre Felipe y yo, he de ser fuerte”. Y Ana se sorprendió por su recién estrenada fortaleza.

Sin embargo, cuando llamó al timbre del apartamento de Felipe, su dedo le tembló incontrolable.

Nadie respondió.

Ante ese silencio, suspiró aliviada. “Ya he cumplido”, se auto engañó. Pero no era así. Tenía que insistir. Volvió a llamar.

Nadie respondió.

Esta vez decidió emprender la retirada.

Ya a punto de volver al ascensor, se dio cuenta de que la puerta del apartamento de Felipe no estaba cerrada. La tocó con la punta de los dedos y se fue abriendo en silencio. “Qué raro, con lo perfeccionista que es, se ha dejado la puerta abierta”, se dijo Ana. Estuvo a punto de cerrarla y volver a su apartamento cuando oyó los sonidos; era un gemido sordo. “¡Hay alguien!”, se asustó Ana. “A lo mejor es otra chica”, se dijo. “¡Y la tiene encerrada en el cuarto prohibido!”. Cuando cruzó el umbral, todo estaba oscuro.

En la negrura, Ana se dirigió hacia el rumor apagado. Tenía que sacar a la chica antes de que Felipe volviera. Ana se imaginó, entonces, a una prisionera con heridas y moratones y unos ojos desencajados por el dolor. Por eso lo que vio la dejó desconcertada.

La silueta que sollozaba era Felipe.

Cuando Felipe la vio, levantó la cabeza y se frotó los ojos.

—¿Ana? ¿eres tú? —pronunció temblorosamente desde las sombras. Su rostro ceniciento parecía haber heredado las sombras de la estancia.

—Sí, soy yo... voy a encender la luz.

—¡No lo hagas! —gritó— no lo hagas, por favor. No quiero que me veas así.

—Como quieras —se compadeció Ana. Y, en ese momento, se le olvidó el discurso de reproches que Judith le había enseñado. “¿Estás bien?”, añadió preocupada.

—Ahora sí, mejor. Es que no lo soporto. ¿Qué imagen te habrás hecho de mí? Hice el ridículo. No sé cómo puedo arreglarlo.

—No hay nada que arreglar, tuviste un mal momento —añadió Ana, conciliadora— eso le pasa a cualquiera.

—¡No a mí! No a mí. Yo no soy así, te lo juro. Ése no soy yo. Eso hay que arreglarlo de alguna manera. No puede quedar así, no es posible —y el joven se levantó y se dirigió a la ventana. Ana se quedó detrás y le vino de golpe su pesadilla del hombre sin cara. Pero esta vez Felipe sí que tenía cara, incluso por el reflejo en la ventana parecía que tenía dos caras, parecía que hablaba consigo mismo.

—Te propongo algo... —susurró.

Lo dijo tan bajo que Ana no supo si se dirigía a ella o si pensaba en voz alta.

—Esto hay que arreglarlo. ¡Ya lo tengo! ¡Es genial!

Felipe se giró, entonces. Su cara volvía a resplandecer. Ana sonrió al verle y supo que su propia cara también resplandecía al verle mejor.

—Te voy a proponer algo —y encendió las luces de golpe para escribir unas frases en un papel.

—Aquí tienes —sonrió al tenderle la nota — nos vemos en esta dirección mañana a las 11h00. Te espera la mayor sorpresa de tu vida.

Ana cogió el papel y se quedó mirando a Felipe. Éste empezó a arreglar su apartamento, a mullir los cojines y a encender todas las luces. Ana se quedó en la entrada mirándolo hacer. Esperó algo más, pero el joven, excitado, no volvió a dirigirle la palabra. Ana pensó, entonces, en despedirse pero no dijo nada. Salió en silencio del apartamento y se dirigió al suyo con la misteriosa dirección en la mano.

\*\*\*

—¿Y estaba llorando? —pregunto Judith sorprendida.

—Sí, se tapaba la cara, pero me lo encontré llorando —confirmó Ana.

—Pues eso no me lo esperaba.

—Ni yo.

—Y, claro, no le cantaste las cuarenta.

—No... intenté consolarle. Me dio pena.

—O sea que en lugar de imponerte como mujer fuerte, has hecho de madre amorosa...

—Creo que sí.

—Pues nuestro plan ha salido al revés. Así no hay manera. ¿Y cómo ha reaccionado?

—Bien, luego se recuperó y me ha invitado. Mira.

Y Ana le tendió la dirección a su amiga.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pasar de él o seguirle en sus juegucitos?

—No lo sé, Judith, no lo sé.

El taxi la dejó frente al edificio acristalado de los estudios de televisión.

Una gran torre de cemento gris alzaba su antena a las alturas. Ana se acercó a la puerta de entrada y entregó el papel de Felipe a un agente de seguridad que le indicó el camino a seguir.

Andando por los pasillos pulimentados tuvo la sensación de ser un pequeño ratón en un laberinto. La sucesión de salas y despachos formaba un millón de encrucijadas y la angustió la posibilidad de perderse. Vio, entonces, a Felipe junto a una puerta y suspiró aliviada. Estaba con un operario, le entregaba algo que Ana no alcanzó a ver. Cuando llegó, el empleado ya se había ido.

—Bienvenida, princesa —pronunció el joven con aplomo.

—Hola... es bonito esto.

—Mucho. Y, como te había prometido, tras esta puerta está mi sorpresa para ti.

—¿Es tu despacho? —se aventuró a preguntar Ana.

—Ni hablar. Hoy nada de trabajo. Sólo diversión.

Con estas palabras Felipe abrió la puerta y la hizo esperar un momento. En la oscuridad buscó el interruptor durante unos segundos. Finalmente, con algo de dificultad, lo encontró.

—Ya puedes entrar, princesa. Un nuevo mundo se abre para ti: mi mundo.

Y Ana se quedó deslumbrada. La gran sala combinaba el blanco con el gris y parecía el interior de una nave espacial. En lugar de robots, tres grandes cámaras rodeaban una mesa circular y dos sillas negras. Las paredes formaban un semicírculo que lo envolvía todo y ostentaban unas pantallas también curvadas, pero que estaban apagadas. Felipe se dirigió al centro y se sentó junto a la mesa.

—Ven, Ana, siéntate tú también. Te sentirás como la invitada a un programa.

Ana obedeció con timidez. Estaban solos en el plató. Sin poderlo evitar, el recuerdo de su pesadilla volvió más nítido que nunca: estaba, de nuevo, en el circo romano desierto; sólo que en lugar de leones había tres grandes cámaras que los observaban con sus ojos de cíclope. Y no había nadie más. Eso la angustió. Estuvo a punto de transmitirle su angustia a Felipe, pero ya le oía hablar a su lado con entusiasmo. Se calló para escucharle.

—Ana, nos encontramos en el plató de los informativos. Aquí es donde se hace la magia. ¿Has visto las cámaras? Cuando está rodando, el realizador pasa de una a otra para darle ritmo a la emisión. Éstas que tenemos aquí se apoyan en trípodes, pero también existen cámaras que se llevan al hombro o en grúa. A veces, montan las cámaras en un raíl que recorre el plató y la cámara se desliza de manera automática y por control remoto.

—Sabes mucho de la tele —concedió Ana.

—Pues sí. Y, para dar ambiente, la iluminación es esencial; también para evitar sombras no buscadas. El sonido, como tú bien sabes, es crucial y no sólo para el presentador. Todo el equipo técnico está interconectado mediante pinganillos.

Ana sólo podía asentir ante esas palabras. Felipe se mostraba cada vez más entusiasmado. Era su pasión. Y Ana podía sentirlo.

—Y todo para ayudarte a comunicar a la gente —comentó Ana.

—¿La gente? —sonrió Felipe con desprecio—. A mí la gente me importa una mierda. Yo lo que quiero es que me vean en pantalla. Con este físico que tengo he nacido para estar delante de

las cámaras.

Y Ana se quedó cortada por la respuesta tan tajante. Pero Felipe ni se dio cuenta y seguía con su discurso:

—Como ves, de telón tenemos varias pantallas curvas. Sirven de apoyo a la retransmisión. Además, varias de estas pantallas pueden formar un mosaico de gran tamaño con multitud de imágenes, para complementar lo que dice el presentador.

Y Felipe siguió hablando y gesticulando por el plató. Ana le miraba con admiración y se lo imaginaba en su trabajo, trajeado y carismático, hablando de noticias internacionales, de política y de altas finanzas. Tan arrollador se le presentó entonces Felipe, que pensó por un momento que ella misma era transparente, transparente o muy pequeña. Pero no le importaba, mientras Felipe estuviera con ella.

Con él, todo cobraba sentido.

\*\*\*

—Sabe muchísimo de televisión —le dijo sonriente a Judith, nada más llegar de la visita.

—¿Y te presentó a alguien?

—Pues no, no había nadie, sólo estábamos nosotros.

—¿Y viste su despacho?

—Tampoco ¡es que era una visita de diversión, no de trabajo!

—Ah —suspiró Judith decepcionada. Seguía sin gustarle el personaje. Podía deslumbrar a la pánfila de Ana, pero a ella no se la convencía con una visita guiada. Notó que tenía que hacer algo. Tenían que verse los tres. Había que dejar las cosas claras. Intuyó, sin embargo, que sería imposible verle. “Algo se inventará”, pensó. A pesar de sus dudas, se lo propuso a Ana que le llamó al instante:

—Sí... soy Anita...sí, me ha encantado la visita... eres genial... quería proponerte algo. Podríamos quedar los dos con Judith... sí, una cita... los tres... y así nos conocemos mejor... claro... lo que tú digas... por supuesto...

Y Ana colgó para dirigirse enseguida a su amiga que había seguido, intrigada, la conversación.

—¿Qué ha dicho? ¿Quedamos o no? —preguntó Judith al instante.

—Me ha dicho que eres muy maja y que pareces divertida... pero ahora está muy ocupado con un nuevo proyecto. Es cierto, es alguien importante.

—Ya... importantísimo —rezongó Judith—. Bueno, Anita, me voy al sobre, nos vemos mañana.

Judith estaba decepcionada. De camino a su apartamento, empezó a pensar en el evasivo y misterioso Felipe Alazán. “Va a ser más difícil de lo que pensaba”, concluyó. “Pero no voy a darme por vencida. Tú ocultas algo y yo no pienso bajar la guardia”.

“Nunca te des por vencida”, recordó Judith en el baño de su apartamento. Se miró, entonces, en el espejo, pero en lugar de ver su rostro se vio de niña, sentada en un pequeño despacho junto a una mujer alta:

—No te des por vencida...—la animó la mujer.

—Es que no me sale...— y le tendió la hoja con su mano regordeta.

—Inténtalo otra vez, Judith. Venga, lo haremos juntas.

—Vale, mamá.

Y empezó, de nuevo, el ejercicio. Unos diez minutos después, exclamó la niña:

—¡Ya está! ¡Lo he hecho!

—Ves como hay que insistir... —sonrió su madre.

—Ya... pero me ha salido porque me has ayudado...

—Todos necesitamos ayuda. Eso no es malo, lo malo es no ayudar...

Y la niña se quedó pensativa con las piernas colgando de la banqueta. Luego añadió:

—¿Por eso sois profes papá y tú? ¿Para ayudar?

—Pues no lo había pensado... me imagino que sí. Es algo muy bonito.

—Es verdad. Os quiero mucho.

Y Judith abrazó a su madre.

Ya era tarde. Judith ordenó sus cuadernos y sus bolígrafos y se preparó para dormir.

—¿Por qué aún no ha venido papá? —se lamentó.

—Hoy tiene reunión con los otros profesores. Acabarán tarde —respondió su madre preparando las sábanas.

—Pero yo quiero verlo.

—Vendrá muy tarde. Tú, a la cama, que tienes que madrugar.

—Pues es un rollo.

Y se llevó su enfado a la cama. Decidió no dormir y resistir al sueño. Fijó su mirada al techo, cerró los puñitos y... se quedó dormida.

\*\*\*

En plena noche y, sin saber por qué, abrió los ojos. Oyó, entonces, el murmullo de voces. “¡Papa!”, susurró al instante. Descalza, cruzó su habitación en la oscuridad y salió al pasillo. Había luz en el salón. A pesar del pijama, sintió frío en la piel. “Debe ser muy tarde”, se dijo. “Se enfadarán si me ven despierta” y decidió acercarse de puntillas. Detrás de una columna pudo oír las voces de sus padres:

—¡Querían expulsar a Daniel! ¿Te das cuenta? —se quejó su padre.

—Habla más bajo... la niña duerme... —susurró ella.

—Es que es tan frustrante...

—¿Y qué les dijiste?

—Que estamos para ocuparnos de todos los niños, y eso incluye a los niños con problemas. Sobre todo a ellos.

—¿Y cómo reaccionaron?

—Se pusieron a hablar de la imagen de la escuela y del índice de aprobados. ¿Te lo puedes

creer?

—Perfectamente. Por desgracia no me sorprende. Cuando pongo canciones para los más pequeños, me salen con que no están incluidas en la programación. Pero bueno ¿Tú qué hiciste?

—Dimití.

La mujer se quedó helada. El hombre enmudeció. Y Judith, descalza en la sombra, se quedó con la boca abierta.

—Ya sabes que te apoyo en cualquier decisión —susurró su madre.

—Claro, mujer. Pero no te pongas tan trágica. Se pusieron muy nerviosos con mi anuncio. Imagínate si les dejo colgados en medio del curso ¡no podrán cuadrar los horarios! y, más grave aún ¡qué será de la imagen de la escuela!

—¿Y qué hicieron?

—Que no aceptaron mi dimisión. Yo dije que era irrevocable. Les dije: o nos quedamos los dos, Daniel y yo, o nos vamos los dos. Y han aceptado. “Bajo su responsabilidad”, me dijo el Jefe de Estudios. Y así hemos quedado.

—Pero ¿qué le sucede a Daniel?

—Dislexia. Dicen que ralentiza las clases. Necesitaría trabajar con tablet, pero no tenemos material en el aula.

—Podría venir a casa y estudiar con Judith y su ordenador.

—Habrá que preguntárselo mañana a la pequeña...

De repente, un ruido de pasos alertó al matrimonio. Tras la columna apareció la niña en pijama. Medio dormida, consiguió susurrar:

—A mí no me importa, le dejaré mi ordenador...

\*\*\*

Y las imágenes de la Judith niña se disolvieron en el pasado para dar paso a su rostro de mujer adulta. Judith miró sus rasgos en el espejo. Al principio titubeó, pero luego su expresión volvió a su determinación habitual: “Mamá, papá, no voy a darme por vencida —se dijo—. No lo haré nunca. Vosotros no lo permitiríais y yo no quiero empañar vuestro legado espiritual.

No sé cuál será el siguiente paso de Felipe Alazán, pero no abandonaré a Anita por nada del mundo”.

## 23

—Será un secreto entre nosotros —susurró Felipe— pero así me haces un gran favor.  
Ana asintió y leyó el papel:

“Andrés de la Mata, cirujano”

—O sea que quieres que te busque información de este señor —dijo Ana un poco dudosa.

—Eso es. Me interesa, sobre todo, si vive todavía. Si tiene hijos. Y, si ya no vive ¿tiene herederos? Seguro que en el archivo de la radio tendrán documentos. Hazlo por mí. Busco artículos que me den información.

—Claro —y Ana guardó el papel en una carpeta.

Felipe se despezó, entonces, como un gran gato y contempló el apartamento de Ana.

—Es acogedor, humilde pero acogedor.

—Gracias.

Y entonces el joven fijó su mirada en la documentalista. Ana se sintió desnuda y se abrazó a sí misma como para protegerse. Fue inútil: esa mirada entró como una espada de hielo y no pudo reprimir un escalofrío.

\*\*\*

Esa misma tarde Ana recordó esa mirada ante el ordenador apagado. Era como si Felipe la mirara desde dentro de la pantalla. “Tonterías”, pensó y encendió el aparato.

Tenía mucho trabajo acumulado. A sus tareas cotidianas sumaba ahora la catalogación de las publicaciones especiales. Se puso a ello con decisión.

Hacia el final de la jornada Ana había alcanzado los objetivos del día. Satisfecha se recostó en su asiento mientras el ordenador se apagaba. Con sobresalto se acordó, entonces: “¡Felipe!”. No le había buscado la información. “Se llevará un disgusto...”, pensó. Y se le ocurrió algo peor, que Felipe, desengañado, la abandonara y no quisiera volver a verla. La idea la angustió tanto que casi volcó un tarro lleno de bolígrafos. Ya era hora de irse, pero ella no podía hacerlo. No podía volver a casa sin nada que contarle. Buscó, entonces, el papel en su bolsillo y volvió a encender el ordenador.

La búsqueda empezaba.

Sabía que no podía quedarse más allá de los horarios de trabajo y menos para una búsqueda personal que estaba terminantemente prohibida, pero Ana se aferró a su silla y centró la mirada en la pantalla. Para seguir con el procedimiento, puso en google los datos que le pedía Felipe. No salió ningún resultado relacionado con el cirujano Andrés de la Mata. Habría sido demasiado fácil. Empezó, entonces, la búsqueda por repertorios más especializados, algunos de ellos en medicina. En el Colegio de Médicos de Madrid, no aparecía como colegiado. Tampoco encontró artículos ni conferencias. “Tendré que bucear en nuestro archivo”, se dijo Ana, “tengo que ir más profundo”. Los minutos pasaban y Ana sabía que se estaba arriesgando. No eran horas y menos para búsquedas personales. Pero recordó, entonces, la mirada de Felipe y apartó toda duda: pulsó “Intro” y el buscador del archivo empezó a rastrear.

—¡Ana! ¿Qué haces aquí todavía? —sonó a sus espaldas.

Ana se quedó paralizada. Era la directora. No necesitaba ni girarse. Improvisó sobre la

marcha:

—Las publicaciones especiales... me dan más trabajo del que pensaba.

En la pantalla, el buscador empezaba a sacar resultados. Era evidente que no eran las publicaciones especiales. Si la directora miraba la pantalla, se vería en un aprieto. Lo que hizo, sin embargo, fue mirar su reloj.

—Vigila tus ojos, que son muchas horas.

—Eso haré... gracias.

Y la directora desapareció en las sombras del pasillo.

Ana suspiró aliviada, pero no se relajó. El listado estaba completo. Sacó su pendrive y se descargó la información. “Listo”, pensó. Pero, entonces, se le ocurrió una idea: “voy a poner imágenes o fotografías, a ver qué sale”. El buscador empezó de nuevo. Encontró varias fotografías antiguas en blanco y negro, pero Ana no tuvo tiempo de mirarlas.

—Es la hora, joven —era la mujer de la limpieza.

—Voy, ya he terminado. Deje que apague.

Ana pasó las fotos al pendrive y apagó su puesto. Luego dejó la emisora sintiéndose como una espía al servicio de una potencia extranjera. Estaba eufórica, por fin había hecho algo arriesgado. Y sintió un escalofrío de placer al recordar que podían haberla atrapado. Ya se parecía un poco a Judith. Y Felipe estaría orgulloso de ella. Eso último la reconfortó: “verá que no soy una inútil y siempre estará a mi lado”.

\*\*\*

Al llegar a casa todo su entusiasmo había desaparecido. Estaba agotada. A duras penas pudo dejar su carpeta y el pendrive sobre la mesa. Se dirigió al baño con urgencia. Pasados unos segundos, antes de tirar de la cadena, le extrañó el color oscuro de sus deposiciones. “Ahora estoy agotada —se dijo— ya pensaré en eso mañana.”

Y tiró de la cadena.

—Te estás matando a trabajar. Anoche volviste muy tarde. Llamé a tu puerta a las 23h00 y aún no habías llegado —no era una acusación, pero Judith lo dijo en un tono serio.

—Es que Felipe me pidió un favor y me quedé más tarde en el trabajo —se defendió Ana.

—¿Y qué quería?

—Nada importante, unos documentos antiguos. Hemos quedado para tomar algo y que le pase el pendrive.

—Como tú veas, pero primero te cargas con más trabajo en el archivo y ahora haces horas extra gratis para él. Te vas a quebrar, chiquilla.

—Intento llevar mi vida, sólo eso. No depender tanto de ti —añadió Ana con un tono un poco agrio.

A Judith no le gustó este tono nuevo. Algo pasaba por la mente de su amiga. Quizá sólo fuera el enamoramiento. “Cosas peores se han visto por amor”, se dijo. Pero no le gustó. La notaba cansada y le llamó la atención la palidez de sus labios. Estuvo a punto de aconsejarla, mimarla un poco, pero se retrajo. A lo mejor era una fase que tenía que superar. “Es que no lo sé, no tengo ni idea”, concluyó. Y deseó que María y sus conocimientos de psicología estuvieran con ellas. Decidió seguirle la corriente a Ana.

—¿Y eran interesantes los documentos de Felipe?

—Ni idea, él me los pidió y aquí los tiene. No tengo derecho a hurgar en su intimidad.

Ante esta respuesta Judith se sintió culpable: si los hubiera buscado ella, ya los habría mirado y remirado. Habría hecho hasta fotos. En color.

—Pues yo creo que, por prudencia, algo podrías haber mirado. Sólo por saber con quién andas —concluyó Judith.

—Desconfías mucho del chico que me gusta —contraatacó Ana.

—Pues sí. Tiene muy buen aspecto, buenísimo de hecho, pero algo huele a podrido en su interior. Es como una hermosa flor que huele a podrido. Y te lo digo yo, que sé mucho de eso, que trabajo en una inmobiliaria.

—Pues yo prefiero confiar en él.

—Bendita tú. La Biblia dice que los mansos heredarán la tierra. Pero, mientras, los otros se dan la vidorra...

Y la conversación murió aquí. Habían llegado a un punto muerto. A Judith le pareció extraño y recordó que, hasta ahora, sus conversaciones eran siempre iguales: ella hablando y hablando y Ana haciéndole de eco. Eran conversaciones que podían ser interminables, pues a ella nunca se le acababa el carrete. Ahora era distinto. Parecía que Ana luchaba, se resistía. Y quizás era bueno para su amiga. Pero Judith no pudo dejar de pensar que la estaba perdiendo un poco. Además, el tal Felipe no era trigo limpio, de eso estaba segura. Demasiado guapo, demasiado perfecto. De ésos sólo los hay en los anuncios de la tele. Y ahora encima, la tontita de Ana le conseguía información de los archivos. “A saber cuál será su próxima petición”, se preocupó. Tenía que vigilarles de cerca. Pero no sabía cómo. Entonces se le ocurrió una idea:

—¿Sabes qué? No vas a ir sola a tu cita.

—¿Qué quieres decir?

—Que le guste o no, voy a acompañarte. Y no pienso hacerlo sin armas.

Google.

Nada como la información para ir bien armado.

“Google, santo patrón de los desinformados. A ti me entrego, ilumíname”

Y Judith empezó a teclear.

Se trataba de saber sobre televisión y presentadores. Puso “Felipe Alazán, presentador de televisión” y se arrojó a los brazos de la Wikipedia. Felipe no tenía ninguna página dedicada en la wikipedia. Tampoco aparecía en otras entradas. Le extrañó la ausencia de resultados en alguien que se consideraba famoso. Pero no podía conformarse con eso. Tenía que saber más.

Se trataba de ponerle una trampa a Felipe. Que demostrara, de verdad, que era un experto en el tema televisivo. Le llamó la atención la palabra “ancla”, referida a los presentadores de noticias. Profundizó en ello. Por lo visto se trataba de un término usual en Latinoamérica. Era una traducción de “anchor” en inglés, referida a presentadores de televisión reconocidos.

Bueno, ya tenía algo.

Decidió cambiar de rumbo y buscar algo más técnico. Puso “Programa Informativo” y empezó a acumular información como si fuera armamento para una guerra inminente. Con el listado delante se puso a memorizar y así pasó la tarde hasta la hora de la cita. De repente, se dio cuenta de algo extraordinario: Ana no la había llamado para nada, ni siquiera para vestirse para la cita. Eso la preocupó. Sentía que su amiga estaba saltándose etapas a toda velocidad y ella perdía pie. Decidió ir a buscarla para ayudarla con el vestido.

No fue necesario.

Al llegar a su apartamento Ana ya salía. Llevaba un vestido que no le había visto nunca: una blusa plisada con los hombros descubiertos y unos tejanos ceñidísimos. Con esta ropa parecía aún más delgada, más frágil.

—Anita ¿de dónde has sacado... esto?

—Me lo reglaste tú hace unos años, me pareció un buen momento para desempolvarlo.

—¿Para ir a merendar? ¿No es un poco...?

—Felipe me ha dicho que le gustan las mujeres con la ropa ceñida.

—Pues si lo ha dicho Felipe, ya está todo dicho...

Y en ese instante Judith se habría dado con la cabeza en una pared de ladrillos. “Pero quién me manda hacerle regalos a esta incauta”.

Felipe las esperaba a la entrada del bar. Apoyado en la pared parecía una estatua que viniera de la antigua Grecia. La estatua cobró vida cuando las vio llegar.

—Hombre, Judith. Vienes a hacernos compañía. Así que tendremos que ser buenos ¿no Anita?  
—la aludida enrojeció al instante.

—Vamos dentro. Pasad, por favor.

Se sentaron en una mesa del fondo. A Judith le costó mantener la cabeza fría. Intentaba

recordar los datos que había memorizado, pero junto a Felipe era difícil: el chico estaba deslumbrante.

—Pues ya estamos los tres —sentenció el joven—. ¿Tienes algunos consejos que darme, Judith? ¿Hay algo que quieras saber de mí? Si es así, prepara tus preguntas, yo voy a buscar un camarero —y Felipe las dejó solas.

Judith se quedó paralizada. ¿Sabía algo o lo había dicho al azar? Si intuía algo, era casi diabólico. Era imposible que conociera su plan, no podía ser tan intuitivo. Judith tuvo un poco de miedo, entonces. A lo mejor estaban con alguien peligroso.

—¿Cómo van mis dos princesas? —dijo Felipe al volver con una voz envolvente.

Judith miró entonces al joven que la sonreía. Sus ojos aterciopelados la acariciaban al mirarla y Judith tuvo, entonces, una certeza:

Se había olvidado de todas las preguntas que tenía que hacerle.

Felipe ganó así el primer round de la tarde.

Judith empezó a rehacerse a lo largo de la cita. Ya estaba lista para la batalla. Ana había entregado todas las tropas sin un tiro y con bandera blanca.

—Aquí tienes tu pendrive —le tendió tímidamente.

—Gracias, cielo —y el joven le estampó un beso en los labios.

A Judith le pareció desplazado tanto cariño, pero por parte de Ana no hubo queja alguna. Judith decidió que era el momento de empezar el asalto.

—Felipe, tú que sabes de esas cosas. Oí el otro día que los presentadores de la tele utilizan un aparato que se llama Teleporter o algo así...

—Sí, el teleprónter. Es un aparato electrónico que refleja el texto en la parte frontal de la cámara, ayuda a los presentadores —y lo explicó con tanta soltura que ni levantó la mano del muslo de Ana mientras hablaba.

—¿Sabes que el presentador puede controlar la velocidad de lectura con un pedal en el suelo? —completó Felipe.

—No tenía ni idea —dijo entre dientes Judith.

—Pues eso es la tecnología actual. Han cambiado mucho las cosas desde 1952.

—¿1952? —preguntó a rebufo Judith.

—Sí, la fecha de los primeros telediarios en España. Sabéis cómo trabajaban al principio. Pues escuchaban primero las noticias en la radio y se limitaban a repetirlas en la tele.

—Qué curioso —dijo Ana con admiración.

—Curiosísimo —añadió Judith con rabia contenida— pero luego cambió todo ¿no?

—Pues sí. Ya en los años 80 se empezaron a utilizar mezcladores que combinaban varias señales de vídeo en una sola imagen.

Judith empezó a sentirse arrollada. Había iniciado la conversación y no era capaz de seguirla. Estaba perdiendo la batalla dialéctica por goleada. Y, mientras, Felipe seguía con su discurso.

—Ahora las cosas son ya pura tecnología. Algo de ello le enseñé a Anita cuando estuvimos en el plató.

—Sí, yo lo vi todo —dijo Ana haciendo coro. Sólo le faltaba aplaudir.

—Pero en el fondo, por mucha tecnología que tengamos, todo se reduce a lo mismo: la inmediatez, hablar de lo que es actualidad para el espectador. Lo que le resulte cercano. O con palabras de la Ley de Mc Lurg: “la importancia de un suceso disminuye con el aumento de la distancia del lugar en el que se produjo”.

A estas alturas Ana ya era miembro de su club de fans. Judith tuvo que bajar los brazos: era una enciclopedia el tío y, además, con muy buena encuadernación. Ana interrumpió los lamentables pensamientos de Judith:

—Voy al baño un momento, os dejo solos. Portaos bien ¿eh?

Y, en efecto, Ana les dejó solos.

De repente, Felipe se dirigió a Judith mirándola fijamente:

—¿Qué tal Judith? ¿He pasado el examen?

Ella no supo qué contestar. Sintió que sus mejillas le ardían y tomaban un color rojo intenso.

—No dices nada —siguió el joven— así que doy por supuesto que me aceptas. Me alegro. Nunca es bueno tener el enemigo en casa —y, aunque dijo esta frase con suavidad, a Judith le

pareció un tono de velada amenaza. Eso, en lugar de amedrentarla, la hizo reaccionar como despertándola de un sueño. En ese momento llegó Ana.

—¿Ya os conocéis mejor? Pues me alegro, quiero que seáis los mejores amigos.

Y tomó a Felipe de la mano para salir del bar.

Los dos salieron abrazados, pero de una manera singular: Ana no paraba de hablar mirando a su novio. Felipe, desde su altura, iba callado. Sólo miraba su propia silueta reflejada en los espejos del bar. La silueta les siguió hasta que salieron a la calle.

Al llegar a casa, Judith notó que estaba agotada, agotada y cabreada. Se dejó caer en el sofá y reconoció su derrota. Derrota pasajera, pero derrota, al fin y al cabo. “Me ha respondido a todo —se lamentó— parecía un documental de la 2 y eso sólo puede decir dos cosas: o de verdad sabe de lo que habla o se ha informado en google como una tonta que yo me sé”. Y esta última reflexión la confirmó en sus sospechas. Tenía que avisar a Ana del peligro acechante, pero no tenía nada real que contarle, sólo un presentimiento. Ana pensaría que estaba celosa por su recién estrenada felicidad. Pasaría por tonta, por envidiosa. “¡Qué más da!”, se dijo. Tenía que defender a su amiga, aunque ella no quisiera. Y tenía que ser rápido. El tal Felipe tiraba con bala y seguro que ya estaba preparando su siguiente paso.

\*\*\*

Felipe mostró a Ana su dormitorio en penumbras.

—Espera un momento, me preparo un poco y vuelvo. Ponte cómoda —con estas palabras el joven desapareció en el baño.

Ana se quedó sola, de pie, junto al lecho sin saber qué hacer. Rozó las sábanas con los dedos y le sorprendió la suavidad del tacto. “Es casi como una piel”, se dijo. Y su carne se estremeció con este pensamiento. Unos sonidos llegaban desde el baño. Felipe había dejado la puerta entreabierta y alcanzó a verle mientras se miraba en el espejo. No tuvo que esperar mucho, Felipe salió del baño con una sonrisa de seguridad en el rostro. Ana no pudo ni sonreír, se quedó boquiabierta al ver a Felipe. “DES-LUM-BRAN-TE”, pensó para ella. El joven sólo llevaba una toallita sujetada en la cintura, su cuerpo musculoso se acercó a ella y la tomó de la mano. Ana vio, entonces, la cicatriz en el brazo derecho. La sorprendió esa imperfección en ese cuerpo perfecto y no pudo dejar de preguntar:

—¿Y eso?

—Las heridas del guerrero. Se cayó un foco del plató y me hirieron los cristales. Pero ¿no te importa, verdad? Así parezco más duro. ¿Das tu aprobación a lo que ves? No podría vivir si no me das el visto bueno —y Felipe señaló su cuerpo de estatua con una sonrisa de burla.

Ana nunca había tenido tan cerca a un ser tan perfecto. Pero esa cicatriz... Y una imagen le vino a la mente como un relámpago: una pared blanca, pulida, perfecta, quebrada en zigzag por una horrible grieta oscura. La imagen turbadora se disipó al instante: Felipe había empezado a besarla con fuerza. Ella se sintió arrollada y sólo pudo seguir con sus labios los movimientos de los labios que la besaban. Luego sintió que la alzaban en brazos y la depositaban con suavidad sobre algo blando. Se notó abrazada y ella abrazó a su vez. Luego todo fluyó como siempre debía haberlo hecho. Se dejó llevar, sólo se dejó llevar... Y la noche se deslizó en un tiempo que no podía medirse con minutos o segundos.

\*\*\*

Ana se sorprendió de repente al notar algo de luz: ya amanecía.

La noche había pasado. A su lado, Felipe contemplaba la luz naranja que se filtraba por los cristales.

—Amanece, cariño. Amanece sólo para nosotros —dijo el joven en voz baja.

Ana contempló su perfil iluminado por el sol. Felipe seguía hablando:

—El sol amanece sólo para que lo veamos. No tiene otra función. ¿No te parece?

Ana no supo qué responder. Felipe siguió:

—Lo que quiero decir es que somos únicos; lo nuestro es único, lo que ha pasado esta noche es único. Y tú eres alguien excepcional, Anita. Debes saberlo.

—Gracias...—consiguió decir la aludida.

—No puedes seguir en la sombra como hasta ahora. No es justo. Tú vales mucho más que esas hormigas que van a sus trabajos cada mañana. Si te asomas, les verás ahora arrastrándose hacia el tren como unas manchas negras. El sol no amanece para ellos. Ellos viven en la sombra. Y tú no puedes seguir en la sombra, Anita. Ese almacén, ese... archivo, eso no es para ti. Yo puedo alejarte de esa vida en penumbra. Y voy a hacerlo, Anita, te juro que voy a hacerlo.

En ese momento Felipe se giró y miró a Ana por primera vez desde que empezó con su discurso:

—Escucha con atención, Anita —dijo el joven con seriedad— te he concertado una cita con un productor muy importante. Tiene mucho poder y muchos contactos. Puede ser tu oportunidad. Mucha gente mataría por tener una entrevista en su despacho. No me falles. Yo estoy seguro de que no lo harás, porque vales mucho.

Ana se quedó paralizada por estas palabras. Cuando iba a decir “gracias” notó la presión de unos fuertes labios que la besaban.

Y no pudo decir nada.

\*\*\*

Con la camisa arrugada y los pantalones mal cerrados Ana cruzó en silencio el pasillo para entrar en su apartamento. Fue interceptada por Judith que la estaba esperando.

—Anita ¿estás bien? Estaba preocupada.

—¿Por qué? Ya soy una adulta, y no me llames Anita, me llamo Ana.

—Claro... Ana —y, por una vez en su vida, Judith se quedó sin saber qué decir.

—¿Querías algo, Judith? Es que tengo prisa, voy al trabajo. Es la primera vez que voy al trabajo sin dormir ¿te das cuenta, Judith? ¡Sin dormir!

Y Ana se puso a reír mientras abría su puerta.

Judith se quedó detrás, en el pasillo, e intentó añadir algo:

—¿Seguro que estás bien?

—Oye, te estás repitiendo. Claro que estoy bien ¡estoy genial! ¿O no se me nota? —y, al decir esto, Ana se mostró a su amiga con los brazos abiertos. El rímel se le había corrido y sus labios ya no estaban pintados.

—¿Tienes algo más que decirme o puedo irme al trabajo? —añadió Ana.

—Es sobre Felipe... no te conviene —balbuceó Judith.

—No me digas. ¿Y cómo lo sabes? Anda, ilumíname.

—Es que... ¿no te das cuenta que no te ve? sólo se ve a él mismo. Sólo eres su espejo. Nunca hace nada por ti, sólo se dedica a fardar de lo genial que es y sólo te pide favores. Nunca hará nada por ti.

Ante esas palabras, Ana se giró bruscamente en el umbral de su apartamento. Por un momento pareció que iba a estallar de pura rabia, pero se contuvo para decir con tranquilidad:

—Pues, para que lo sepas, Felipe, mi novio, el egoísta del que hablas, me acaba de ofrecer la oportunidad de mi vida. Y no pienso desperdiciarla. Seré una locutora estrella y todo gracias a él.

—Pero Anita... ¿una estrella tú? —dijo Judith compasiva.

—¡Me llamo Ana! ¡No Anita! ¿Es que no lo entiendes? —gesticuló con sus brazos flacos—. Pero ya sé lo que te pasa ¡tienes celos! —gritó Ana con una mirada brillante—¡tienes celos de nosotros!

—No es eso... cariño... es que tú y él...

—¿Qué pasa? ¿Crees que no soy lo bastante para él?

—No es eso, pero tú eres tú... sólo tú, nada más.

Ana miró, entonces, a su amiga con una expresión fría. Luego respondió:

—Ya entiendo, Judith: vete a la mierda.

Y le cerró la puerta en la cara a su ex amiga.

Los clientes aún no habían llegado.

Judith se impacientó en el hall de entrada y le volvió el sabor metálico. Lo llevaba sintiendo todo el día. En la boca. Y no era la comida. Era por Ana. No podía borrar su expresión agresiva. Ese rictus había transformado la cara de su amiga. Era la misma, pero a la vez no lo era. Como si otra Ana hubiera surgido de su interior. Una Ana más fuerte, es cierto, pero más incontrolable. Y lo peor es que, planeando alrededor como una sombra, se imaginaba a Felipe. Tenía que hacer algo.

Los clientes se estaban retrasando y Judith se empezó a mover nerviosamente en el hall. No podía estar sin hacer nada. Sacó el móvil y marcó el número de su amiga. Un mensaje le llegó al oído como una sentencia funesta, era el peor mensaje que había esperado:

“Este número está apagado o fuera de cobertura”

Nunca había apagado su teléfono antes. Nunca. Siempre la estaba llamando. Para cualquier cosa. Para decidir una tontería, para ponerse un foulard o para no hacerlo; si tenía miedo, la llamaba; si el miedo se le había pasado, la volvía a llamar: la llamaba para todo. Y es verdad que llegaba a hartarla, pero esta vez había apagado el móvil, lo había cortado como se corta una raíz que te ata a la vida. Lo habría dado todo por una explicación de Ana: “es que estaba nerviosa y me olvidé de encender el móvil”, “es que me he dejado el móvil en casa”. Cualquier cosa, cualquier razón le valía. Pero Judith sabía que ese móvil estaba apagado con premeditación. Y esa certeza se alzó como un abismo que las separaba sin remedio. No sabía qué hacer. Lo suyo no era el tacto, precisamente. Si quería algo, lo cogía. A eso se reducía todo. Con la práctica había aprendido algo de psicología elemental. Era imprescindible para el trato con los clientes. Pero su relación con Anita era mucho más complicada. Cada paso que daba la hacía caminar hacia atrás. Cuanto más se esforzaba, más se alejaba su amiga. Pero tenía que hacer algo. Notó que sus ojos se humedecían y se sintió sola y débil en el gran hall de entrada. “Necesito ayuda”, se rehízo. Y marcó, de nuevo.

—María, soy Judith.

—¡Judith! ¿Cómo va Anita? —la voz de María, fue como una caricia de consuelo.

—No va bien... es difícil de explicar, pero no va bien.

—Te noto muy preocupada.

—Es que sé que algo va mal, pero no puedo demostrarlo. Si se lo preguntas a ella te dirá que está genial y que tiene un novio de película; pero no está bien, no sé por qué. Es como un póster falso. No me lo creo. No sé cómo decírtelo.

—Con lo que me cuentas me basta. Si notas algo, es que hay algo, te conozco desde hace tiempo y no eres de las que ven fantasmas. Tenemos que hablar de ello. Si te parece nos vemos en mi despacho a las 12h00. También estará Gerardo ¿no te importa?

—Claro que no —a Judith le caía muy bien el marido de María y otro psicólogo les vendría de perlas para intentar encontrar una solución.

—Pues allí nos vemos. Muchos ánimos.

—Gracias, los necesito.

Y era verdad. Hablar con María le había sentado bien. Ya notaba como su fuerza habitual

volvía a su cuerpo. Y justo a tiempo: los clientes ya llegaban por el jardín  
Dejó el hall solitario y se disfrazó con una sonrisa para recibirles.

\*\*\*

Después de varias entrevistas con clientes acudió al gabinete del matrimonio de psicólogos.

Ver a Gerardo fue un pequeño descanso para Judith. Siempre lo era. Los ojos grises del psicólogo tenían la tranquila expresión de siempre. Su pelo canoso y su perilla blanca también inspiraban una confianza infinita. Era como un padre, como el padre que todos hemos soñado.

—Hola Judith. Pasa, por favor. María nos está esperando en su despacho —y Judith siguió a Gerardo ya más relajada.

María estaba sentada en su despacho y la miró extrañada al entrar:

—Te notó cansada, siéntate.

—Gracias.

—¿Cómo está Ana?

—Bien... parece bien, genial incluso. Me la he encontrado medio desnuda en el rellano del piso... o sea ¡genial! —nada más decir estas palabras Judith lamentó haberlas dicho— lo siento, es que esto me supera.

—Tranquila, cuéntanoslo todo —la calmó Gerardo, mientras se sentaba en un sillón junto a su mujer.

—Pues es sencillo y, a la vez, complicado. Hasta hace unas semanas Anita... Ana... era la de siempre. Yendo y viniendo a su archivo, envuelta en sus papeles viejos y calentándome los cascos con sus inseguridades. Que si me pongo esto o esto, que tengo miedo, que ya no lo tengo, que no sirvo para nada... En fin, lo de siempre. Pero ya son muchos años y estaba acostumbrada. Ya con las monjas, en el colegio, era así. Ella dudando y yo detrás empujándola a hacer algo. Pero hace unos días ha aparecido Felipe y todo ha cambiado.

—¿Es su nuevo novio? —se aventuró a decir María.

—Eso dice ella. Pero yo no me lo creo. No quiero parecer cruel con Anita, pero el tal Felipe no le pega ni con cola. Yo me di cuenta enseguida. Desde el primer día. Anita llegó como abducida nada más verle por primera vez. Y yo me di cuenta que la cosa estaba muy desequilibrada.

—¿Desequilibrada? ¿En qué sentido? —intervino Gerardo.

—Pues que Felipe es uno de esos triunfadores de anuncio. No pide las cosas, se las dan por guapo. En cambio, Ana, mi Anita, se dedica a hacer favores a todo el mundo mendigando un poco de atención. Y no me importa, ella es así y así la quiero. Pero es que parecía hipnotizada. Hasta sacó documentos para él de su sagrado archivo. Y eso no lo había hecho nunca. Tiene pánico de que la despidan. Pero por su Felipe le habría pegado fuego al edificio. Y ha ido de mal en peor. Ha sido como una bola de nieve. Podía haberlo parado al principio. Pero después de la conversación que tuvimos María y yo —y Judith miró a María—, yo misma la animé a que le tirara los tejos a nuestro Brad Pitt. ¿Te acuerdas? María. Me dijiste que había que dejarla volar con sus alas y todo eso...

—Claro que me acuerdo. Y te dije que había un riesgo.

—Pues ya ves, hasta aquí hemos llegado, ahora ni me habla, me ha apagado el teléfono. He dejado de ser su amiga —se lamentó Judith.

—Eso nunca —respondió Gerardo— tú serás siempre su amiga. Eso no lo puede cambiar nadie. Ni Felipe, ni un terremoto. Pero es cierto que tenemos que hacer algo. Ana es una persona vulnerable. Especial.

—Eso ya lo sé, pero ¿a qué te refieres?

—Lo que Gerardo quiere decir —aclaró María— es que ha llegado el momento de explicarte cuál es el problema de tu amiga.

—Judith —siguió María— nos has descrito perfectamente la personalidad de Ana. Anita es extremadamente dependiente de los otros. Su mayor temor es que la abandonen, todo gira en torno a ese miedo, a encontrarse sola, pues se siente incapaz de valerse por sí misma. Eso le produce verdaderos ataques de pánico. Os conocéis desde niñas ¿verdad?

—Pues sí. Nos conocimos en el colegio. Yo ya llevaba unos años con las monjas y un día vi llegar a Anita. Me pareció muy desamparada tan flaquita con el uniforme que le acababan de poner. Se sentó en un rincón y se quedó en silencio. Yo en aquella época ya tenía mi red de contactos. Era mi red escolar. Y me informé sobre la recién llegada. “Es huérfana”, me dijeron. Y le cogí cariño al instante. Vamos que la cogí bajo mi ala. Y la verdad es que tuve mucho trabajo, porque Anita tenía miedo de todo. Las otras niñas se dieron cuenta de que era un poco rara; o sea, la víctima ideal para crueldades y torturas varias. Pero la huérfana iba conmigo. Yo era su escudo y las torturadoras se buscaron a otra víctima.

—Fuiste muy compasiva —comentó Gerardo.

—Es algo que aprendí de mis padres, a cuidar de los más débiles. Y Anita era tan dulce que tenía razones de sobra para tenerle miedo a todo. Tan sola y nueva en el colegio. No me importó hacer de mamá gallina. Aunque nadie me había preparado para ello.

Judith se calló, entonces. Un recuerdo pareció acudir a ella de repente y volvió a hablar.

—Nunca olvidaré esa tarde, al final de las clases. Cuando Ana me lo contó todo. Estábamos sentadas en uno de los bancos del patio y Anita me preguntó de repente:

—¿Cómo son tus padres?

Ante esa pregunta me vino la imagen de mis padres cuidando a los alumnos con dificultades, reviví su paciencia conmigo, sus consejos, las noches de tertulia con sus amigos en casa... Respondí:

—Mis padres son muy generosos. Generosos y apasionados.

—Pues yo casi no me acuerdo de mis padres —susurró—. Murieron en el coche. Yo era muy pequeña y no pude hacer nada. De verdad, que no pude hacer nada.

Y recuerdo como si fuera hoy que Anita escondió las manos entre las piernas y se quedó mirando el suelo en silencio. Creí que no iba a decir nada más. Por eso me sorprendió cuando añadió:

—Tú ¿no me dejarás? ¿Verdad? ¿No me dejarás como ellos?

Y supe entonces que nunca podría abandonarla.

\*\*\*

Judith notó las ganas de llorar. El matrimonio de psicólogos se dio cuenta enseguida y se apresuraron a calmarla.

—Tranquila, no te preocupes —se acercó María.

—Es que me la imagino sola, con ese Felipe. Es muy ingenua y ahora está sola con él. Me ha echado de su vida. Hasta hoy siempre habíamos estado juntas. Yo delante abriendo camino y ella detrás siguiéndome. Teníamos nuestros juegos y nuestras reglas secretas. Cuando nos veíamos siempre nos dábamos el mismo saludo: “al pasar la barca ” cantaba una; “me dijo el barquero” respondía la otra. Era nuestra contraseña, la que permitía el acceso a nuestro mundo íntimo. Nadie

más la conocía y nunca la decíamos ante los demás. Eso nos hacía más fuertes. O, al menos, eso queríamos creer. Pero nos hacía fuertes a las dos, no sólo a ella. Anita, posee una fuerza interior que muy pocos conocen. Yo creo que ni ella sabe que la tiene, pero yo la he notado algunas veces...

Judith hizo una pausa y pareció mirar al pasado para seguir hablando:

—Recuerdo, como a través de una niebla, la Capilla Ardiente de mamá. Me sentía desorientada, abandonada, como si una marea maligna me hubiera arrojado en la costa de un país maligno y desconocido. Y sólo podía acercarme a un maldito cristal, un cristal que me separaba para siempre de mi madre. Sólo podía quedarme mirando a mamá tan quieta, tan callada; como si todavía fuera ella, aunque ya estaba dejando de serlo. Papá había fallecido hacía poco. Pero volví a oír sus voces, les oí hablar entre ellos. De la escuela, de los alumnos, de las excursiones... de la vida. Ellos habían sido la vida, la vida más alegre y generosa, y ahora se había alzado un frío cristal que me separaba de ellos para siempre.

No recuerdo cuánto tiempo estuve en aquella salita. Como para mamá y papá, todo era silencio para mí. Silencio y soledad. Torpemente abandoné la contemplación del ataúd solitario y salí a la sala de espera. Estaba llena. Vestidos de oscuro, profesores, alumnos, amigos, hablaban en voz baja y se giraron todos al verme llegar. No recuerdo sus palabras, me hablaban con cariño, pero no podía entender nada. Era incapaz. No quería hablar, no tenía palabras, estaba vaciada, como hueca. Entonces, apareció Anita para rescatarme.

—Con su cuerpo flaco y sus brazos huesudos, me tomó del brazo y me acompañó a un sillón. Yo me dejé caer y, agotada, me dejé ir. Y pude hacerlo porque Anita se ocupó de todo. Habló con todo el mundo, se encargó de los papeles, me acompañó a casa y veló mi sueño como un fiel centinela...

—Es una gran amiga... —confirmó Gerardo.

—La mejor. Y puede ser fuerte, como habéis visto; aunque parece frágil y temerosa, a veces toma el timón, pero lo hace pocas veces y, casi siempre, por amor. Yo parezco la más fuerte, pero Ana es un pilar para mí. Sé que siempre estará a mi lado, como una hermana. No he conocido a nadie más fiel.

—Habéis compartido toda la vida, eso es una prueba de ello —añadió María.

—Sí —siguió Judith—. Tras el instituto yo empecé con las ventas inmobiliarias y me informé sobre los estudios más adecuados para alguien con el carácter de Anita. Como le atraía la radio, se apuntó a Periodismo. Ella con sus estudios y yo, cara a cara, con los clientes. Y cada una en su apartamento en el mismo edificio. Y nos fue bien hasta ahora. Hasta que llegó Felipe. La deslumbró desde el principio. Cuando le vio por primera vez, vino a verme enseguida: estaba como abducida. Yo me lo tomé un poco a broma, como si fuera una quinceañera que ha visto a su cantante favorito. Y me equivoqué. No me la tomé en serio. Metí a caperucita en la boca del lobo.

—No te culpes por ello —la calmó María—. Ana te sustituyó por Felipe poco a poco. Las personas como Ana necesitan una figura que ellos consideran fuerte. Se sienten desamparados si están solos. No se sienten capaces de valerse por sí mismos. Hasta ahora eras tú esa figura protectora. Tú le proporcionabas ese apoyo.

—Ahora cree que lo ha encontrado en Felipe —concluyó Gerardo—.

—Me estáis preocupando, parece que lo tenéis muy claro y no sé si eso me gusta —se lamentó Judith.

—Mira, Judith —retomó María— tu amiga padece lo que los psicólogos llamamos Trastorno de personalidad dependiente. No es que depender de los demás sea malo, todos podemos necesitar ayuda en un momento determinado, pero las personas como Anita dependen de los demás hasta para las cosas más sencillas.

—Es verdad —reconoció Judith— me llama para cualquier cosa. Pero me había acostumbrado. Pensaba que era normal. Será por falta de carácter, me decía.

—Y esa ultra dependencia es consecuencia de un horror interno: ser abandonada —siguió María—. Un primer abandono marcó toda su vida: el fallecimiento de sus padres. Fue como un hachazo que partió sin piedad todas sus certezas. Se encontró abandonada de repente y con el silencio como única respuesta. Esa ruptura inicial tan traumática la ha marcado hasta ahora. Su mayor terror es que la vuelvan a abandonar, eso le produce una ansiedad casi incontrolable. Y de ahí vienen esas pesadillas, esos sudores y esos vértigos.

—Sí —recordó Judith— es muy agobiada. Se agobia hasta durmiendo. Tiene pesadillas extrañas y me llama en plena noche para contármelas.

—Es que no puede controlar la angustia —añadió Gerardo—, esa angustia que la atenaza desde niña. Es como un estigma interno que la ha marcado. Su carácter adulto es consecuencia de ese “hachazo” en la infancia.

—Lo que Gerardo quiere decir —explico María— es que Ana ha desarrollado una personalidad muy sumisa, extremadamente pasiva. Siempre dará el visto bueno a todo lo que le digan, aunque ella no esté de acuerdo. Y todo para que no vuelvan a abandonarla como cree que hicieron sus padres tras el accidente, cuando era pequeña.

—Es verdad, siempre estaba de acuerdo con todo lo que le proponía —recordó Judith.

—Cree que así no la abandonarás nunca —siguió la psicóloga—. Y eso marca todos los aspectos de su vida. Quiere agradar de una manera ansiosa y desesperada. Aunque vaya en contra de sus propios intereses.

—Pues en el Archivo se han dado cuenta y le endosan todos los marrones —se lamentó Judith.

—Y a ella jamás se le ocurrirá no ceder —completó Gerardo—. No soportaría que la rechazaran. Aceptará lo que la encarguen hasta el agotamiento.

—No puede hacer otra cosa —siguió María—. Tu amiga delega su vida en los demás. La delega, incluso, en mí. Ya te expliqué que eso no es bueno para la terapia. Tiene que dejar atrás esa inseguridad y no depender tanto de los demás. Ni siquiera de mí. Y tampoco de ti. Tiene que desarrollar confianza en sus propias fuerzas.

—Ya veo. ¿Pero qué podemos hacer? —se impacientó Judith.

—Es todo un proceso, es algo gradual. Tendremos que ayudarla a ganar esa confianza. Pero seguiremos con la terapia más adelante.

—¿Qué quieres decir con “más adelante”? Yo creo que hay que resolverlo ahora —se lamentó Judith.

—Mira —aclaró María—, ha habido un imprevisto que rompe con todos nuestros planes: Felipe. Su aparición puede ser muy dañina para Ana. Es como si una trampa se hubiera abierto ante ella. Necesitamos saber más de él. Los psicólogos somos un poco como detectives que buscan pistas para resolver un caso. En Felipe reside todo. La puede llevar a las puertas del paraíso o hacerla cruzar los umbrales del infierno. En todo caso el riesgo es altísimo y tenemos que saber a qué nos enfrentamos. ¿Qué sabes de ese joven?

Judith se concentró y empezó a contar lo poco que sabía del misterioso Felipe Alazán.

—Contactó con mi inmobiliaria solicitando un apartamento grande y me encargué de enseñarle el bloque residencial. Cuando le vi, recuerdo que me llamó la atención su apostura. Andaba como deslizándose. Pero yo enseguida fui a lo mío: a venderle las maravillas del apartamento.

—¿No notaste algo raro? Algo que puedas contarnos...—preguntó María.

—Pues, no... espera —recordó Judith—. Me pareció maleducado... no, maleducado no. Ausente. Eso sí, ausente. Yo iba contándole todas las maravillas del apartamento y él me sonreía, pero parecía no escucharme. Como si fuera cavilando en su interior sin prestar atención a lo que decía. Eso es algo crispante, al menos para mí. Es como notar que te están ignorando o peor aún que te están utilizando de alguna manera. Yo tengo que hilar muy fino con estos detalles. Tengo que interpretar muy bien la reacción de los clientes para ir adaptando mi discurso. Un fallo en mi interpretación y puedo perder a un cliente. Basta con dos segundos para perder una venta. Es así de rápido.

—O sea que Felipe, te pareció como ausente —concluyó Gerardo.

—Sí, como si yo no le importara. Como si yo no estuviera. Y eso no me gustó. Sé que no soy Bo Derek, pero al menos podría haber disimulado un poco. Él iba a lo suyo. Pensando en algo que sólo él conocía.

—¿Y tú qué hiciste? —dijo María.

—Pues seguir hablando. Al notarle tan raro he de reconocer que di la venta por perdida. Le solté mi discurso hasta el final y le acompañé a la salida. Por eso me quedé de piedra cuando me respondió. “Me lo quedo”, me dijo con voz fría. Y me dio la mano el tío, para desaparecer luego por el portal. Yo oí su voz mientras se alejaba: “ya nos ocuparemos de los papeles”. Y desapareció con sus andares de felino. Ése fue mi primer encuentro con Felipe Alazán. Luego le volví a ver en la agencia. Para firmar.

—¿Pasó algo especial? —preguntó Gerardo.

—No... espera. Al llegar, Felipe ya estaba en la entrada. Interrumpí su conversación con Isabel, mi colega de despacho. Nunca había visto a Isa con esa cara, parecía hipnotizada escuchando a Felipe. Me sentí como una suegra interrumpiendo un idilio naciente. “Tengo los papeles. Podemos pasar a firmar”, dije con una evidente falta de romanticismo. Felipe sonrió satisfecho e Isa me clavó una mirada de lo más asesina. Y entramos en mi despacho para ocuparnos del papeleo. No hubo ningún problema. Lo firmamos todo y luego también firmamos con el del banco. Por lo visto, Felipe disfruta de una herencia o de una especie de pensión y no tiene problemas de liquidez. Además, nos habló de su carrera en televisión. Por lo visto lo suyo es ser presentador estrella de informativos. Nos habló de la elocuencia y de la planta que son necesarias para brillar ante de las cámaras. Nos contó anécdotas del mundo de la televisión. Vamos, que nos fuimos encantados. Dos nuevos fans para él. El del banco y una servidora. Y luego ya le vi instalándose en su nuevo apartamento. Fui a visitarle. Es lo que suelo hacer con los nuevos inquilinos. No quiero parecer cotilla, pero como vivo en el mismo bloque, me gusta controlar un poco para evitar sorpresas. Así que le pillé en plena mudanza. Me preocupé por cómo iba todo y, de nuevo, me noté excluida. No me dejó ni hablar. Me sacó de su apartamento y me encontré fuera de su casa, en el pasillo, hablando con las paredes. No me gustó, me pareció un grosero, pero no le di mayor importancia. Bueno, no se la di hasta que apareció Anita, abducida por nuestro don Juan.

—¿Se encontraron en el bloque residencial? —intervino María.

—Sí. En el ascensor, por lo visto. Y Felipe fue tan encantador y tan maleducado como siempre: hipnotizó a Anita con sus encantos, le robó el ascensor y la dejó esperando en la planta baja. Eso sí, a Anita le pareció maravilloso, todo lo de Felipe le parece genial. Y vino a contármelo a mi apartamento. Fue entonces cuando la empujé a sus brazos siguiendo el consejo de María. Es que me daría un ladrillazo en la cabeza. ¡Cómo pude ser tan estúpida! Y, poco a poco, Drácula la fue envolviendo en su capa. Por Ana me fui enterando de más cosas del personaje. Montó un pollo en un restaurante porque no tenían mesa. Se mostró muy agresivo. A mí esa reacción no me gustó ni un pelo. Yo, si detecto una pizca de violencia en un posible novio, le doy puerta al instante. Pero a Anita la cameló invitándola a ver unos estudios de televisión. Yo ya tenía la guardia levantada desde entonces. Intenté informarme, pero no descubrí nada de él. No aparecía por ningún lado. Y eso que se dice famoso. Hasta le tendí una estúpida trampa e hice el ridículo. Quise poner a prueba de verdad sus conocimientos televisivos y nos recitó una enciclopedia entera de RTVE. Y él se dio cuenta de mi desconfianza. Hasta noté un tono de amenaza cuando me habló. Pero no puedo probarlo ¡no puedo probar nada, coño! Soy yo la que parezco paranoica. Y, mientras, Anita, se aleja cada vez más de mí. Felipe le ha prometido un puesto de trabajo genial ¡Si hasta se han acostado juntos!

—¿Estás segura de ello? —siguió María.

—Hombre, yo no estaba allí. Pero no hace falta ser Sherlock Holmes. Me encontré a Anita, medio desnuda en el pasillo. Sólo le faltaba llevar las bragas en la mano. Y allí fue la ruptura. Allí acabé de perder a Anita. Se revolvió contra mí y rompió conmigo. Apagó su móvil y no he vuelto a saber de ella.

Judith calló entonces. Se dio cuenta de que, tras su discurso, estaba agotada. También se dio cuenta de lo poco que sabía de Felipe Alazán y eso la desmoralizó. Por eso le sorprendió el optimismo de María.

—Es muy valioso lo que nos has contado —dijo la psicóloga con optimismo.

—Y puede ser muy útil para nosotros —confirmó Gerardo.

—Pues yo cada vez lo veo más oscuro, como no os expliquéis —se lamentó Judith.

—Mira, Judith —siguió María con calma— lo que nos has contado de Felipe son detalles, es cierto, pero son también síntomas para nosotros. Y todos apuntan en una misma dirección. Felipe es, sin duda, peculiar, por decirlo de alguna manera; puede parecer maleducado, egoísta incluso y no ir más allá. Pero es algo más que todo eso y para Ana es mucho más peligroso, como un agujero negro. Su relación es altamente tóxica. Ana siempre busca a alguien en quien apoyarse y Felipe es como un agujero negro que se alimenta de toda su energía. Son dos patologías que se retroalimentan. Es parecido a la violencia de género donde, muchas veces, hay un sádico con una masoquista. En algunos casos, las mujeres maltratadas no quieren dejar a sus maltratadores. Es sorprendente, pero es así. Y es una situación muy peligrosa.

—Lo que María quiere decirte —concluyó Gerardo— es que, para Anita, Felipe puede ser letal.

—Sin tener a Felipe delante es arriesgado hacer un diagnóstico, pero lo que nos has contado nos permite llegar a ciertas conclusiones —dijo María con cautela—. Por ejemplo, nos has dicho que resulta muy frío en el trato, como distante.

—Sí, es como un pescado frío —asintió Judith.

—Pues eso denota falta de empatía. Es incapaz de reconocer al otro. Y también nos has contado que siempre presume de ser alguien famoso, un presentador muy importante.

—Eso es.

—Pero tú no encontraste nada sobre él en google —sentenció María.

—Nada. Pero eso a Anita le da igual, cree todo lo que dice como si estuviera escrito en el BOE.

—Por eso está con Ana —intervino Gerardo—. Necesita su admiración incondicional. Es incapaz de amarla, pero la necesita como un reflejo de sí mismo. De la imagen que él se ha creado.

—¿Quieres decir que Felipe miente? —preguntó Judith.

—Es muy probable. Pero si miente, miente a todo el mundo. Incluido a sí mismo. Y Ana le ayuda a cimentar esa mentira —concluyó María.

—Se ha creado una imagen muy sobrevalorada de lo que es —añadió Gerardo— y necesita la admiración de los demás. Es un gigante con los pies de barro. Parece la persona más segura del mundo, pero en el fondo es muy frágil. Todo puede ser una amenaza para él. Se cree un rey y no es más que un mendigo. Ha escogido la profesión de presentador de televisión para sentirse el centro, el objeto de todas las miradas.

—Y puede ser violento. Anita me ha contado que una vez la agarró del brazo y la empujó cuando curioseaba por su apartamento —añadió Judith enfadándose.

—Probablemente Ana se acercó a un territorio prohibido y él no podía dejarla pasar —reflexionó María.

—Pues no sólo le pasa en la intimidad, en el restaurante también montó un pollo —remachó Judith.

—Allí tuvo un nuevo choque con la realidad. Algo amenazó su imagen de superhombre y reaccionó con agresividad para proteger su fantasía. Como te he dicho, es frágil en el fondo, aunque no lo parezca —concluyó María.

—De hecho, las personas como Felipe también pueden tener altibajos —añadió Gerardo—. No es raro que pasen por momentos de depresión cuando la imagen que tienen de ellos mismos se quiebra ante la realidad. ¿Ana no te ha contado nada parecido?

—Un día se lo encontró llorando en su apartamento. Y Anita, la muy boba, se enterneció y se dedicó a consolarlo. Es desesperante.

—Es que Ana es muy dulce, ya lo sabes —dijo Gerardo—.

—Bueno —concluyó María— aunque no podemos saberlo todo a distancia, ya tenemos algunos datos. Es alguien manipulador, muy frío y tiene una grandiosa concepción de sí mismo. Nuestra misión es proteger a Ana de este individuo.

—Yo haría lo que fuera por ella. Pero ni me habla —se lamentó Judith.

—Tendremos que intentar algo nosotros —respondió Gerardo—. Necesitamos ver a Felipe para confirmar nuestras sospechas y llegar a un diagnóstico. Tenemos que conseguir que venga a

vernos. Y para eso, vamos a tenderle una trampa.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? Es un rato listo —dijo Judith con desazón.

—Vamos a utilizar los rasgos de su carácter a nuestro favor —dijo con seriedad María—. No me gusta manipular a nadie, pero dado el peligro que corre Ana, lo veo inevitable. Queremos que Felipe venga a vernos, pero él jamás aceptará estar cerca de una pareja de psicólogos.

—Seguro que piensa que no necesita nada de eso —añadió Gerardo—. Se considera perfecto como un bloque de granito. Nada de psicólogos cerca.

—Además, en el fondo —siguió María— intuye que podemos ser una amenaza para la imagen que se ha creado de sí mismo. Por eso tenemos que apelar a otro rasgo de su perfil: la vanidad. Se considera alguien muy importante y sólo quiere rodearse de personas importantes como él. Tenemos que ir en ese sentido. Pero para eso hay que darle instrucciones a Ana. Voy a llamarla.

—No te cogerá. Ha apagado el móvil. Se ha aislado del mundo para estar a solas con su Felipe —dijo Judith con algo de resquemor.

—Ya... Vamos a darle una oportunidad ¿no te parece? —y María marcó el número mientras hablaba.

La psicóloga esperó al teléfono y, finalmente, colgó.

—No contesta —dijo con calma.

—¿Ves? ¡Os lo había dicho! —se lamentó Judith—. ¡Es desesperante! No quiere saber nada de nadie ¡sólo quiere estar a solas con su vampiro!

—Tranquila, Judith. Hay que tener un poco de paciencia —intervino Gerardo.

—Sí, esperemos un poco. A ver cómo reacciona cuando vea mi llamada —concluyó María.

Las palabras “paciencia” y “esperar” no formaban parte del vocabulario de Judith que empezó a morderse las uñas. Cuando acabó con las uñas empezó a caminar arriba y abajo por el despacho de María. De Norte a Sur y de Este a Oeste, para volver a empezar. No soportaba la espera. Se imaginaba a su amiga en brazos de Felipe. Pero no en plan sentimental sino con Felipe estrangulando a la incauta. Pensó también en un posible acuchillamiento. Y, además, con la blusa plisada que le había regalado. “¡Es por culpa mía!”, se torturó en silencio. Y Judith miró alrededor: la pareja de psicólogos esperaba en calma. Ella no podía entenderlo ¡había que hacer algo! ¿Qué estaban esperando estos dos pachorras? Cuando Judith estaba a punto de ponerse a gritar, sonó un timbre.

—¡El teléfono! ¡Seguro que es ella! —y Judith se abalanzó sobre el móvil de la psicóloga.

—Sí... es ella —la frenó María—. Tranquila Judith, déjame hablar... Ana, cariño... ¿cómo estás?

—Bien, muy bien —pero la voz de Ana sonó cansada con un tono metálico en la distancia.

—Te llamo para recordarte nuestra próxima cita.

—Sí... pasado mañana. No me había olvidado —Esta última frase tranquilizó a María. No la habían perdido del todo.

—Pues nos vemos entonces. ¿Podrá acompañarte Judith? —pregunto María con toda la intención.

—No... no podrá... seguro —Y ante el silencio de María añadió:

—Es que ya no nos vemos, vamos cada una por nuestro lado.

—Hombre, lamento oír eso. Pero ya hablaremos de ello. O sea que vendrás sola ¿no puede acompañarte nadie?

—Está Felipe. Pero no creo que quiera venir. Está muy ocupado con su carrera.  
—¿Y quién es Felipe? No me has hablado de él.  
—Es que estoy empezando a salir con él. Es genial. Una estrella de la televisión. Y sale conmigo. Es como un sueño.  
—Pues dile que venga. Me encantaría conocerle —insistió María.  
—Ya te he dicho que no creo que le interese. Lo suyo es el mundo de las celebridades.  
—Pues nosotros hemos conocido a varias. Y muchas del mundo del espectáculo. Sería interesante hablar con él. Tú, díselo, a ver qué opina.  
—Vale, pero no lo veo. Si me dice que no, cojo un taxi y vengo sola.  
—Claro. Os espero pasado mañana.  
—Vale.  
Y María cortó con suavidad.  
—Ya está hecho —concluyó mirando a su marido con satisfacción. Gerardo le devolvió una mirada de complicidad. Judith no parecía compartir la seguridad de los psicólogos.  
—¿Y ya está? ¿Creéis que Felipe va a venir así como así?  
—Ten paciencia, por favor, Judith —le pidió Gerardo.  
—¡Pero si yo tengo mucha paciencia, coño! ¡Joder es que no lo veis!  
Y Judith dejó un vaso de plástico sobre la mesa. Lo había aplastado y quedó hecho un burruño sobre el despacho.

\*\*\*

—¿Quién era? —dijo Felipe de manera cortante.  
—María, mi psicóloga. Tengo cita con ella pasado mañana —respondió Ana titubeante.  
—¿Y para qué vas a verla? Todo eso son estupideces. Yo no necesito a nadie que me diga cómo soy, ni lo que tengo que pensar.  
—Es que María no me dice cómo tengo que pensar. Ella me ayuda a conocerme a mí misma.  
—Estupideces. Yo soy quien soy: Felipe. No necesito a un desconocido para saberlo. Y tú tampoco. Eres Anita, una futura estrella de la radio.  
—Gracias a ti. Ojalá yo fuera tan segura como tú. Pero no es así. Y me gusta mucho ver a María. Luego me encuentro mejor.  
—Pues tú verás. Pero conmigo que no cuenten. Tengo cosas más importantes que hacer que contarle mi vida a un extraño ¡y encima pagarle! ¡Es el colmo!  
—Si quieres que no vaya, no voy.  
—Haz lo que quieras. Yo prefiero aprovechar el tiempo. Pasado mañana tengo una cita importantísima con un productor muy famoso —y Felipe se alejó y salió del cuarto.  
—Ah. ¿Sabes que María ha tenido pacientes muy famosos? —dijo Ana para defender la validez de su psicóloga.  
Felipe regresó, entonces, al salón. Su expresión había cambiado: sonreía. Pero sonreía de manera crispada. Con unos ojos muy brillantes.  
—¿Muy famosos? ¿Te ha dado nombres?  
—No... sólo me ha dicho que son celebridades del mundo del espectáculo. Nada más.  
—Su consulta está muy lejos ¿no? Tengo que acompañarte. ¿Vendrá también tu amiga Judith?  
—No, Judith, no. Ya no nos hablamos.  
—Mejor. Es sólo una vulgar vende-pisos. Tú tienes que codearte con gente importante. ¡Hecho! Te acompañaré y así conoceré a tu psicóloga.  
—¿Y la cita con el productor importante?  
—Me he confundido. Era otro día. No hay problema. Me encantará conocer a María. Y sonrió

a Ana acariciando su mejilla.

Ana suspiró aliviada. Le gustaba ver feliz a Felipe. Quería verle siempre feliz. No sabía porqué, pero quería que no se enfadara nunca.

Sobre todo, que no se enfadara.

La pareja de psicólogos les recibió en la puerta de la consulta.

—Pasad, pasad —les invitó María.

Ana y Felipe siguieron al matrimonio hasta una de las estancias.

—Este es mi despacho. Adelante.

María entró la primera y se sentó en su sillón. Gerardo se quedó a su lado, de pie.

—Podéis sentaros los dos —les invitó Gerardo indicando dos asientos frente a la mesa. Ana sonrió y ocupó su sitio. Felipe, antes de sentarse, miró alrededor como si estuviera calculando algo.

—Es un despacho muy caro. Las cosas deben ir bien ¿no? —pronunció Felipe tras sentarse.

—No podemos quejarnos —respondió Gerardo a la defensiva.

—Así que tu eres el famoso Felipe Alazán —empezó María.

—Sí, soy conocido. Es lo normal cuando sales en televisión —y, al responder, Felipe se irguió un poco en su asiento.

—No me refería a eso. Quería decir que Ana nos ha hablado de ti, que eres su novio.

—Salimos juntos —respondió Felipe, algo cortante. Y su mirada se perdió en los estantes que se alzaban detrás de los dos psicólogos.

—Pues teníamos ganas de conocerte —siguió María—. Ana ha puesto mucho de ella en vuestra relación.

Felipe no respondió. Sólo tras unos segundos añadió:

—¿Tendréis a muchos pacientes? ¿No?

—Hombre son muchos años de consulta —dijo María con una sonrisa—. Gerardo, vamos a empezar la sesión con Ana. ¿Puedes acompañar a Felipe a la sala de espera?

—Claro —respondió el psicólogo con su dulzura habitual.

Y los dos hombres salieron del despacho.

\*\*\*

Gerardo y Felipe entraron en la sala de espera. Estaba vacía. Nadie ocupaba los asientos y las revistas reposaban en una mesa baja. Gerardo le indicó una de las sillas.

—Aquí estaremos tranquilos mientras las esperamos.

Felipe no hizo caso de la invitación de Gerardo. Entró en la sala, pero permaneció de pie. Observó con cuidado todos los títulos y documentos colgados en las paredes.

—¿No hay fotos de los pacientes? —preguntó sin mirar al psicólogo. Le daba la espalda mientras seguía mirando las paredes con títulos.

—No, en la sala de espera sólo hay títulos y certificados.

—Pero se nota que es una consulta de categoría, con estos muebles de madera y este parquet. Yo si tuviera fotos de mis clientes famosos las pondría en la sala. Es una fantástica publicidad.

—Es cierto, pero no podemos. Cuestión de confidencialidad.

—Puede ser. Pero en el mundo del espectáculo todo es ver y dejarse ver. Si no lo haces se olvidan de ti. Además, hay que mimar a la clientela de categoría. Yo también me muevo en la alta sociedad... Supongo que tendrán clientes famosos.

—Pues sí... pero no podemos hablar de ello, ya sabes, secreto profesional.

—Por supuesto... por supuesto.

—Además, tenemos todo tipo de pacientes, no sólo celebridades.

—Ya... pero esos no interesan.

—A nosotros sí, para nosotros todos son pacientes.

—Ya... me imagino que estarán obligados a ello, afortunadamente yo sólo me codeo con determinado tipo de personas. Personas de mi nivel, vamos.

—Ya entiendo —respondió Gerardo con su voz suave.

De repente, sonó el teléfono de Felipe:

—Lo que le estaba diciendo —le dirigió a Gerardo abriendo el móvil— yo sólo atiendo llamadas de gente de la alta sociedad.

Y Felipe salió de la sala de espera hablando por teléfono:

—Hombre... Luis Cabezón, dime...

Gerardo no oyó más de la conversación y se quedó, circunspecto, en la sala de espera.

El psicólogo tuvo veinte minutos para ordenar sus ideas antes de que volviese Felipe. Cuando el joven volvió, su aspecto era radiante y satisfecho y se guardaba el móvil en el bolsillo del pantalón:

—¡Solucionado! —y volvió a mirar los diplomas de las paredes. De súbito, Felipe señaló un pequeño grabado.

—¡Anda! ¿Y esto qué es? “Nosce te ipsum”.

—Es un regalo que me hizo María —sonrió Gerardo—. Es la inscripción que se halla en el templo de Apolo en Delfos. Quiere decir “Conócete a ti mismo”.

—Pues perdone que le diga, el regalo me parece una tontería. Me conozco desde que nací. No necesito que nadie me lo recuerde.

—A veces no es el caso. Hay personas que necesitan ayuda. Y para eso estamos nosotros, para ayudarles a bucear en su psique y conocerse mejor. Yo mismo ayudé a mi hermano Marcos en su búsqueda interior. Fue una prueba terrible y, por fortuna, todo salió bien. [111](#)

—Pues le felicito por ello —respondió Felipe sin mirarle. La forma de un tiesto retenía su atención.

—El mérito no fue sólo mío. Marcos arriesgó mucho por su parte. Es muy importante que el paciente quiera curarse y luche por ello. Tú mismo, por ejemplo. ¿Cómo sabes que te conoces, Felipe? ¿Quién es Felipe Alazán?

—Mire, con todo el respeto que le debo por su barba blanca y por sus años, pero yo sé perfectamente quien soy. Me miro en el espejo cada mañana y me reconozco sin problemas.

—Pues podría haber un Felipe oculto debajo del Felipe del espejo. Y ese Felipe escondido, a veces, necesita salir a la superficie.

—¿Ah, sí? Y suponiendo que exista ese Felipe oculto ¿qué gano yo con sacarlo afuera?

—Salud. Salud mental.

—Joder, la de cosas que estoy aprendiendo —dijo Felipe con ironía—. Como siga así, necesitaré un cuaderno para tomar apuntes. Mire, ha leído demasiados libros. En realidad, todo es mucho más sencillo. Felipe Alazán es un presentador estrella y no hay dos Felipes. Sólo uno, yo, el único. Conmigo rompieron el molde. ¿Qué le parece mi frase? ¿eh? Yo también sé frases para poner en cuadritos: “conmigo rompieron el molde”. A que le gusta mi frase...

—Está bien.

—¿Sólo bien? ¡está genial! Y de éstas se me ocurren varias al día. Y la gente se da cuenta, no se crea. A propósito ¿no conocerá algún productor entre sus pacientes?

—Ya sabe que no puedo darle esa información.

—Sí, ya lo sé, no para de repetirlo. Pero sáltese las reglas, hombre. ¿No conoce a algún productor? Con o sin problema de personalidad. Todo me vale.

Gerardo permaneció callado un instante. Cuando iba a hablar, las dos mujeres entraron en la sala.

—Ya hemos terminado por hoy —dijo María al entrar. Ana apareció detrás, un poco tímida.

—¿Ya te conoces a ti misma? —se burló Felipe.

Ana no supo qué contestar y terció Gerardo:

—Noto a Ana un poco cansada...

—Sí... —concedió la aludida.

—Pero antes de que os vayáis, no te olvides de nuestra próxima cita —añadió María.

—Claro que no.

Y Ana y Felipe se dirigieron a la salida. Desde el ascensor el joven se despidió de los psicólogos:

—Gracias por los consejos doctor. Felipe 1 y Felipe 2 le dan las gracias —y se puso a reír mientras el ascensor descendía.

En la puerta, ante estas palabras, María miró preocupada a su marido. Gerardo la habló con un tono serio:

—Es peor de lo que me imaginaba.

—¿Tan grave es? Me estás asustando —preguntó María a su marido.

—Creo que nos encontramos ante un caso de trastorno de personalidad narcisista —confirmó Gerardo, sombrío—. Y es posible que para Felipe no haya marcha atrás.

—¿Estás seguro?

—Nunca se puede estar seguro del todo. Pero Felipe es un caso de libro. He podido tantearle un poco y algunos síntomas son evidentes. Tiene una visión grandiosa de su propia existencia y nunca se pone en causa. No para de hablar de sí mismo, de lo especial que es y, mientras habla, se recrea en sus propias frases. “Conmigo rompieron el molde”, me repitió varias veces. Su ausencia de empatía es terrible. Para ponerle a prueba le he confesado algún tema personal, le he hablado de Marcos y de su lucha interior y me ha ignorado por completo. Es como un insecto. Va tejiendo su tela con frialdad y nada le aparta de su tarea. Lo único que le interesa es eso, elaborar su tela, sus propias metas. Podría morirle alguien a su lado y no sentiría nada. No siente el dolor ajeno. Y sólo ve a los demás si le pueden ayudar a conseguir sus objetivos. Por supuesto, ha intentado sonsacarme una ayuda para su carrera profesional. Es lo que me esperaba. Y, como no ha conseguido nada de mí, es probable que me denigre ante Ana cuando estén a solas. Ya has visto cómo se ha burlado de mis teorías desde el ascensor...

—Sí. Y la pobre Ana no sabía qué cara poner —añadió María compungida.

—A propósito de Ana ¿Cómo ha ido la sesión?

—Está muy enganchada a Felipe. Ha apartado a Judith como su apoyo y lo ha trasladado a Felipe. Ha sido casi un acto reflejo. Necesitaba una figura de referencia y Felipe ha sido el elegido. Una catástrofe, vamos. Hemos tenido la mala suerte de que alguien con el perfil de Felipe apareciera justo ahora —se lamentó María.

—Tienes que avisar a Judith. Cuéntale nuestras conclusiones sobre Felipe. Que esté al corriente de todo. La necesitamos más que nunca.

María marcó el número y Judith respondió al instante. Estaba de los nervios. María intentó informarla con tranquilidad:

—Es lo que nos imaginábamos. Es un narcisista. Para Ana es muy peligroso. Puede aprovecharse de ella hasta que ya no le sirva y luego desecharla y abandonarla sin miramientos.

—O sea que la cosa ha ido fatal —se lamentó Judith—. Pero ¿qué podemos hacer?

—Lo ideal sería alejar a Ana de Felipe, pero eso ahora es muy complicado. Anita no lo permitiría. Al menos puedes intentar saber lo que hacen, puedes espiarles y esperar.

—Como tú digas...—respondió Judith decepcionada—. Gracias por la ayuda.

—De nada. Tendremos que trabajar muy duro y colaborar muy estrechamente si queremos salvar a Ana. No bajes los brazos. Hay que luchar ahora. Verás que todo se acabará arreglando para tu amiga.

Y María colgó. Judith se quedó a solas con sus pensamientos. Así que Felipe es un auténtico peligro, se dijo. La noticia la disgustó profundamente, pero hay algo que la angustió más todavía: no saber qué hacer. Eso es algo que Judith no soportaba, la inacción. Y en este caso más todavía porque estaba convencida de que en estos momentos Felipe estaría moviendo otra ficha más. Una ficha oscura que llevaba a Anita hacia un destino terrible.

El coche rodaba silencioso con Felipe al volante. A su lado, Ana parecía inquieta.

—¿Qué te han parecido María y Gerardo? —preguntó esperanzada.

—Lo que me esperaba. Son unos cantamañanas —respondió el joven sin apartar la mirada de la carretera.

Ana también miró al frente, disgustada.

—Pues yo les aprecio —se atrevió a decir—. Me han ayudado mucho.

—Pues tienes que rodearte de gente mejor. Gente que esté a tu altura. Que te sirvan para algo. Mucha palabrería, pero no me han dado ningún contacto.

—A lo mejor no pueden. Los datos de los pacientes son secretos.

—Déjate de tonterías, coño. Si se quiere, se puede. Es lo que siempre me digo: “si se quiere, se puede”.

Y el silencio volvió a instalarse en el coche.

—¿Sabes lo que ha intentado conmigo el tal Gerardo? —dijo Felipe de repente—. ¡Ha intentado analizarme! ¡Cómo si fuera el jodido Freud! No le he mandado a la mierda por el respeto que te tengo. Pero hay que joderse ¡analizarme a mí! Que se dedique a los locos que es lo suyo.

Esta última frase, entró como un cuchillo en Ana. “No estoy loca. No es verdad”, se dijo. Y esperó una disculpa por parte de Felipe. Pero el joven siguió con la mirada fija en la carretera como una estatua insensible. Ana se sintió, entonces, más sola que nunca. Pensó, de repente, en Judith. La quería a su lado, necesitaba su compañía. Y contuvo sus ganas de llorar. A su lado, Felipe había reanudado su monólogo.

—Lo que cuenta son los hechos. Tus psicólogos hablan y hablan, pero nada. Yo, en cambio, te consigo una entrevista con un productor. Es mañana tu cita ¿no?

—Sí...—consiguió responder Ana disimulando su disgusto.

—Pues déjame en buen lugar ¿eh? No hay que quemar los buenos contactos.

—Claro, lo haré lo mejor que pueda.

—Pues eso no es bastante. Tienes que estar perfecta. ¿Ya has elegido lo que te vas a poner?

—Tengo una idea, he pensado...

—Tienes que estar sexy ¿oyes? Eso siempre funciona. Y tú sabes estar sexy cuando quieres. ¿Vale?

—Vale.

Con estas palabras el coche se adentró en un túnel oscuro. Sin saber porqué Ana se asustó y los chirridos de los neumáticos le parecieron los graznidos de un pájaro crispante.

Al día siguiente, el mundo giró sobre su eje como un loco tiovivo.

Ana estuvo a punto de caerse de la cama, pero se quedó sentada, sudorosa, en el borde del lecho. Notaba el corazón palpitando acelerado y le costaba respirar. Cerró los ojos y esperó un rato a abrirlos: el mareo había pasado. Se puso de pie y se dirigió al lavabo. El rostro que la miró desde el espejo era un pálido fantasma. Sus labios estaban tan blancos que casi habían desaparecido, eran sólo unas finas líneas. Toda su cara era un lienzo blanco sin asomo de color. Ana se asustó, entonces. Pensó en pedir ayuda, pero estaba sola. Felipe se había ido a primera hora. Estuvo a punto de llamar a Judith, pero se contuvo. “No soy tan débil como piensa. Y se lo voy a demostrar”. Y notó, entonces, el cansancio. Un yunque enorme la aplastaba y le doblaba las piernas. Tuvo que sentarse en el borde de la bañera. “No estoy bien. Esto no es normal” y buscó en el móvil el número de María.

—María... soy yo...Ana.

—¿Estás bien? Se te oye muy débil —respondió María muy inquieta.

—He tenido otro ataque de angustia, me han vuelto los vértigos. Y estoy cansada... estoy tan cansada. No sé qué me pasa.

—¿Has llamado a un médico?

—No... me acabo de levantar. Pero tengo una cita muy importante... con el productor... ya veré a un médico a la vuelta.

—No hagas locuras, Ana. Si te encuentras mal, puedes anular la cita. Tu salud es lo más importante. Tienes que ver a un médico, no me gustan tus síntomas.

—¡Eso nunca!... Ahora no. Felipe me ha conseguido la cita y no puedo hacerle ese feo. He de estar muy guapa para la cita... para deslumbrarlos a todos.

Y Ana colgó a su psicóloga. Tras estas palabras, volvió a buscar su rostro en el espejo. El fantasma pálido la volvió a mirar. Empezó a maquillarse para tapar la blancura cadavérica, como si pintara sobre un busto de yeso. El pintalabios trazó dos líneas rojas como dos surcos de sangre. El negro de ojos no pudo disimular su expresión de cansancio. Cuando terminó, no le gustó el resultado: parecía un clown triste y desamparado. Con el peinado intentó corregir su rostro cansado. Utilizó su melena oscura para enmarcar su rostro y lo notó aún más pálido junto a su cabello negro. Entonces resonaron unas palabras en su cabeza; fuertes, imperativas como leyes hechas de piedra: “tienes que estar sexy ¿oyes? Eso siempre funciona. Tienes que estar sexy ¿oyes? Tienes que estar sexy”. Eso la hizo avanzar. Salió del baño y buscó su blusa más escotada. Era tan fina que le parecía ir desnuda. Satisfecha se ciñó una falda plisada muy corta que realizaba sus piernas, con unos zapatos de tacón alto completó el conjunto. Con paso titubeante cogió su bolso y salió de su apartamento.

Pasó todo el trayecto en el taxi retocando su rostro con un espejito de mano. “No hay nada que hacer”, se lamentó. “Lo voy a estropear todo y voy a decepcionar a Felipe. Soy una inútil”, se lamentó. Y miró al exterior para aliviar su angustia. El paisaje pasaba fugaz como una cinta verdosa. Estaban en las afueras. El vértigo de la velocidad hizo que volvieran los mareos. Todo empezó a girar a su alrededor. Cerró, de nuevo, los ojos. “Es como una pesadilla, no sé qué me pasa”. De repente, una voz ronca la despertó de sus fantasmas interiores:

—Hemos llegado —dijo el conductor.

—Tenga. Muchas gracias —y consiguió salir del coche a pesar de su cansancio.

La azafata de recepción se quedó mirándola un poco sorprendida.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó al ver que Ana se apoyaba en el mostrador.

—Claro. Estoy muy bien, genial —pronunció simulando una fortaleza que no tenía—. Tengo cita con el Sr. Núñez.

—¿Usted? —se sorprendió la azafata.

—Pues sí. Vengo de parte de Felipe Alazán.

—Ah, ya entiendo, discúlpeme. Espere un momento mientras le aviso...—y la recepcionista marcó un número en su teclado— Sí... Sr. Núñez..., la visita ha llegado... Muy bien.

La azafata colgó, entonces, y sonrió resplandeciente a Ana:

—Es el despacho 21. Tiene que subir a la segunda planta por el ascensor del centro.

—Gracias —logró responder Ana encaminándose al ascensor.

Los pasillos lustrados la deslumbraron un poco con sus reflejos, pero encontró el despacho sin problemas. Tras llamar a la puerta, una voz rugosa la hizo entrar.

El Sr. Núñez la recibió sentado en su gran despacho. La mesa de roble le tapaba medio cuerpo. Sólo sobresalía su tronco obeso como si fuera un muñeco de guignol en un teatrillo.

—Adelante, maja, adelante —repitió el productor desde el fondo.

Ana se acercó al despacho y tuvo tiempo de ver colgados en las paredes muchos carteles de programas de televisión. La mayoría eran de informativos y telediarios. Cuando llegó frente al productor no supo qué decir. El Sr. Núñez se adelantó:

—Así que vienes de parte de Felipe.

—Sí... soy locutora... me gusta la radio —balbuceó a pesar del cansancio.

—Pues eso está muy bien —respondió el busto parlante—. Es muy bonito tener un hobby. Eres muy jovencita ¿no?

—Ya he terminado los estudios. Trabajo en un archivo. Digitalizo documentos.

—Eso es muy interesante. Hay que tenerlo todo muy bien ordenadito. Para que no se pierda. ¿Así que quieres ser locutora?

—Sí... locutora —y notó que los mareos volvían. La sala osciló para estabilizarse después.

—¿Sabes que es muy difícil llegar a ser locutora? Hay muchas candidatas y muchas son tan jóvenes como tú —dijo el productor desde las sombras.

—Es verdad, es muy difícil. Hay que estudiar mucho.

—O no. Hay caminos más directos.

El productor se levantó entonces de su despacho. Estaba desnudo de cintura para abajo y su pene erecto brillaba en la oscuridad.

Ana sintió que sus piernas se doblaban. Consiguió no caerse, pero vomitó sobre el suelo brillante. Muy mareada consiguió retroceder. El hombre permaneció de pie, inmóvil tras su despacho. Sin saber cómo, Ana abrió la puerta y huyó del edificio. En el arcén de una carretera paró un taxi y se refugió en el asiento. Todo su cuerpo temblaba, sólo podía temblar. Notó entonces algo viscoso en sus manos: el pintalabios se había corrido y la había manchado con su color de sangre.

Como un autómatas, Ana cruzó la portería del bloque residencial y se quedó esperando frente a las puertas brillantes del ascensor. La mujer reflejada era grotesca. Despeinada, con todo el maquillaje corrido... Se dio cuenta, entonces, que había perdido un zapato. No recordaba el viaje de vuelta. Sólo le volvían una y otra vez las imágenes del despacho, de aquel hombre repugnante. Sintió que las arcadas volvían, pero pudo contenerse. Ya en el ascensor, dudó. Estaba agotada. Deseaba entrar en su apartamento y arrojarse en la cama para descansar. Descansar, eso es lo único que quería. Pero Felipe le debía una explicación. Eso no podía pasarse por alto. Y tenía que exigírsela ahora. A pesar de su increíble cansancio, no podía escurrir el bulto: tenía que enfrentarse a Felipe y exigirle esa explicación. Pulsó, entonces, la planta de Felipe y el ascensor ascendió con un zumbido.

Ya en la puerta de su novio no oyó ruido alguno. Llamó y se quedó esperando en el pasillo apoyando el cuerpo en su único zapato. Notó que los mareos volvían. Oyó, entonces, un ruido en el interior y luego la cerradura vibró con un sonido eléctrico. Felipe apareció, entonces, con su batín de seda y se quedó mirándola unos segundos de arriba abajo. Su rostro se endureció de repente y estalló en gritos:

—¡Pero qué coños haces aquí! ¿Y tu cita? ¡Tendrías que estar con el productor, joder!

—Pero... intentó...—logró decir Ana.

—¿Qué es lo que intentó? ¡Que intente lo que quiera, joder! Es un tío muy poderoso. ¿Qué te esperabas?

—Es que yo... quería una entrevista.

—¡Y te la he conseguido! ¿No? Y ya veo que la has cagado hasta el fondo. ¡Sabes lo importante que era para mi carrera!

—Yo quería...ser...locutora.

—¿Tú? ¿Locutora? Pero ¿te has oído hablar? ¡Ni siquiera puedes dar la hora si te la piden! Eres una inútil. Te mando para que me sirvas para algo y la cagas. Seguro que has cabreado al Sr. Núñez... ¡Joder, menuda inútil! Ahora tendré que llamar para disculparme. Necesito caerle en gracia como sea y tú vas ¡y la cagas!

—Yo... no quería decepcionarte...

—¡No me digas! ¡Pues te has lucido!

Y añadió mirándola con una expresión de asco:

—Pero ¿has visto la pinta que tienes? ¡Pareces una vagabunda, joder!

Felipe la miró, de nuevo, con desprecio. Sus ojos se helaron de repente y retrocedió un paso.

Con un movimiento brusco y violento le cerró la puerta en la cara y Ana se quedó temblorosa en el pasillo.

\*\*\*

Cojeando con su único zapato logró llegar a su apartamento. Notó que sus manos aún temblaban, pero sacó su tarjeta del bolso y la puso en la ranura. La puerta se abrió sin problemas y suspiró aliviada. Antes de entrar, sin embargo, tropezó torpemente y perdió su único zapato. Ana ni se percató de ello. Entró ansiosa en su apartamento y buscó el dormitorio con la mirada. No llegó a la cama. El mundo volvió a girar a su alrededor y se derrumbó sobre el suelo.

Fuera, en el pasillo, como una inútil llamada de auxilio, quedó el zapato abandonado.

—Me ha llamado Ana. Parecía muy enferma. Estoy muy preocupada —dijo María con angustia—. Ahora ni siquiera me contesta a mí. Y no tiene el móvil apagado. Es que no contesta. Tiene que ver a un médico de urgencia.

—Estoy en las afueras —respondió Judith— pero en 10 minutos estaré en la urbanización. Ya te contaré.

Nada más colgar se puso en camino. No sabía qué iba a hacer. Ana ya no quería verla, no contestaba al teléfono ni le abría la puerta. Pero no se iba a dar por vencida. Quería a su amiga e iba a estar con ella para ayudarla, tanto si lo aceptaba como si no. Lo que vio al llegar a la planta de Ana la angustió más todavía: encontró uno de los zapatos de su amiga en el pasillo de la planta. Judith lo recogió con cuidado, como si fuera una parte del cuerpo mismo de Ana. El hallazgo en lugar de deprimirla, la espoleó. Sacó el doble de la tarjeta de acceso y entró en el apartamento silencioso. Sus peores presagios se cumplieron de súbito:

Ana estaba inconsciente en el suelo como una muñeca desarticulada.

\*\*\*

Los números pasaban con una lentitud desesperante. Judith volvió a mirar el papelito y comprobó que aún no era su turno. “¿Cómo estará Anita?”, se angustió. Y se consoló pensando en la competencia de los médicos. Miró alrededor: la sala de espera de urgencias estaba casi vacía. “Es normal, pensó, son las 12h00 de la mañana de un día laborable. Si hoy fuera un fin de semana estaría abarrotada”. Como una pesadilla, vio de nuevo en su mente el cuerpo de su amiga derrumbado en el suelo. “Ana había ido a algún sitio. Iba muy bien vestida”, concluyó. Sin poderlo evitar le echó todas las culpas a Felipe. No sabía exactamente lo que había sucedido, pero estaba segura de que el joven era el causante de la desgracia. Volvió a mirar el papelito en su mano: lo había empapado con su sudor. Estaba nerviosa e histérica. No soportaba tener que esperar mirando una pantalla. Sacó su móvil del bolso.

—María... soy Judith. Estoy en las urgencias del Hospital Clínico. Me encontré a Ana desmayada en el suelo de su apartamento. Tenía muy mal aspecto. Muy pálida....

—¿La han ingresado ya? —se inquietó María.

—Se están ocupando de ella, yo estoy esperando a que me digan algo. ¿Sabes qué ha pasado?

—Cuando hablé con ella, me pareció agotada. Yo le aconsejé que viera un médico, pero se negó en redondo. Tenía una cita muy importante con un productor. Felipe le había conseguido la cita.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que el dichoso Felipe estaba mezclado en este asunto! A lo mejor la ha ido envenenando lentamente. Lo vi en una película. El asesino era el marido.

—Mujer, habrá que esperar a ver qué nos cuenta Ana.

—Yo no necesito que Anita me cuente nada. A ése lo tengo calado desde el principio. ¡Me va a oír! ¡Te juro que me va a oír!

—Creo que ahora lo más importante es cuidar de Ana ¿no te parece? Ten paciencia Judith, está en buenas manos.

—Pero ¡si yo tengo paciencia, joder! Poca, pero algo tengo...

—Mira, voy a informarme de su estado por mi cuenta.

—Vale. Yo seguiré aquí, desesperándome.

Cuando cesó la conversación, Judith volvió a mirar su papel arrugado. Casi se habían borrado las cifras por el sudor. Eso la puso triste. Ese papel le pareció un símbolo de su amistad con Ana: algo nítido y claro durante años que estas últimas semanas se había ido arrugando hasta irse borrando para desaparecer. Oyó, entonces, la voz de su amiga, creyó ver su rostro, pero no era más que un espejismo de su mente: estaba sola en la estancia vacía. En ese momento sintió ganas de llorar. No quería perder a Anita. Hasta ahora se había considerado una mujer fuerte, pero tomó consciencia de que sin Ana era débil como un pájaro. Nunca había valorado tanto su amistad como en esos momentos. Y al imaginarse un mundo sin Ana, le pareció que sería un mundo vacío. Lo habría dado todo por tenerla al lado con sus dudas y sus angustias. Pero no podía hacer nada. Sólo esperar. Esperar mirando una maldita pantalla con números...

De repente, apareció su número en la pantalla.

Con el número en alto, Judith se abalanzó sobre un joven médico que vestía una bata blanca.

—Acompáñeme al box. Voy a informarla —le dijo.

Ya en la sala, Judith preguntó angustiada:

—¿Cómo está Anita? ¿Está bien?

—Tiene una anemia. Ha perdido mucha sangre y le estamos haciendo una transfusión sanguínea —dijo el joven consultando unas hojas que sujetaba.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué pierde sangre? —se asustó Judith.

—Probablemente todo venga de una úlcera de estómago. Nos ha llamado su psicóloga y nos ha puesto al corriente de su personalidad. Ana es muy ansiosa ¿verdad?

—Es muy angustiada, se agobia por todo, quiere ayudar a todo el mundo y se agobia aún más por eso.

—Pues cuando se pone nerviosa se sueltan los jugos gástricos. Eso es un problema si no hay comida en el estómago. Los jugos gástricos atacan las paredes del estómago y se produce el sangrado. Es probable que también notara dolores en el estómago. ¿Le ha contado algo especial de su salud estos últimos días?

—Se notaba muy cansada. Lo repetía a menudo: “qué cansada estoy”.

—Es una consecuencia de la falta de sangre. Se estaba quedando sin sangre y el corazón tenía que ir más rápido para proporcionar oxígeno. Hasta que se produjo la parada y perdió el conocimiento.

—¿Se curará? ¿Se pondrá buena?

—Como le he dicho, le estamos haciendo una transfusión de sangre. Luego la tendremos en observación 48 horas con una vía en el brazo para ver cómo reacciona su cuerpo ante la sangre extraña. En el futuro tendrá que tener cuidado con su dieta. Sólo cosas suaves. Merluza cocida con puré, por ejemplo. Ya les iremos indicando.

—¿Puedo verla?

—La avisaremos cuando pueda pasar. Ana tiene que descansar, sobre todo no la altere. Siéntese un momento.

Judith hizo caso al médico y se sentó ya más tranquila. Lo único que quería era volver a ver a Ana. Recuperarla. Recuperar su amistad. Lamentó las discusiones tontas, los malentendidos del pasado y volvió a verla en su imaginación, temerosa y delgada. Siempre a su lado como un pequeño duende que orbitaba a su alrededor. Y luego recordó la aparición de Felipe. Cómo había cambiado todo con ese personaje, con esa marea de alquitrán que había inundado su relación. Quería volver a lo de antes. A lo de antes de Felipe. Cuando eran felices. Y no sabía si iba a ser posible. ¿Puede recomponerse un vaso que se ha roto? ¿Se pueden cerrar sus grietas? Judith no estaba segura de ello. Envuelta en estos pensamientos, la avisaron de que podía ver a su amiga y

se dirigió a la habitación de Anita.

Con mucho cuidado empujó la puerta y vio su silueta tendida en la cama. Un tubo de plástico salía de su brazo izquierdo y ascendía a su lado. Su cabeza miraba al techo y las sábanas perfilaban su cuerpo delgado. Judith se fue acercando en silencio. No sabía si dormía o si estaba despierta. Tuvo miedo de molestarla, pero no quería perderla. Finalmente, se adelantó y se atrevió a susurrar unas palabras:

—Al pasar la baarca —pronunció Judith.

Ana, desde el lecho, sonrió débilmente y logró responder a su amiga:

—...me dijo el barqueero.

—¿Anita ¿cómo estás? —se acercó Judith.

—Mejor. Mucho mejor. Te he echado mucho de menos.

—Y yo cariño, y yo. Ya estoy aquí. Contigo —y Judith se puso a llorar.

—No llores que ya estoy mejor.

—Es que he tenido tanto miedo de perderte.

—Yo también me he sentido muy sola sin ti. Felipe no me quiere. Y yo no era feliz con él. Siempre me acordaba de nosotras, de nuestras risas, cuando era feliz. Con Felipe, no. Y ahora me ha echado, ya no le servía para nada y me ha echado.

—Pues a enemigo que huye, puente de plata.

Judith vio, entonces, la ropa de Ana en el armario entreabierto.

—¿Fuiste a la cita del productor con ese vestido? —preguntó Judith, sin dar crédito.

—Sí. Felipe me pidió que fuera lo más sexy posible. Pero fue un engaño. Me entregó a los brazos de un perverso. No quiero saber nada de él ni de su sonrisa perfecta.

Con estas palabras Ana se agitó en la cama, nerviosa.

—Vaya cerdo, se merece que le pase todo lo que estoy pensando —dijo Judith con rabia.

—¿Y en qué piensas?

—A ti no puedo decírtelo, que eres muy sensible. Pero tiene que ver con hogueras y torturas.

Y las dos se pusieron a reír.

—Estoy tan contenta de que hayas venido —dijo Ana con un hilo de voz.

—Y yo. Pero tienes que descansar. Te van a tener en observación un par de días. Si todo va bien, yo misma te llevaré de vuelta a casa.

—Genial. Dame un beso.

\*\*\*

Ya en el coche, Judith tuvo tiempo para reflexionar. No prestó mucha atención a la circulación. Su mente repasaba los últimos acontecimientos y llegaba, una y otra vez, a la misma conclusión: Felipe era mucho más peligroso de lo que se había imaginado. Había que tomar medidas para protegerse.

Los semáforos en rojo parecían avisarla de ese peligro inminente. Era imposible saber cuál iba a ser el próximo paso de Felipe. Ana había sobrevivido una vez, pero quizás no podría hacerlo una segunda. Al llegar al bloque residencial la decisión ya estaba tomada: iba a hacerle una visita a ese indeseable. Y ahora mismo. Nada podría detenerla.

En el hall de entrada notó cómo la adrenalina le recorría todo el cuerpo. Cerró los puños y avanzó decidida hacia el ascensor. “Va a enterarse de lo que vale un peine”. Podía aprovecharse de una cándida como Anita, pero ella le iba a poner las cosas claras. Ya veía la escena y sonreía de placer al imaginárselo todo. Por eso se quedó de piedra cuando llegó al ascensor: una mujer alta de gestos distinguidos parecía buscar algo en el hall.

Judith nunca había visto a una mujer así en la realidad. Sólo en las revistas de moda. Le encantaba leerlas y soñar un rato. Por eso reconoció un vestido de Dior al instante. La mujer llevaba un moño italiano y sus guantes blancos resaltaban en la oscuridad del hall mientras miraba los buzones.

—Joven, ¿podría hacerme un favor? —dijo la desconocida.

—Claro —respondió aturdida Judith. “Si la consigo como cliente me paso el resto de mi vida en la Riviera francesa”, pensó al instante.

Sin embargo, lo que dijo la mujer a continuación dejó helada a Judith:

—Estoy buscando a Felipe Alazán.

—Su nombre está en este buzón, mire aquí —respondió Judith todavía estupefacta.

—Efectivamente. Muchas gracias, joven.

Y la mujer se dirigió al ascensor. Judith se juntó a ella para decirle:

—¿Sube usted a verlo? Yo iba a hacerlo ahora mismo.

—¡Qué casualidad! ¿No? ¿Son amigos?

—Pues no, no precisamente amigos —y Judith estuvo a punto de añadir algo cuando se abrieron las puertas del ascensor.

En el interior Judith tuvo unos segundos para observar a la mujer que le ofrecía su perfil. Envidió su cuello de cisne y su nariz recta y larga. Ninguna dijo nada durante el trayecto. Las puertas se abrieron y la elegante desconocida hizo ademán de dejarla pasar:

—Pase usted primero, por favor. Sin duda, conoce el edificio mejor que yo.

Judith salió del ascensor y se dirigió como una flecha a la puerta de Felipe. Notó, entonces, como la mala leche volvía a hervir en su sangre. Llamó al timbre con energía y esperó. Como una pálida presencia, la mujer esperó a su lado.

—Este cabrón no contesta —gritó Judith. Y se mordió la lengua al recordar su nueva compañía —. Quiero decir que parece que no está —intentó corregir.

Las dos se quedaron calladas esperando. No salió nadie a abrir. Ningún sonido se oía en el interior. Judith volvió a insistir y hasta aporreó la puerta: nada. Ante la frustración, Judith estuvo a punto de darle una patada a una papelera, pero se contuvo.

—En efecto, parece que no está —concluyó la desconocida—. Pues gracias por su ayuda y disculpe por las molestias.

La mujer se alejó entonces y dejó a Judith, pensativa. “¿Qué sabrá esta mujer de Felipe? A lo mejor Felipe es un psicópata y corremos mucho peligro. No puedo dejarla irse. Tengo que saber más”, pensó.

—Perdón, he sido una maleducada —la alcanzó junto al ascensor—. Yo también vivo aquí. ¿Quiere tomar algo? Y así charlamos un poco de Felipe Alazán.

—Con mucho gusto —sonrió la mujer.

En ese momento Judith visualizó las columnas de ropa por planchar, las pilas de revistas y los zapatos diseminados por su apartamento. “No hay marcha atrás”, se dijo, “a Coco Chanel le va a dar un síncope”.

\*\*\*

Judith no tuvo tiempo de ordenar nada cuando entraron en su apartamento. Apartó una pila de revistas de moda y le indicó una silla a la desconocida.

—¿Qué quiere tomar? Tengo café, té, cerveza... —propuso dirigiéndose a la cocina.

—Tomaría un té.

—Genial. Voy a por mi cerveza y a por su té —y dejó a la mujer sentada en el pequeño salón.

—Veo que le interesa el sector inmobiliario —dijo la mujer tomando una revista en las manos.

—Soy agente de ventas —respondió Judith llegando con las bebidas.

—Perdone. Soy una grosera. Me ha invitado a su casa y ni siquiera me he presentado. Soy Victoria Alvarado.

—Yo, Judith Morales.

Judith tuvo tiempo, entonces, de analizar a su visita. Victoria se había sentado de lado en la silla y sorbía el té con cuidado. Se había quitado los guantes y pudo ver sus dedos largos y blancos. “Es muy elegante, pero no es joven”, se dijo Judith. Y, entonces, se lanzó al ruedo:

—¿Es familia de Felipe Alazán?

Victoria dejó de beber sorprendida. Siguió callada unos segundos y luego empezó a reír con una risa ronca y profunda.

—¡Qué graciosa es usted Judith! ¡Felipe de la familia! ¡Menuda ocurrencia!

Y Victoria siguió riendo con su voz grave. Luego se serenó y bebió un poco más de té. Sólo entonces volvió a hablar.

—No, Judith, Felipe no es un familiar. Era mi amante.

Judith se quedó boquiabierta con la cerveza en la mano. Victoria seguía hablando con serenidad:

—Fue mi amante unos meses. Hay que reconocer que al principio fue divertido. El chico es muy guapo, no me lo negará. Además, es bastante bueno en la cama. ¿Usted se ha acostado con él?

Judith se atragantó con su cerveza y sólo pudo responder:

—No... no me he acostado.

—Pues créame, es bastante bueno. Pero eso ya no importa. Es sólo un amante, no le demos más importancia de la que tiene —y Victoria dio otro sorbo a su té.

Judith seguía boquiabierta. No sabía si coger un boli y tomar apuntes. “Es evidente que me falta un hervor”, pensó. Ésta parece salida de *Las amistades peligrosas*.

—Pero bueno, eso ya es agua pasada —concluyó Victoria—. Me harté de él en una de las fiestas en casa. En ese momento lo vi claro. Iba mendigando contactos de aquí para allá. Todo sonrisas y abrazos. Y yo, mientras, sola, con un cocktail en la mano. Hablaba con todo el mundo menos conmigo y no tengo porqué soportar esa humillación. Yo le introduje en mi círculo de amistades, fui yo. Felipe no era más que alguien de fuera. Además, con el dinero que tengo, me sobran amantes. Y los otros, al menos, fingen interés por mí. Con eso me basta.

Tras estas palabras Victoria miró a Judith y la sonrió como si estuvieran en el secreto. La agente inmobiliaria sonrió también, aunque sin saber por qué. Sólo podía escuchar y decir que sí a todo. Victoria siguió hablando:

—Pero quitármelo de encima fue más complicado de lo normal. Con los hombres suele bastar con una notita, un regalito a veces, un detalle por los servicios prestados. Pero Felipe es diferente, muy orgulloso y agresivo. Recuerdo la noche de nuestra ruptura. Llegó fuera de sus casillas y todo pudo haber acabado en desastre.

Esa noche, Felipe entró como una tromba en mi dormitorio.

—¿Te crees que puedes echarme cuando te dé la gana? —rugió con rabia.

No me sorprendió la violenta irrupción en mi cuarto, pues ya había conocido las explosiones de furia de Felipe. Dejé de mirar por el ventanal y mantuve el silencio.

—¡Te estoy hablando Victoria! —insistió Felipe.

—Y yo te escucho, créeme —añadí con algo de cansancio— pero me aburre lo que oigo.

—¡Pues a mí no me echa nadie! ¡nadie! ¡ni siquiera tú!

—Pues tú verás lo que hacemos. Tú te enfadas y yo me aburro. Menuda pareja hacemos ¿no?

Al decir estas palabras, le di la espalda y volví a mirar por la ventana. Oí la voz de Felipe a mi espalda:

—¡A mí no me des la espalda! ¡no voy a tolerarlo! —y se acercó con agilidad hasta ponerme una garra en el hombro.

Victoria interrumpió aquí su relato. Y se dirigió a Judith:

—Sí, me puso la mano en el hombro. Y eso es simplemente intolerable.

—Pero ¿usted no tuvo miedo?

—¿Miedo? ¿En casa? ¿Y de Felipe? Para nada, niña, para nada.

—Ya... me imagino que tiene sirvientes o criados.

—Pues sí. Pero déjeles a sus quehaceres, ya tienen bastante con la casa y los jardines. No, de la seguridad se ocupan los perros. Siempre están rondando por los pasillos. Basta con chascar los dedos ¡así! —y Victoria chascó los dedos ante Judith—y acuden en mi ayuda como una jauría.

—¿Y llamó a los perros por Felipe?

—Sí. El primero en llegar fue Máster, un rotweiler negro muy robusto. A solas es un encanto conmigo, me quiere con locura. Y allí se plantó. En el umbral de mi dormitorio, con los músculos en tensión y gruñendo amenazante. Sólo esperaba mi orden, la orden definitiva. Felipe oyó los gruñidos y soltó mi hombro al instante. Tuvo tiempo de girarse cuando ya había dado la orden. El perro saltó sobre su presa en busca de la yugular. Tuvo tiempo de protegerse el rostro con el brazo. Oí entonces el crujido del hueso. Las mandíbulas le habían partido el antebrazo. Pero eso no era bastante para Máster, estaba entrenado para acabar su trabajo. Con el brazo roto, la hermosa cara de Felipe quedaba al descubierto y supe entonces cuál iba a ser mi venganza.

—Detuve al perro, simplemente —y con esta frase los ojos de Victoria brillaron como los de un gato. Luego siguió:

—Máster le había destrozado el brazo, pero le salvé la cara. Pero eso no era un favor sino más bien alargar su maldición. Con otro rostro a lo mejor el Felipe Alazán que conocemos ya no existiría o, al menos, no como es ahora. Quizás habría tenido una vida normal. Se puede decir que al retener a mi perro le condené a seguir siendo víctima de su belleza. Ésa fue mi maldición. Como le vi gimiendo en el suelo me dirigí a él:

—No te quejes tanto —le dije— tienes la cara bien. No te he estropeado tu herramienta de trabajo.

Y Felipe desapareció de mi vida como un mal recuerdo.

Pasados unos días estaba concentrada en la organización de una cena. Me di cuenta entonces de que mi agenda había desaparecido. “Felipe”, pensé al instante. Después de todo era lo único que quería de mí: mis contactos. Pero no le di importancia. Podía quedarse con mi agenda, sólo es papel. Felipe nunca podrá utilizarla, créame, ya me he encargado de ello. ¿Le importa si fumo?

—No, pero espere a que abra la ventana —y Judith se levantó. Victoria entretanto había encendido un cigarrillo y se lo llevaba a los labios. Eso no la impidió seguir con su relato:

—Pero he de reconocer que el personaje despertó mi curiosidad. Seguí, entonces, su rastro y me ha llevado hasta aquí. Quería saber lo que era capaz de hacer para alcanzar sus ambiciones. Seguro que ahora mismo se está aprovechando de alguna incauta ¿me equivoco, Judith?

—Por desgracia, su última víctima es Ana, mi mejor amiga.

—Pues tengan cuidado con él. Puede ser peligroso. Cuando no obtiene lo que quiere, puede ser muy violento. Él quería algo de mí y le habría bastado con pedirlo, pero no tiene sentimientos. Es una cara sin alma. Coge lo que quiere y luego te deja atrás. Conmigo sólo buscaba contactos para medrar en el mundo de la Televisión.

—Pues Ana trabaja en la radio.

—Ahí lo tiene. Él va siguiendo su camino y seguro que ya la está utilizando para algo. Conmigo hizo lo mismo y, lo peor, es que fue incapaz de darme nada a cambio, ni siquiera un poco de atención. Mire, la verdad es que a estas alturas este juego me aburre. He comprobado que Felipe sigue siendo el mismo y eso prueba que nunca cambiará.

Con esta frase dio una nueva calada. Y añadió:

—Si Felipe tropieza, por favor, téngame al corriente. Quiero creer que aún existe la justicia en este mundo.

Y Victoria le tendió una elegante tarjeta de visita.

—Judith —añadió— usted parece una chica despierta. Tenga mucho cuidado con Felipe, es alguien muy tóxico. Protéjase usted y proteja a las personas que más quiera.

Con estas palabras, Victoria se levantó y se acercó a la puerta. Judith se apresuró a acompañarla.

—Muchas gracias por la ayuda, Victoria.

—Cúidese mucho, Judith.

Y la mujer salió del apartamento como una elegante pantera.

Judith se quedó sola en su apartamento. Visualizó, entonces, a Anita tan débil en su cama de hospital y tuvo miedo por ella. En un primer momento había tenido miedo de que Felipe la abandonara y ella no pudiera soportarlo. Ahora era todo lo contrario. Su mayor temor era que Felipe volviera a aparecer. El testimonio de Victoria confirmaba que Felipe podía ser muy peligroso y tenía que hacer algo. “Ha llegado el momento de hacer de detective”, se dijo. Y, en primer lugar, llamó a Felipe al móvil.

Nada. Como era de esperar no hubo respuesta. Pero Judith no iba a darse por vencida tan fácilmente. Recordó sin problemas el estudio de televisión al que Felipe llevó a Ana de visita. Estaba a unos 20 minutos en coche. Con decisión se dirigió al parking.

Tras la salida de la M-30 el edificio de cristal apareció ante Judith. La gran torre de los estudios elevaba su antena a los cielos. En el hall de entrada un hombre en mono de trabajo pulimentaba el suelo. Tras un mostrador una azafata la atendió solícita:

—¿Felipe Alazán? ... no me suena. Pero espere un momento. No quiere decir nada. No puedo saberme los nombres de todo el personal. ¡Somos tanta gente! Déjeme ver el listado —y la azafata empezó a recorrer un cuaderno con el índice—. Pues no, no me aparece ningún trabajador ni presentador con ese nombre.

Judith se quedó decepcionada con el resultado. No la sorprendía que hubiese mentido. Pero, al menos, esperaba encontrar alguna pista para saber más de él. Judith insistió:

—Pues le enseñó un estudio a mi amiga. Estuvieron toda una mañana.

—A mí no me aparece nadie con ese apellido —le respondió la joven.

—Vaya... muchas gracias —y, decepcionada, se despidió de la azafata.

Ya en el parking de los estudios se dirigió a su coche. No llegó a abrir la puerta. Un hombre acudió corriendo gesticulando con las manos. Se dirigía a ella. Judith no tuvo tiempo de hacer nada. No pudo ni buscar algo en su bolso para defenderse. El hombre llegó hasta ella sin que pudiera reaccionar.

—Señorita...—logró decir ahogándose por la carrera— señorita... La he visto en la entrada... Judith reconoció, entonces, al hombre del mono que pulía el suelo.

—He oído su conversación —añadió, ya más recuperado del esfuerzo—. Yo le abrí el estudio a ese joven. Pero no diga nada. No quiero problemas. Me habló de un concurso, me dijo que era alguien importante. Me pidió el favor y me pagó. Yo le abrí el estudio para un rato y luego lo volví a cerrar y aquí paz y después gloria. Pero no diga nada ¿eh? que me juego el curro.

Judith se quedó pensativa ante estas palabras. El hombre ya se alejaba de ella.

—Muchas gracias —le gritó en el aparcamiento. Y se quedó sola entre los coches. Entonces, tuvo una iluminación. Esa palabra “concurso” no paraba de volver a su cabeza. Era, sin duda, una pista. Con resolución volvió a ver a la azafata de entrada.

—Hola, soy yo de nuevo. Perdone que la moleste otra vez. ¿Sabe si los estudios organizan algún concurso últimamente?

—Para nada. No producimos programas de entretenimiento, sólo informativos.

Pero Judith no iba a ceder tan fácilmente. Añadió:

—Ya entiendo. ¿Han convocado una oposición para algún puesto últimamente?

—Ah, ya veo —dijo la azafata—. Déjeme que mire otro listado. Sí, se ha convocado un concurso-oposición para incorporarse a los estudios.

—¿Tiene el listado de candidatos?

—Lo puedo mirar por internet. Es público. Déjeme unos segundos. Ya está. Tengo la lista.

—¿Aparece Alazán, Felipe Alazán? —preguntó Judith, esperanzada.

—Espere... ¡Sí! “Alazán, Felipe”. Está en la lista.

—¿Ha aprobado el concurso?

—No se sabe aún, mujer. Es sólo la lista de los candidatos que se han presentado a las pruebas. Se tendrán los resultados pronto.

—Ah...—suspiró Judith, decepcionada—.

De camino al coche, los pensamientos de Judith se dispararon en su mente: “no tiene nada. Es un candidato en una oposición. Ni presentador estrella, ni nada. Al menos, he confirmado mis sospechas: es un farsante”. Ya en medio de la circulación Judith se dio cuenta de una terrible evidencia. Sabía algo, pero, en el fondo, no sabía nada. Felipe seguía rondando alrededor de ellas, tan peligroso como siempre. Era un farsante, de acuerdo. Ya tenía la certeza. Pero ¿cuál era el camino a seguir ahora? Ya en la urbanización una idea apareció en su mente. Felipe había utilizado a Anita para conseguir documentación. Seguro que allí habría alguna pista. Y, animada de nuevo, se dirigió hacia el apartamento de Ana.

Con la copia de la tarjeta abrió la puerta sin problemas y entró en el apartamento de su amiga. Los archivadores estaban ordenados alfabéticamente en un armario. Una pequeña biblioteca mostraba libros etiquetados con sus firmas de localización. La mesa de cristal con el ordenador portátil plegado estaba limpia y despejada. Era como la imagen opuesta de su propio apartamento. “Soy un desastre”, pensó. Y se prometió poner orden en sus cosas cuando tuviera tiempo. Pero tiempo era justo lo que no tenía. Ana estaba indefensa en el hospital y una fiera andaba rondando por los alrededores. Había que darse prisa. Con ímpetu renovado abrió el ordenador de Anita. Necesitaba leer esos documentos misteriosos. Apretó el botón de inicio y

llegó la decepción al ver la pantalla: el maldito ordenador reclamaba una contraseña. Se quedó paralizada un momento. Pero sólo un momento. Anita era una mujer enamorada. Judith tecleó sin dudar un instante.

Contraseña: FELIPE

Y el ordenador se abrió como si fuera una flor desplegada a la primavera. “¡Es que las mujeres somos todas unas tontas!”, se lamentó Judith tecleando entre archivos. Estaba segura que Anita había hecho una copia de los documentos que había entregado a su amado Felipe. Pero no por maldad. Por seguridad. Por miedo a que se perdieran. No tardó en encontrar la carpeta buscada, etiquetada —¡oh, sorpresa!— con el nombre “Felipe”.

Había recortes de prensa escaneados y una carpeta con fotografías. Judith, recordó entonces la conversación con su amiga:

“—¿Y eran interesantes los documentos de Felipe?

—Ni idea, él me los pidió y aquí los tiene. No tengo derecho a hurgar en su intimidad.”

O sea que Anita ni siquiera los había mirado, Y ahora ella estaba hurgando hasta el fondo. Pero sin remordimientos. Era una cuestión de vida o muerte.

Todos los documentos estaban relacionados con un cirujano llamado Andrés de la Mata. Millonario y excéntrico, por lo visto. Las fotos antiguas multiplicaban en blanco y negro la imagen de un hombre altivo, orgulloso de sus posesiones. Limusinas relucientes, una mansión gigantesca... Judith se quedó deslumbrada. Pero fue una pequeña fotografía la que le llamó la atención. Era en color, pero el paso del tiempo la había cubierto de un tono anaranjado. En ella se veía un rincón de los dominios: las cuadras con caballos. Una mujer con ropa de trabajo ocupaba el centro de la foto. Sonreía tímidamente a la cámara. Pero lo que llamó la atención de Judith fue el niño que la cogía de la mano. No sonreía. Estaba serio. Su ropa estaba sucia, pero aun así, era un niño con unos rasgos muy bellos. A pesar del tiempo transcurrido, Judith lo reconoció al instante:

Era Felipe.

Judith se dio cuenta enseguida de que estaba adentrándose en arenas movedizas. El peligro se iba abriendo ante ella, pero no iba a retroceder por eso. Sin embargo, había que ser prudente. Tenía que informar a alguien de sus descubrimientos. No podía seguir sola, era demasiado arriesgado. Encendió el móvil y llamó a la psicóloga de Ana:

—María, soy Judith. Todo es una farsa.

—¿Una farsa? —respondió la psicóloga desorientada.

—Sí, Felipe Alazán es una farsa. He estado investigando. Fue el gigoló de una mujer rica y no es presentador, ni nada. Sólo es el candidato a una oposición. Está obsesionado con un médico... espera que te diga su nombre... sí, Andrés de la Mata. Su mansión estaba en Somosaguas. He decidido ir a investigar. Has apuntado los datos.

—Sí, ya está. Pero Judith ¡es peligroso!

—Por eso te llamo. Quiero que alguien sepa dónde me meto. No quiero que me pase algo y nadie se entere.

—No vayas sola. Te acompaño. Hoy no puedo, pero mañana...

—No puedo esperar a mañana, tendré cuidado.

—Pues estaré atenta a tus noticias. Tenme informada, por favor.

—Claro.

Y Judith colgó, sintiéndose un poco más acompañada. Pero no era el momento de ponerse sentimental. Era el momento de actuar.

\*\*\*

Esperaba que la mansión de don Andrés de la Mata existiera todavía. Si nada había cambiado, se alzaba en una de las zonas más caras de Madrid. Tuvo que ser una de las más grandes mansiones de Somosaguas. Judith con su pequeño coche se dirigió allí sin dudar.

Lo primero que vio la desalentó un poco: a la entrada de la urbanización había dos vigilantes instalados en una garita. Judith no tenía invitación ni permiso para estar allí y pasó de largo ante la entrada. En un lugar apartado aparcó su cochecito y rehizo el camino a pie hasta la entrada. Por un sendero lateral pudo evitar a los guardas de seguridad y se coló en la urbanización.

No pudo ver las mansiones. Grandes vallas de cipreses velaban por la intimidad de los millonarios. Judith consultó las fotos que se había traído y logró hacerse una idea de la mansión de don Andrés de la Mata. Pasados unos minutos, empezó a desesperarse. La dichosa mansión no aparecía por ningún lado. De repente, reconoció un tejado que sobresalía por encima de los árboles de un jardín. “¡Por fin!”, exclamó. Ahora venía lo más peligroso. Tenía que ser prudente.

Antes de actuar, Judith analizó el entorno. Se acercó al portal de entrada y el óxido de las rejas le manchó las manos. Miró, entonces, el interior. El inmenso jardín agonizaba en silencio. Las hojas habían borrado el sendero de entrada y una fuente de piedra enmudecía seca bajo las sombras. “Esto parece abandonado”, pensó decepcionada. Pero vio el interfono y probó suerte. Ya tenía la estrategia preparada en su mente. Pasaron unos segundos hasta que la voz de una mujer joven sonó con un tono metálico:

—¿Quién es? Deje de llamar, es una propiedad privada.

—Me gustaría hablar con don Andrés.

—Ya le he dicho que no. No insista.

Judith recurrió a su estrategia sin dudarle:

—Soy de una agencia inmobiliaria.

La puerta se abrió al instante con una vibración eléctrica.

—Pase. Siga el sendero hasta la casa.

“O sea que tenemos problemas de dinero”, se dijo Judith mientras caminaba sobre el sendero de hojas.

Sus sospechas no tardaron en confirmarse al llegar a la casa: grietas en los muros, ventanas con cristales rotos, un coche abandonado bajo un cobertizo casi derruido... Llamó a la puerta de entrada y esperó. El lugar parecía perfecto para una reunión de fantasmas medievales. Se imaginó armaduras mohosas bailando con pálidas cortesanas, espectros de nobles alzando sus copas, bufones maléficos huyendo por los rincones... Pero quien salió a recibirle fue más sorprendente que todo eso: una chica de unos 15 años, vestida con una cazadora negra claveteada, un top, pantalones ceñidos y botas militares. Con una voz cansada (y un piercing en la lengua) le dijo a Judith:

—Pasa, tía. Andrés te está esperando.

La joven se adelantó y Judith siguió a la punkie. La raja de su trasero sobresalía del pantalón ajustado y arrastraba sus botas negras como si padeciera un cansancio infinito. Alrededor, las galerías de la mansión permanecían en penumbras y muchos muebles tapados con sábanas eran como fantasmas de un presente decrepito. Junto a una gran puerta de doble hoja, la joven ordenó:

—Espera aquí—y entró en la sala.

Judith se quedó sola. Le pareció oír un rumor en una de las galerías superiores y pensó al instante “ratas”. Por si acaso, buscó en su bolso su spray de defensa. Los rumores cesaron. Mejor. Pero no por eso bajó la guardia. De súbito, la puerta se abrió y la joven apareció haciendo un gesto cansino con el brazo:

—Pasa.

El gran salón también estaba en penumbras. Una débil luz se filtraba por las persianas bajadas. Al fondo se distinguía la silueta de un gran sillón. En el sillón, un hombre parecía dormitar. Al acercarse, Judith pudo distinguir mejor lo que quedaba del insigne cirujano: un anciano escuálido vestido con una bata oscura. Su cabeza reposaba sobre su pecho y las huesudas manos se aferraban a los brazos del sillón. “¿Estará dormido?”, se preguntó Judith. Como respondiendo a su pregunta el anciano levantó bruscamente la cabeza. Su mirada penetrante brilló bajo las cejas encanecidas:

—¿Qué quiere? —le espetó con una voz rasposa.

—Tranquilo, Andrés, es la de la inmobiliaria —terció la joven acariciándole el hombro.

—Ah, sí —pareció calmarse el anciano —pues, usted dirá.

—Estoy buscando a Felipe Alazán. Por un asunto... personal —probó Judith.

—Pues buena suerte ¡no tengo ni idea de quién es! —respondió el viejo con mal humor. A su lado, la joven empezó a acariciarle la oreja:

—Tranqui, no te pongas nervioso, coño —le susurró.

—Pues aquí tengo una foto, de cuando era pequeño...—insistió Judith. Sacó la foto y la chica se la arrebató para mirarla.

—Es una foto vieja —dijo decepcionada— no sirve para nada. Mira, Andrés.

La punkie le dio la foto al anciano. El cirujano la cogió. Tras mirarla la dejó caer y se llevó las manos al cuello con un movimiento brusco. Pareció ahogarse por momentos y sus ojos se abrieron

desorbitados. Luego consiguió recuperar la calma y dijo enseguida:

—Parecen los empleados de las cuadras. Pero ahora ya no conservamos las cuadras. No conservamos casi nada.

—Ya lo ve —intervino, agresiva, la joven— aquí no conservamos nada. Ni cuadras, ni caballos, ni nada. Pero ¿no venía para comprar la casa, coño?

Judith no se esperaba un ataque tan frontal y respondió como pudo:

—Puede ser, ya veremos.

—No verá nada —cortó la chica— usted ha venido a meter las narices. Pues ¡lárguese! Aquí yo soy la única que mete las narices —y la adolescente empezó a tocar la entrepierna del anciano.

—¿Quieres que meta las narices, Andrés? —le dijo al médico sonriendo con malicia

—¿Qué tenemos aquí? —siguió la joven frotando la bragueta del anciano con más fuerza. El antiguo médico cerró los ojos y sonrió de placer por las caricias.

—¡Vamos a meter las narices! —dijo la punkie inclinándose hacia el viejo.

Judith retrocedió. La pareja ya no le prestaba atención enfrascados en sus juegos íntimos.

Cuando Judith salió, la joven ya había abierto la bata del anciano.

\*\*\*

Judith se detuvo en el gran hall de entrada. “Pero ¿qué le está pasando a todo el mundo? Son una pandilla de perversos”, se dijo. Y recordó, entonces, los juegos de seducción de Felipe, las perversiones del productor televisivo y los juegos sexuales de Victoria. “Y ahora, estos dos, que parecían Heidi y su abuelo y son más bien Lolita y el marqués de Sade”. Intentó tomárselo a broma, pero no pudo: Felipe podía ser muy violento, eso no debía olvidarlo nunca. Era un peligro y estaba acechando sin control. En cualquier momento podía surgir para lanzar su próximo ataque, el ataque definitivo.

En ese instante volvió a oír el ruido.

El rumor llegaba de las galerías superiores. No eran las ratas. Eran pisadas. Pensó en huir, pero ya era tarde: una silueta oscura la llamaba desde las sombras.

—Venga conmigo, señorita, no tenga miedo.

La voz era dulce y parecía de una mujer mayor. Judith se calmó. La anciana se escondía en el hueco de la gran escalera. Desde allí, siguió hablando:

—Vamos fuera, así podremos hablar sin que se entere esa golfa de negro.

Judith siguió a la anciana. Salieron al jardín y rodearon la casa. La mujer vestía un delantal marrón y llevaba unos guantes gruesos. De repente, se paró y señaló unas flores:

—¿Ha visto las hortensias? Fíjese ¡qué pena! Quemadas por el sol...

Y la anciana prosiguió su camino con decisión. Llegaron a la parte trasera de la mansión y entraron por una pequeña puerta metálica. En el cuarto se veían palas, rastrillos y sacos de tierra.

—Siéntese, aquí, joven —y le adelantó un taburete—. No tenemos muchas visitas ¿sabe? Y no tengo con quién hablar. El señor y su fulana viven aislados, pero yo necesito contar lo que pasa. Y usted parece lista.

—Hombre, gracias ¿es usted la jardinera? —preguntó Judith mientras miraba los utensilios.

—Uuuyyy, no. El jardinero era mi marido que en paz descansa —y se santiguó—. Yo vengo de vez en cuando para intentar mantener algo, pero es inútil. Me da una pena verlo todo abandonado. Cuando lo mantenía mi Manuel daba un gusto de ver... Pero el pobre... el Señor lo ha querido con él. Y yo lo entiendo porque era un encanto de hombre... Lo que soportó mi Manuel en esta casa... Era un santo ¡un santo! se lo digo yo.

La anciana sacó, entonces, un pañuelito bordado y se lo llevó a los ojos. Ya recuperada, volvió a hablar:

—Hablo demasiado... soy una vieja y hablo demasiado. ¿Qué hace una jovencita como usted en este lugar?

—Estoy buscando a una persona. ¿Conoce usted a Felipe Alazán?

—Uuuyyy, el pequeño Felipe. Eso sí que es una historia triste —y la anciana se sacó los guantes y los depositó sobre una mesa.

—¿Ha visto lo que queda de la mansión? ¿No? —siguió la mujer—. Pues no siempre fue así. Hace años todo eran fiestas, invitados, luces... La mansión brillaba como una joya y los jardines, bien hermosos, recibían a los invitados. Don Andrés hizo de estos muros su patio de juegos extraños. Con su fortuna podía hacer lo que quisiera y todos éramos figuritas que nos plegábamos a sus deseos. Empezando por mi Manuel que obedecía todas sus órdenes por raras que fueran. Le hacía teñir las flores de colores grotescos, podaba setos con formas obscenas... Él me lo contaba a mí y yo, por supuesto, se lo contaba al cura. Tenía miedo de que mi Manuel fuera al infierno. Pero el párroco me dijo que mi Manuel sólo era un mandado, que el culpable de todo era el señor. Así que yo estaba tranquila. Yo venía de vez en cuando como refuerzo en la cocina. Recuerdo una noche que recibimos a más de cincuenta invitados. Fue “La noche de la luna”, me acuerdo muy bien. Los invitados acabaron corriendo desnudos por los senderos del jardín. Ya le digo, todo muy indecente y sin control. Las amantes iban y venían ¡y con unos humos! Parecían las dueñas de la casa mandando al servicio. Bailaban en las fiestas, se bañaban en la piscina, montaban los caballos. Pero sólo duraban unos meses. Luego llegaba otra y luego otra. El señor era incansable.

—Pero, al final ¿don Andrés se llegó a casar?

—Pero ¡si ya estaba casado! Eso sí, la señora nunca tuvo personalidad. Miraba para otro lado. No aparecía en las fiestas, se quedaba en su cuarto, a veces lloraba, otras dormía. ¡Muy blanda es

lo que era! Si yo me entero que mi Manuel le ha hecho ojitos a otra le doy puerta al instante. Se lo juro por ésta. Pero don Andrés en sus buenos tiempos era incansable. Sus criterios a la hora de escoger a las doncellas del servicio eran muy especiales, se lo digo yo. Por eso la mayoría no sabían ni pulir la plata.

—Pero ¿usted? ¿También?

—¿Qué insinúa, jovencita? Yo soy decente. Para mí sólo ha habido mi Manuel. El mejor hombre. El señor no se habría atrevido... ¡hasta allí podíamos llegar! —y la anciana se atusó el delantal como resguardando su cuerpo del pecado—. Yo no soy como esa golfa adolescente que le tiene sorbido el poco seso que le queda. Pero en los viejos tiempos, cuando había dinero, golfas las había a puñados, se lo digo yo. Y te miraban con unos aires... parecían las dueñas del lugar. Mi marido y yo teníamos un juego personal: apostar.

—¿Cuánto dura esta?

—Yo le doy dos meses.

—¿Y ésta?

—No llega al mes.

Y así pasaron los años. Luego perdí a mi Manuel y dejé de venir tan a menudo. Además, cada vez que volvía a la casa era un disgusto. Un jarrón roto, una ventana sin cristal, las flores quemadas... Y el señor cada vez más insoportable. Estaba cada vez más delgado. Era como si sus vicios le comieran por dentro. Empezó con las drogas, tuvo accesos de locura... Y, mientras, todo derrumbándose alrededor. Pero a don Andrés le daba igual. Su mirada andaba perdida, ensimismada, y sólo podía vivir rodeado de extraños que satisfacían sus deseos y caprichos. A mí empezó a insultarme y aprendí a mantenerme alejada. Hace años que no me paga por mi trabajo, pero yo vengo, de vez en cuando, en honor de mi marido. Para mantener un poco su labor en los jardines. Es como una manera de recuperarlo un poco. No sé si me entiende... Es que eres tan joven...

—Pero ¿qué sabe de Felipe Alazán?

—Uyyy, es verdad, el pequeño Felipe. Perdona, empiezo a hablar y me voy por los cerros de Úbeda. ¿Ha visto las cuadras?

—Sí, al pasar. Pero están abandonadas.

—Ahora sí. Pero con Sonia todo estaba que daba gusto. Los establos limpios y aireados, los caballos lustrosos. En fin, una maravilla. Era la propia Sonia la que entrenaba a los caballos. Era una gran amazona y, para su desgracia, llamó la atención de don Andrés. El señor empezó a acosarla en los establos, en los jardines, donde fuera. Y Sonia huía de él en cuanto podía. Yo pensé que quería proteger su virtud, pero no podía estar más equivocada. Una noche tuvimos las dos una conversación sobre el tema:

—Si no quieres acostarte con él, lárgate —le dije convencida— sino esto tendrá un mal final.

—No lo entiendes. No quiero irme. Es que ¡estoy enamorada de él! Desde pequeña. No soportaría que me tratara como a todas esas chicas. ¡No lo soportaría! Pero tampoco puedo irme. Quiero estar junto a él. Necesito estar a su lado.

Y Sonia se apoyó en mí para sollozar desconsolada.

Así pasaron las semanas hasta esa tarde. En el vallado junto a los establos vi a Sonia y a don Andrés hablando. En un momento dado, él la tomó de la mano y desaparecieron tras un portalón de madera. No necesitaba más.

Esa tarde quedó sellado el destino de Sonia Alazán.

—No volví a ver a Sonia hasta varios meses después. Vino a verme a la cocina. Parecía preocupada. Yo me olí la tostada enseguida, pero la dejé hablar.

—Estoy embarazada... —me dijo entre sollozos— pero Andrés no ha vuelto a los establos desde hace semanas. Me crucé con él hace dos días y me acerqué esperanzada. ¿Sabes lo que me dijo?... no podía creerlo... me dijo: “¿Cómo van los establos, señorita Alazán?” y siguió tranquilamente su paseo. Y no había nadie más que nosotros, estábamos a solas y me trató como si fuera su chófer.

—Ya sabes cómo es don Andrés, querida...—la intenté calmar.

—¡Pues no me da la gana! ¡No pienso aceptarlo!

Pero lo aceptó.

Sonia desapareció durante un tiempo y las caballerizas quedaron abandonadas. Cuando volvió llevaba al pequeño Felipe en brazos. El pequeñín se crió aquí, entre heno y caballos. Aún le veo acariciando a los animales. Le encantaban los caballos, pero siempre fue un niño triste. No tenía amiguitos y se pasaba las horas rondando por los establos. Don Andrés dejó de aparecer por las cuadras. Por aquellos días estaba encaprichado con dos gemelas y se pasaba el día en la piscina viéndolas nadar y jugar en el agua. Sonia les veía desde lejos pero seguía con sus quehaceres. Su rostro se volvió sombrío. Cepillaba a los animales de manera mecánica y con la mirada vacía. Sólo le quedaban los caballos. Felipe se acercaba a ella, pero Sonia lo apartaba para seguir con sus tareas. Tenía que haberse ido de aquí. Yo me habría largado ¿para qué sufrir tanto en silencio? Pero ella no lo hizo. No podía. Tenía que estar junto a don Andrés, aunque fuera a distancia. Estaba atrapada.

Felipe aparecía, de vez en cuando, por las cocinas y se sentaba en mi falda. No decía nada. Era callado. Pero era el niño más guapo que he visto en mi vida. Habrá sido un rompecorazones de mayor, estoy segura.

—Más de lo que se imagina —replicó Judith con expresión sombría.

—Pues eso, que venía a las cocinas, calladito él, y luego se volvía a sus caballos. A veces me pedía lápiz y papel y dibujaba caballos. Eran bonitos. Los he guardado en ese armario. ¿Quiere verlos? Son bonitos, ya se lo he dicho.

Y la mujer abrió un pequeño armario de madera.

—Uuuyy... está lleno de papeles. No me acordaba.

La anciana cogió algunos dibujos de una pila de hojas húmedas.

—¡Aquí hay algunos! ¿A que son buenos?

Y se los dio a Judith con sus manos nudosas.

—Sí, son buenos —reconoció Judith. Aunque unos eran mejores que otros, se dijo para sí. Los había muy esquemáticos en los que un caballo era un palo horizontal con cuatro palos que llegaban al suelo. Luego había otros muy realistas que representaban sólo el busto de un caballo con sus crines al viento y los ojos brillantes y profundos. Eran dibujos de distintas épocas. No estaban fechados, pero habrían podido ordenarse siguiendo la habilidad del dibujante. Desde los garabatos de un niño de tres o cuatro años hasta los dibujos de un joven de 18.

Judith le devolvió los dibujos a la anciana y ésta los guardó en el armario. Los puso encima de la pila de papeles húmedos y se dispuso a cerrar.

—¿Qué son esos papeles? —la interrumpió Judith.

—No sé... no son dibujos. Están escritos, no son bonitos —respondió la anciana.

—¿Puedo verlos?

—Como quiera, pero ya le digo que no son bonitos y están un poco mojados —y le ofreció la pila de hojas.

Judith las examinó con curiosidad. Olían a humedad y la tinta azul se había corrido en algunas hojas. Leyó al azar párrafos aquí y allá...

—Están desordenadas...—se lamentó.

—Llevan allí desde hace mucho. Ya me había olvidado de ellas. Nunca he leído muy bien y ahora casi no puedo ver. Puse encima los dibujos, que son más bonitos. ¿Qué dicen las hojas? ¿Son historias bonitas?

Judith se dio cuenta enseguida de qué se trataba. Tenía que leer esas hojas con tranquilidad, era preciso. Y decidió, muy a su pesar, mentir a la anciana.

—Son informes de las caballerizas, sobre la gestión de las cuadras. ¿Le importa si me las llevo para consultarlas en casa? Es para hacer un trabajo...

—Uyyy, informes... Lléveselos si quiere... Si a usted le sirven para algo...

Pero no eran ni informes ni listados lo que Judith había leído. Ni mucho menos. Lo que tenía en las manos era el diario de un joven llamado Felipe Alazán.

Ya en su apartamento, Judith dejó el diario sobre una silla. Ya se ocuparía de él después. Primero, lo más urgente. Llamó a Ana:

—¿Cómo estás, Anita?

—Genial. Ya estoy bien —respondió su amiga. Pero Judith notó que su voz sonaba cansada.

—Ten paciencia, mujer. Que tienes que recuperar las fuerzas.

—Ya... ¿Y tú? ¿Qué tal ha ido el día?

“¿El día! ¡Joder con el día!”, pensó Judith. Había conocido a Victoria, una antigua amante de Felipe; en la productora le habían confirmado que Felipe era un farsante y no sólo eso, sino que luego resultó ser el hijo ilegítimo de un millonatis que había perdido la chaveta. Y todo en un día, a ver quién supera eso. Ah, eso sin olvidar que había robado un diario secreto a una anciana indefensa. ¡Y Anita le preguntaba por el día!

—¿El día? Ya ves... en casa, aburrida. Viendo la tele —mintió para no excitar a la convaleciente.

—Pues tendrías que salir para hacer un poco de ejercicio ¿es bueno, sabes?

A estas horas del día a Judith sólo le faltaba la práctica del parapente. Pero se mordió la lengua:

—Pasearemos cuando te pongas buena, cariño.

—Genial. Te quiero mucho.

—Y yo. Descansa.

Judith colgó y volvió al diario que reposaba en la silla. “Tengo que ordenar las hojas”, se dijo. Y para ello necesitaba espacio. Una montaña de folletos y de planos cubría la mesa. Hizo una pila con todos los folletos y actuó de manera lógica: puso la pila en el suelo. “Ahí se quedan... ¡Despejada la mesa!”, sonrió satisfecha. “Ya lo ordenaré todo cuando tenga más tiempo”, se autoconvenció sin remordimientos. Con cuidado, depositó el diario de Felipe en la superficie despejada.

Las hojas aún olían a humedad. Primero separó las que se habían quedado pegadas. Los textos ocupaban el centro de cada hoja y eran breves. Nunca más de una página. No estaban fechados, pero la caligrafía cambiaba de unos textos a otros, como lo hacían sus dibujos. Desde la letras más infantiles a las más nerviosas e impacientes propias de un adolescente.

Judith con esas pocas pistas ordenó las hojas y empezó a leer:

## DIARIO

Hoy he dibujado un caballo. Ha quedado muy bien. Le he dado el dibujo a mamá. Haré muchos dibujos y así no estará triste. Los caballos son como personas, pero atrapadas en un cuerpo de caballo. No pueden salir. Corren, pero no pueden escapar. Es imposible.

He cepillado a Holgazán. Tenía las crines enredadas. Pero ha quedado bien.

Mamá se encontraba mal y no se ha levantado. He preparado el heno solo.

Hoy he leído mi redacción sobre los caballos en la escuela. Nadie ha dicho nada. Luego un niño ha dicho que los caballos son animales, no personas atrapadas. Ese niño no sabe nada de caballos.

Don Andrés ha montado un caballo. Se lo he ensillado yo porque mamá se había ido. Creo que le ha gustado el paseo porque me ha dado una buena propina. He encontrado mis dibujos metidos en una caja. Mamá ya no los quiere. Se ha enfadado conmigo. Dice que ya no soy pequeño y que son tonterías. Le ha dado mis dibujos a la Tata y los ha puesto en un armario del cuarto de herramientas.

Yo no quiero ser un caballo. Quiero ser libre. Anoche estalló la tormenta. Los caballos tenían miedo. Yo no. Me gusta el olor de arena y de humedad. No he dormido. Me he pasado la noche en los establos mirando la lluvia.

Me he arañado una rodilla con una de las puertas. Mamá estaba cepillando las crines de Holgazán. Le quise enseñar mis arañazos, pero no me miró. Siguió cepillando, cepillando con la mirada fija en las crines. Pero no importa, la rodilla ya no me duele.

Quiero que vuelva a llover. Detrás de las trombas de agua parece que va

a venir alguien.

Hoy he montado un poco. Ha estado bien. Pero prefería cuando mamá venía conmigo. También he terminado el dibujo de Huracán. Ha quedado precioso. Huracán es precioso. Creo que he reflejado muy bien la rebeldía en su mirada. A la Tata le ha gustado mucho el dibujo.

Mamá se ha enfadado conmigo. Sólo le pregunté quién era mi padre. No volveré a hacerlo. Cuando mamá está enferma, me ocupo de todo. No me importa, ya estoy acostumbrado.

En el colegio me han insultado. Uno de los grandes me ha llamado “Bastardo”. Yo no he sabido qué decir. Si no tengo padre ¿soy un bastardo? Sin padre ¿quién soy de verdad? Me obsesiona la respuesta. He pensado en ello durante el camino de vuelta a casa. No le he dicho nada a mamá. Ella no tiene respuestas. Las respuestas la tengo que encontrar yo.

Cuando entro en los establos, Huracán me lame la mano. A Holgazán le encanta apoyar su cabeza en mis hombros. Ellos saben quién soy. Para ellos soy alguien, pero no es suficiente. Soy sólo el portador de terrones de azúcar, el peluquero de crines, el ridículo jinete que saca los caballos a pasear. Es lo que piensan los caballos de mí. Lo noto. Y no es suficiente. Soy patético.

He visto un reportaje sobre caballos en la televisión. No estaba mal. Un poco básico, pero no importa, el presentador hablaba muy bien y con mucho carisma. Es un periodista muy conocido. Su cara sale en revistas y programas. Es alguien importante. No como yo. Ayer me olvidé de limpiar y esta mañana me ha tocado limpiar el box de estiércol. Unos limpian la mierda y otros resplandecen ante las cámaras. Yo no soy ese limpia-mierda. He nacido para algo más.

Cuando era pequeño era estúpido. Creía que los caballos eran personas atrapadas. Es todo lo contrario: son las personas las que llevan un caballo dentro. Y ese caballo quiere salir, da coces desesperadas y relincha enloquecido. Pero es inútil. Nunca emerge ese caballo para trotar en libertad. Y cuando quiere emerger, lo aplastan entre todos, lo anulan.

Porque los hombres tienen miedo, les aterroriza ese caballo que trota en su interior.

Mamá ha empeorado. Ya no viene nunca a los establos. Estoy harto del olor a estiércol, estoy harto de la enfermedad de mamá, estoy harto. No merezco esta vida.

Le he dicho a la Tata que quiero estudiar, pero me ha respondido que eso no es para mí. Me he enfadado con ella y le he enseñado mis dibujos y este diario. No entiende nada. Es una estúpida.

Mamá está en el hospital. Me he llevado los libros para estudiar y he pasado la noche con ella. Al volver a la mansión amanecía bajo una cortina de lluvia. Todo gris. Hace años me pasaba las horas mirando llover. “Detrás de las trombas de agua parece que va a venir alguien”, escribía. Menuda estupidez. Tras la lluvia sólo hay lluvia y más lluvia y más lluvia. Es una estupidez seguir esperando lo que no va a llegar. No viene nadie después de la lluvia.

Los mozos han traído más arena. Menudo par de inútiles. Lo han puesto todo perdido. ¿Qué coño hago con gente así? Vivo en un puto estercolero. Soy como el narciso: una flor hermosa que desprende un olor nauseabundo.

Mamá me lo ha dicho todo. Demasiado tarde, pero me lo ha contado todo. Saber que don Andrés es mi padre ¿de qué me sirve? Desde hace décadas, mi padre no existe para mí, murió para mí hace muchos años. ¿Qué puedo decirle a don Andrés? ¿Para qué hablarle? ¿Qué le dice un desconocido a un desconocido? ¿Qué se puede decir? Todo está quedando detrás de mí, todo se diluye.

La Tata ha llorado en el entierro de mamá y su marido también. Los mozos también han venido. Mamá queda atrás para siempre. Yo sigo adelante.

Al volver del entierro oí risas en la piscina. Don Andrés estaba disfrutando de una tarde magnífica. Me acerqué a la piscina y me quedé

mirándole un rato fijamente. No tardó en darse cuenta. “¿Qué coño haces aquí? Lárgate a las cuadras”, me gritó. Y luego añadió una frase cruel e innecesaria: “huelas a mierda.” Por esta frase me di cuenta. Él sabía que yo era hijo suyo. Y no podía soportarlo.

He intentado volver a la rutina. Hay mucho trabajo pendiente. Hay abrevaderos rotos, y hay que cambiar uno de los comederos de las puertas. Las horcas y los rastrillos están demasiado viejos y no sirven para nada.

Esta mañana hice una lista de los desperfectos a corregir en los establos y se la presenté a don Andrés. En su despacho la miró con expresión de hastío y me dijo: “seguro que quieres que haga algo ¿no?”. Yo no supe qué contestar. “Mira, siguió, los establos me importan una mierda. Espabila con lo que tienes y si no eres capaz, lárgate”. Yo comprendí perfectamente y me fui sin añadir nada.

El viejo apareció hace unos días por los establos. El cabrón sonreía como si hubiese ganado la lotería. Se paseó por las cuadras como un propietario feliz, acarició a Huracán que le devolvió una mirada altiva y se fue como había venido. Llegué a oír su voz en la distancia: “muy bien cuidado todo, enhorabuena”.

La semana siguiente vendió todos los caballos.

En las cuadras vacías tomé una decisión. Me obligaban a irme, pero no me iría con las manos vacías.

Esa misma tarde me colé en la mansión. Era la hora de la siesta y sabía dónde estaba su dormitorio. Entré y encontré a don Andrés dormitando en una gran butaca. Llevaba una bata oscura que dejaba ver su frágil esqueleto. Di dos grandes pasos y le atrapé por el cuello. Mis manos no son manos. Unas manos acostumbradas a domar caballos son unos cepos de hierro. Don Andrés se despertó enseguida bajo la enorme presión en su garganta. Me miró con ojos desorbitados y yo le dejé ahogarse unos segundos más. Luego aflojé la presa. “Me voy a ir, viejo, pero bajo mis condiciones”, le amenacé mirándolo con desprecio.

He conseguido una puta pensión del viejo. Con la pasta, tengo libertad

absoluta para conseguir mis ambiciones. Adiós al come-mierda. Adelante mi carrera en televisión.

Este diario ha sido una pérdida de tiempo. Lo escribió otra persona que no se parece en nada a mí. Lo he puesto junto a mis dibujos y se lo he dado todo a la Tata. Yo no quiero saber nada de ese bastardo limpia-mierda. Todo queda atrás. Ya sólo soy futuro, un futuro de gloria y de triunfos. Y haré lo que sea para cumplir ese brillante destino. Lo que sea. Lo que es seguro es que no volveré a la mansión nunca más.

Nunca más.

Judith depositó la última hoja del diario.

“Esto me supera”, se dijo. “Sé cómo venderle un piso a un incauto. Pero las clases de Freud me las perdí yendo al bar”, reconoció. “Necesito hablar con alguien de esto”. Y marcó el número de Héctor. Tras un chisporroteo y un zumbido oyó la voz de Héctor, muy lejana:

—¡Judith! ¿Cómo va todo por Madrid?

—Así, así... ¿Y por Jordania?

—Fascinante, el yacimiento es un auténtico tesoro. Ya te mandaré fotos. Y tú ¿has vendido muchos pisos?

—¿Pisos?...¡sí! alguno, pero no te llamo por eso. Aquí en Madrid se están descontrolando las cosas. ¿Te acuerdas del novio que se echó Anita? ¿Felipe?: la enredó en asuntos turbios y, al final, Anita cayó enferma. Ahora está débil como un pajarillo en una cama de hospital.

—¡Qué locura!

—Y es la versión breve y censurada. Por si hay niños escuchando. ¡Ni yo misma me lo creo! Mis sospechas estaban justificadas. Estoy haciendo de detective para desenmarañar este asunto. Hasta he conseguido el diario de Felipe. Lo tengo ahora en mis manos. Pero no entiendo ni jota.

—¿Y cómo es él?

—¿Felipe?

—Sí, Felipe. ¿Cómo es físicamente?

Judith estuvo a punto de describirle como una mezcla de Robert Redford y Brad Pitt, pero conocía los celos de su novio y prefirió mentir:

—Es normal. Del montón.

—Pero ¿del montón de los guapos o del montón de los feos?

—Majete, resultón en... determinadas circuns-tancias — “en todas”, pensó Judith, pero se guardó el comentario.

—No me gusta lo que oigo. Tú eres mi novia. Si ves a Felipe déjaselo claro. No me ando con bromas.

—¿Y qué le harías? ¿Una tisana con ortigas para envenenarle? No jodas, Héctor. Tú eres tan peligroso como una ardilla. En cambio, Felipe es otra cosa.

—Pues déjalo todo, que se ocupe la policía.

—Eso es. Llamo a la policía y, cuando lleguen, encontrarán mi cadáver en perfectas condiciones para que puedan hacer un informe. ¿Qué te parece? ¡Que no, coño. Que de esto me ocupo yo sola! Pero te llamo porque no entiendo nada del diario de Felipe. Por ejemplo. Le encantan los caballos. Escucha esta frase:

“No quiero ser un caballo. Quiero ser libre”.

—¿Cuál es tu opinión como científico, como botánico?

—¿Cómo botánico? Que está como una regadera.

—¡No bromees, Héctor! Es muy serio.

—Y yo lo digo en serio. Está zumbao. Como todas las frases sean como ésta vamos apañaos. Un consejo. Ve a la tienda más cercana y te compras unos yogures para ti y una camisa de fuerza para él.

- Pues sí que me sirves de ayuda... Como sigas así, te cuelgo.
- Bueno, bueno... cálmate. Léeme otra frase.
- Vale, pero tómatelo en serio:

“Tras la lluvia sólo hay lluvia y más lluvia y más lluvia. Es una estupidez seguir esperando lo que no va a llegar. No viene nadie después de la lluvia”.

- Parece que está esperando algo o a alguien ¿no? —se aventuró Héctor.
- Sí. Quiere escapar de algo y va buscando una salida —siguió Judith.
- ¿Y Felipe es muy peligroso?
- Mucho. Ha sido violento con Anita, pero con mucha más gente. Hasta estranguló a su propio padre. Escucha:

“Me miró con ojos desorbitados y yo le dejé ahogarse unos segundos más. Luego aflojé la presa. “Me voy a ir, viejo, pero bajo mis condiciones”, le amenacé mirándolo con desprecio”.

- Joder —se le escapó a Héctor.
- Eso digo yo: joder. Te dije que era peligroso.
- Se me han pasado las ganas de bromear.
- Pues escucha esto:
- “He conseguido una puta pensión del viejo. Con la pasta, tengo la libertad absoluta para conseguir mis ambiciones. Adiós al come-mierda”.

- Esto me supera —reconoció el botánico.
- Y a mí —suspiró Judith.
- Ese diario tiene que leerlo un profesional. Llévase a María, la psicóloga de Ana.
- Ya lo pensé, pero es muy tarde y quería desahogarme con alguien.
- Judith, no me hables de ahogamientos, por favor. Pero te entiendo. Ya te has desahogado, ahora mándale el diario escaneado por mail y habláis mañana. Que lo estudie ella que es la experta.
- Vale. Eso haré. Te quiero.
- Te quiero. Sé prudente. No me gusta dejarte sola. Espera que yo acabe lo que tengo entre manos y en seis meses estaré en Madrid. Así podremos seguir esto juntos.
- ¡Esperar seis meses! Tú estás loco. Para entonces nos habrá pasado a todos a cuchillo.
- Pues no hagas locuras ¡y llámame mucho que me dejas muy preocupado! ¡Llámame mucho! ¿eh?
- Vale...vale.
- Y cortaron la comunicación.

Judith se quedó sola, de nuevo, con sus pensamientos. Hablar con Héctor sólo confirmó la gravedad de la situación. Estaba inmersa en esta historia delirante, en plena acción y necesitaba a alguien que lo viera todo desde fuera. Con Héctor había bastado. Al ver la reacción de su novio, tomó consciencia de lo extraño y peligroso que era lo que estaba viviendo.

Respiró hondo, cogió fuerzas y se dispuso a dar el siguiente paso.

Judith empezó a escanear el diario de Felipe. Pasados unos minutos abrió su mail para escribir:

“María.

Te mando en un documento adjunto el diario de Felipe Alazán. Creo que puede ser importante para saber algo más de él. Por favor, léelo lo más pronto posible. Estoy muy asustada por Anita. Sigue en el hospital recuperándose, pero saldrá pronto. Puede que Felipe esté rondando por los parajes y creo que puede ser muy peligroso. No me ha gustado su diario. No he comprendido todo el alcance que puede tener, pero no me gusta el tono. Estoy muy angustiada por Anita. ¿Podrías hacerme un hueco mañana para que podamos comentarlo en tu consulta? Creo que es urgente.

Gracias por todo

Judith”.

Y Judith envió el mail.

Fue entonces, cuando notó todo el cansancio del mundo. Había vivido en un día las experiencias de toda una vida. Ya no podía mantenerse en pie. Se metió en la cama, se durmió y tuvo una extraña pesadilla:

En la pista central de un circo, un domador hacía restallar su látigo brillante. Iba vestido de rojo, con una chistera oscura. Aunque sonreía, en sus ojos brillaba un destello de sadismo que la hizo estremecerse en la cama. No le costó reconocer al domador: era Felipe gesticulando y alzando su látigo ante el público. De repente, se levantó el telón y los caballos empezaron a salir al trote. Sin dejar de trotar ocuparon el círculo de la pista y empezaron a girar alrededor del domador. Felipe consideró, entonces, que los caballos iban demasiado lento. Hizo restallar el látigo sobre las grupas relucientes de sudor y el ritmo empezó a acelerarse. Judith, en su sueño, aprendió a temer esos latigazos. Se recogió en su cama y con cada golpe se estremecía sin poderlo evitar. No tardó en darse cuenta de que ella era uno de los caballos del sueño y los estallidos del látigo abrasaban su piel desnuda. Todos los caballos tenían cabezas humanas. Eran cabezas desconocidas que gemían por los latigazos. Al otro lado de la pista Judith reconoció a Anita. Era otro de los caballos, un caballo blanco que agonizaba siguiendo el paso a duras penas. Judith gritó, la llamó para ayudarla. Pero sus gritos no se oían entre el ruido de los cascos y los gritos del público enfervorecido. “¡Tengo que avisarla! ¡tengo que ayudarla!”, se dijo. Pero era inútil, Felipe blandió, de nuevo, su látigo y gritó en medio de la pista un mensaje claro y fuerte:

“Haré lo que sea para cumplir mi brillante destino  
¡Lo que sea!”

Al día siguiente, la pesadilla aún se resistía a desaparecer. Judith la veía en su mente como si hubiera sucedido de verdad. Le parecía notar, incluso, el dolor de los latigazos sobre su piel. Todo quedó apartado cuando María salió a recibirla a la entrada de su consulta:

—Pasa, Judith. He leído el diario que me has mandado. Vamos a mi despacho.

La psicóloga se sentó en su mesa frente a Judith y empezó a hablar.

—Estas hojas parecen confirmar nuestro diagnóstico en gran medida. Vamos a intentar recapitular todo lo que sabemos. Cuéntame tus últimos descubrimientos.

—A ver...—Judith hizo una pausa para intentar ordenar el alud de acontecimientos que había vivido—. Me he enterado que Felipe fue el hijo ilegítimo que el cirujano Andrés de la Mata tuvo con Sonia Alazán, la encargada de sus cuerdas. Don Andrés fue un médico brillante que amasó mucho dinero. Pero en su vida personal no fue tan brillante y sólo se dedicó a satisfacer sus vicios más perversos. Ahora es una piltrafa humana ¿sabes que le he conocido?

—¿Dónde le encontraste?

—En su mansión. Ahora es un anciano vicioso que vive con una perversa adolescente mientras todas sus posesiones se le derrumban alrededor. Esta punkie es la última de su larga lista de amantes.

—De la que formó parte Sonia Alazán, la madre de Felipe —añadió María.

—Pues sí. Pero Sonia fue un caso especial. Se quedó embarazada y decidió conservar a ese niño. Aunque a Felipe no le hacía ni caso. Sólo la obsesionaba una cosa: su amo y señor. No le interesaba nada más.

—Y parece que hizo de los establos su jaula interior —comentó María— el lugar donde vivir su pasión obsesiva. Estaba cerca, pero a la vez terriblemente lejos del objeto de sus deseos. Estaba atrapada.

—Y allí se quedó hasta su muerte. Y no le hacía ni caso a Felipe. Sólo le interesaba su médico —concluyó Judith.

María se quedó en silencio. Luego añadió:

—O sea que el pequeño Felipe pasó una infancia solitaria entre caballos. Ignorado por su padre y sin el amor de su madre. Y todo este proceso duró hasta el final de la adolescencia.

—Sí, luego se largó para ser presentador de televisión —añadió Judith.

—Pues el diario que me has mandado, refleja perfectamente el proceso interior de Felipe durante esos primeros años de su vida. Por eso es un documento muy valioso para nosotros.

En este momento, María hizo una pausa.

—¿Quieres tomar algo, Judith?

—¿Tomar algo? —balbuceó. Y constató que, por primera vez en su vida, había perdido el apetito— no, gracias.

—De acuerdo, pues prosigamos.

María cogió las hojas dispersas del diario y las puso frente a ella para comentarlas:

—Vamos a empezar por lo más superficial, por el estilo de los escritos de Felipe. Como habrás notado, hay una diferencia entre los primeros textos y los últimos. En las páginas iniciales nos encontramos con un niño que escribe oraciones sencillas y textos breves. En los últimos textos, las frases y los párrafos son más largos. El estilo, sin embargo, es el mismo. Oraciones simples encadenadas como cuchillazos. No es nada alambicado ni barroco.

Su estilo es cortante, casi robótico —siguió María—. Enumera hechos y no transmite empatía. Es como un listado de tareas pendientes. No hay emotividad. Sólo en los últimos textos aparecen algunos sentimientos y siempre de rabia. Entonces sí que recurre a expresiones soeces o malsonantes. Lo fascinante es que los insultos se acumulan en las últimas páginas. ¿Qué le lleva a proferir tantos insultos al final del diario? Los insultos se encadenan en las últimas páginas y después... deja de escribir su diario. Parece que todo ha desembocado en una explosión de rabia. Pero ¿qué significa esa agresividad final?

María se quedó en silencio ante las hojas. Judith la miraba esperanzada y se atrevió a hablar:

—La verdad es que yo no me he enterado de nada. Llamé a Héctor y llegó a la misma conclusión que yo: ninguna. Me aconsejó que te mandara los diarios. Y es lo que he hecho.

—Y has hecho muy bien. Hemos de dar un paso más.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, hasta ahora sólo te he comentado algunos detalles de su estilo de escritura. Que es seco, poco empático y colérico. Pero tenemos que ir más allá, mucho más allá. Más importante que la forma de la que te he hablado es el contenido, lo que dice. Lo que dice y, sobre todo, lo que no dice.

—¿A qué te refieres con “lo que no dice”?

—Que hay rincones de su mente que intenta ocultar a todo el mundo, incluso a sí mismo. Y eso es lo que tenemos que descubrir.

María retomó el fajo de hojas y seleccionó una. Leyó en silencio para luego hablar:

—Felipe es un claro ejemplo de niño ignorado por sus padres. Su madre deambulaba en los establos como una especie de zombie ausente, obsesionada por el hombre que la había abandonado. Sonia seguía realizando sus tareas cotidianas como un autómatas y el pequeño Felipe intentaba llamar su atención con sus torpes dibujos de caballos.

—Pero sus dibujos no le sirvieron para nada —concluyó Judith.

—No le sirvieron para llamar la atención de su madre, desde luego. Pero no por eso dejó de dibujar.

—Es verdad. Siguió dibujando hasta la adolescencia.

—Sí, y cada vez lo hacía mejor. Empieza con cuatro palotes hasta su “obra maestra”, el dibujo de Huracán. Parece que Felipe tiene una admiración ciega por Huracán —siguió María—. De hecho, lo menciona más adelante y, tal como lo describe, parece que Huracán se enfrente a su padre.

Es muy posible que Huracán fuese mucho más que un caballo para Felipe: era su modelo. Era en lo que él quería convertirse. Alguien altivo y orgulloso y muy seguro de sí. Todo su diario refleja esa búsqueda de su propia personalidad. Sus padres le ignoran, se siente minusvalorado y trata de construirse una nueva personalidad más fuerte, muy exagerada. Huracán es uno de sus modelos. Luego lo será un presentador televisivo. Huracán y el presentador sólo son modelos a seguir —insistió María.

—¿Cómo los cantantes pop y los actores para los adolescentes? —preguntó Judith.

—Algo parecido —confirmó María—. Pero en el caso de Felipe estos modelos inalcanzables lo único que hacen es poner en evidencia la situación miserable en la que se encuentra. De ahí le nace esa rabia interna, ese volcán que va creciendo. Y Felipe se va transformando, va evolucionando en la búsqueda de una imagen que le satisfaga.

—Pero sigue con los mismos dibujos de caballos —dijo Judith.

—En efecto. Pero esos caballos ya no van a simbolizar lo mismo. Su relación con los caballos será cambiante. Al inicio, cuando Felipe es pequeñito, ve a los caballos desde fuera. Intenta imaginar sus pensamientos. Cuando lee su redacción en clase ante los otros alumnos, mantiene esta idea de humanizar a los caballos.

—Y un niño se burló de él en clase —recordó Judith.

—Es una reacción normal. Para cualquier niño un caballo es un animal, nada más. Para Felipe, en cambio, se trataba de mucho más: proyectaba en los caballos la angustia de sentirse atrapado y su búsqueda de una salida.

Y María pasó algunas hojas más adelante para seguir hablando:

—Poco a poco, conforme va madurando, el juego ya no le sirve. No le basta con proyectar sus sentimientos en los animales, ya no habla de los caballos; conforme va creciendo, sólo habla de sí mismo. Llega un momento en que el caballo no es más que un símbolo. Ya no habla de caballos reales, está hablando de lo que se agita en su interior y lucha por liberarse. El proceso de Felipe es el de huir de su vida miserable y liberar su “caballo” interior. Quiere dejar atrás su yo pasado. Es interesante señalar cómo en algunas frases va dejando su pasado atrás. Felipe considera que ese pasado no es lo que él se merece. “Soy como el narciso: una flor hermosa”, llega a decir.

—Lo del narciso le queda clavado —dijo agriamente Judith— no he visto a nadie más

engreído en mi vida.

—En efecto, se ha creado una imagen grandiosa de sí mismo. Y todo para huir de esos años de infancia, de esos padres ausentes y fríos. Felipe quiere huir de la vida que le ha tocado. Su actitud, al principio, es permanecer a la espera de algo por venir, pero poco a poco, reniega de esa espera de algo: “no viene nadie después de la lluvia”, acepta con resignación.

Pero al final sí que acabó llegando alguien después de la lluvia: él mismo, pero renovado, fortalecido en cierta manera. Es el final de la espera, la creación de su nueva personalidad. Él considera que escribir su diario ha sido una pérdida de tiempo, pero a nosotros nos ha permitido seguir el proceso de su transformación de alguien dubitativo y frágil en alguien que, en apariencia, es más fuerte y seguro, el nuevo Felipe Alazán.

La manera de escribir de Felipe es un reflejo de ese proceso. Desde la timidez inicial del niño hasta la rebelión agresiva del joven que lo abandona todo para dejar atrás el pasado e inventarse una nueva vida. Tras abandonar la mansión, el resto de su vida consistió en reforzar su propia imagen, esa imagen que se había inventado, la del presentador televisivo exitoso. Y su belleza era el arma perfecta para conseguir sus fines —concluyó María.

Judith se quedó pensativa y sólo pudo añadir:

—La verdad es que guapo lo es un rato.

—Es como una luz brillante y peligrosa —confirmó María—. Un brillo que atrae a las luciérnagas que acaban muriendo por desearle. Utilizó a Victoria, también se aprovechó de Anita, y no sabemos cuántas mujeres más hay en su lista de víctimas. Y todo para seguir construyéndose una imagen. En el fondo sigue siendo ese niño abandonado que limpia unas cuerdas solitarias, pero no puede aceptarlo. Quiere creer en la nueva imagen que se ha inventado. Y luchará contra todo aquello que le devuelva a la realidad.

—Pues Anita ha sido una víctima muy fácil para él —se lamentó Judith.

—El narcisismo de Felipe bebe mucho de la admiración ajena. Eso le fortalece, refuerza su personalidad ficticia. Y Anita, por su personalidad dependiente, era la víctima ideal. Felipe se nutre de este tipo de personalidades. Las utiliza y las abandona sin remordimientos. Ya hemos visto por su diario que es muy frío e implacable. Hasta llegar a utilizar la violencia.

—Pero... ¿Hasta qué punto es peligroso? —se inquietó Judith.

—Anita nos ha contado que fue agresivo en un restaurante, que le hizo daño en un brazo y, por lo visto, después de entregarla a un degenerado, la echó de su apartamento dando gritos, desquiciado y enfurecido. Tú me has contado que también fue muy agresivo con Victoria, hasta el punto de que tuvo que arrojarle sus perros. Ya teníamos bastantes antecedentes. Ahora tenemos uno más, el decisivo: amenazó de muerte a su padre. No parece tener límites. Puede ser muy peligroso. ¿Qué piensas hacer?

—La verdad es que no lo sé. Pero voy a proteger a Anita como sea.

—Ten mucho cuidado ¿vale? Os quiero mucho a las dos y no quiero que os pase nada. Llámame a diario, por favor. Es importante que yo esté al corriente. Llámame para lo que necesites y en cualquier momento. Dejo el teléfono abierto día y noche para lo que pueda pasar. Sé muy prudente.

—Lo intentaré. Ya sabes que la paciencia no es lo mío, pero lo intentaré. Con lo que me has contado, me basta para darme cuenta del peligro.

—Y piensa que lo que hemos hablado es sólo lo que sabemos nosotras. Ignoramos lo que Felipe ha podido hacer a lo largo de su vida. No sabemos hasta dónde ha llegado para alcanzar sus objetivos.

Judith se quedó congelada con estas palabras y se llevó las manos al cuello de manera

instintiva. En su mente brillaban a fuego estas frases:

“Mis manos no son manos. Unas manos acostumbradas a domar caballos son unos cepos de hierro”.

Anita se peinó con sus manos delicadas para salir del hospital. Luego se giró y miró a Judith.

—¿Sabes que Felipe no ha venido ni ha llamado?

“Alabado sea el Señor”, pensó Judith. Y cambió de conversación:

—Tú a lo tuyo, a recuperarte.

—Vale... pero no puedo dejar de pensar en él. Entiéndeme, ya no le quiero, pero es que ha marcado mi vida...

“Y la mía”, se lamentó, Judith. Pero no respondió. Siguió escuchando a su amiga:

—¿Ves los electrocardiogramas? —y señaló un aparato de la habitación—. Mi nombre “ANA” es como un electrocardiograma. Antes de la llegada de Felipe mi vida era tranquila, era una letra “A”. Después llegó Felipe y lo alteró todo, ya tenemos la marca de su presencia en el electro, es la letra “N”. Luego Felipe se fue y mi vida volvió a la normalidad, ya tenemos, de nuevo, la letra “A”. A-N-A. Mi nombre es la historia de mi vida.

—Hija, te has levantado filosófica esta mañana.

—He pensado mucho en la cama.

—Pues hala, vamos al coche que como sigas pensando, me escribes un ensayo completo

Y las dos amigas se dirigieron al aparcamiento.

\*\*\*

Ya en casa, Judith la puso al día de todos sus descubrimientos.

—... y eso es todo. El niño de los establos se inventó una personalidad de estrella televisiva para superar el desprecio de sus padres y fortalecer su autoestima.

—Vaya...—respondió Ana, alucinada.

—Sí, es complicado. Por lo visto aquí la única sin vuelta de hoja soy yo. Soy de un aburrido que da lástima —concluyó Judith.

Ana se quedó reflexiva un momento. Luego añadió:

—¿Y no te da pena?

—¿Quién?

—Felipe. Que infancia más triste.

—Hombre, pena, pena... no me da. Es verdad que yo tampoco soy una hermana de la caridad, pero no me dedico a estrangular ancianos.

—Ya... soy una tonta.

—No. Eres muy buena y muy fuerte, aunque no lo creas. Tienes mucho valor para sentir esas cosas, a pesar de lo que te ha hecho ese personaje.

Y las dos amigas se abrazaron susurrándose:

—Al pasar la barcaaaa...

—Me dijo el barqueero.

\*\*\*

Al día siguiente, Ana se reincorporó al archivo. Todo le pareció extraño. Como si hubiera llegado de otro mundo. Su despacho le pareció pequeño y triste. Se acercó y vio los documentos que había dejado sin terminar. Estaban escritos en un idioma misterioso e incomprensible. Ella

misma había puesto notas y todas le parecieron pueriles, sin consistencia. De repente, una voz la llamó desde el pasillo:

—Hombre, Anita. Ya estás aquí. ¿Cómo llevas las publicaciones especiales?

Ana se quedó quieta ante la directora. Estuvo a punto de sonreír, pero permaneció seria para decir:

—¿Podemos hablar en su despacho?

—Claro... Anita... claro —titubeó la directora.

Entraron en la sala acristalada y Ana cerró detrás de ella.

—Tú dirás, Anita —le dijo la directora, sentándose.

—Sabe que me dedico a fotografías de finales del XIX.

—Claro...—respondió la jefa no muy segura.

Ante las dudas evidentes de su superiora, Ana pasó al ataque:

—En esas fotografías antiguas nos encontramos con frecuencia residuos químicos que se utilizaron en los procesos fotográficos.

—Ah, ¿y eso es bueno?

—No, malísimo. Contribuye al deterioro de los documentos fotográficos.

—¿Y se puede hacer algo? —dijo la directora con angustia en la voz.

—Lo que estoy haciendo: escanearlas con cuidado, catalogarlas y almacenarlas tomando las medidas preventivas para evitar su deterioro.

—Pues... eso está muy bien ¿no?

—Pues, sí. Es una labor urgente para salvar los fondos fotográficos. De eso me ocupo. Y ¿sabe qué medidas preventivas hay que tomar con las publicaciones especiales?

—Pues... no sé... también muchas.

—No. Ninguna. Las publicaciones especiales son muy recientes. O sea que no es urgente catalogarlas para evitar su deterioro.

—Ah... ¿y qué hacemos?

—Lo sensato sería que me dejase catalogar lo urgente y ya veremos las publicaciones especiales más adelante.

—Genial, Anita. Estoy de acuerdo. ¡Adelante con ello!

Y Ana volvió a su despacho. Se sentía pletórica.

Para abrir su ordenador, la pantalla le solicitó su contraseña. Ana tecleó con rabia “Felipe”. Luego abrió otra pantalla y, con firmeza, seleccionó otra pestaña:

CAMBIAR CONTRASEÑA

—Y ésta es la cocina americana. Ya han visto todo el apartamento —concluyó Judith.

La parejita se quedó pensativa.

“Es una buena señal”, dedujo Judith. “Se lo están pensando”. De súbito la joven habló:

—Nos lo quedamos.

—¡Fantástico! ¡Ya somos vecinos! ¿Saben que yo también vivo en la urbanización?

—¿Hay buen ambiente?

De golpe le vinieron imágenes de Felipe y de sus agresiones. Judith respondió en consecuencia:

—Esto es un río tranquilo, un remanso de paz y de concordia. Aquí se relajan hasta los inversores en bolsa...

—Pues mejor todavía. Somos muy tranquilos y no queremos problemas.

—Pues han venido al mejor sitio —concluyó Judith, indicándoles la salida.

El joven matrimonio Rodríguez salió del apartamento seguido de Judith. Se encontraban en la quinta planta. Al pasar por el 5° C Judith notó un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. “No se oye nada. No hemos vuelto a saber de él. A lo mejor no vuelve nunca más”, se dijo para calmarse.

—¿Todo va bien?

Judith volvió a la realidad, sobresaltada. Era el marido de la parejita.

—Sí, genial... todo va genial.

Y, sin saberlo, los nuevos propietarios se hicieron vecinos de Felipe Alazán.

Judith los acompañó al hall y se despidió de ellos:

—El lunes nos ocuparemos de los papeles —y les dio la mano.

“Olé, otra venta”, sonrió satisfecha. Pero no había que relajarse. Otro cliente la esperaba en un complejo residencial de las afueras. Dirigiéndose al coche pensó en Ana. “Hoy no me ha llamado y a estas alturas del día normalmente ya me ha dejado 200 llamadas perdidas”. Eso la preocupó y marcó el número de su amiga antes de entrar en el coche.

—¿Ana? ¡Soy Judith! ¿Cómo vas?

— ¡Genial! He estado en el despacho de la directora.

—¿Te ha convocado?

—No, la he convocado yo. He conseguido que me deje trabajar tranquila.

—¿Y cómo lo has conseguido? ¿Ibas armada?

—Sí, con la palabra. Eso me basta.

—Pues ¡enhorabuena! Yo acabo de vender un apartamento.

—¡Genial! ¡Enhorabuena para ti también!

—Ahora cojo el coche. Otro cliente me espera.

—Pues conduce con prudencia. O sea, no como siempre.

—OK.

Y cortaron la conversación. “Menudo cambio está dando doña Ana”, se dijo Judith. “Parece que ha superado lo de Felipe”. Pero Judith todavía tenía miedo. Por eso no le dijo que los nuevos inquilinos iban a vivir justo al lado de la casa del diablo.

Ya en la autopista, el consejo de Ana se disipó en cuanto metió la quinta y alcanzó los 120

km/h. “Los lentos, a la derecha”, se dijo. Y disfrutó del vértigo de la velocidad.

Delante de la casa en venta, encontró aparcamiento sin problemas. El cliente la esperaba junto al portal. Era un nuevo cliente. Se saludaron e iniciaron la visita. Judith encaminándose a la entrada tuvo una agradable sensación. Era la rutina laboral. Había vuelto. Ana y ella habían recuperado su vida. Y se estremeció de emoción al recordar lo que habían pasado.

La policía aparcó junto al lujoso chalet pasadas las doce de la noche. El ruido de gritos y de música sorprendió a los agentes.

—Los vecinos tenían razón. Menuda juerga —dijo uno de los policías.

—Pues me da que la fiesta se les ha terminado —respondió su compañero llamando al timbre. Esperaron casi un minuto hasta que les abrieron.

—¡Ostia, la poli! —exclamó un joven que les abrió envuelto en una sábana.

Los agentes se miraron con cara de circunstancias. El fantasma se puso más blanco que su envoltorio.

—¿Nos permite el acceso, joven?

—Sí, claro... pasen.

Y los agentes entraron.

El espectáculo estaba en su apogeo. Varios chicos perseguían a unas chicas desnudas que se dejaban abrazar entre risas. Un grupo de invitados-sabuesos rastreaba con la nariz sobre una mesa, mientras un grupo de colgados miraba las volutas de humo que se perdían en el techo. Unos estaban desnudos y otros casi vestidos. Ninguno de los juerguistas se percató de la presencia de los agentes. Los policías se abrieron paso entre botellas y ropa arrojada al suelo. Uno de los agentes interrumpió una extraña danza en medio de la sala:

—¿Quién es el dueño del chalé?

El bailarín respondió entre risas:

—Es Luis. Él es el boss, el jefe. Le verá detrás de esos muslos.

Y señaló a un joven hundido en un puf junto a dos chicas desnudas.

Luis había alcanzado el séptimo cielo e iba camino del octavo. Las chicas le acariciaban y él sonreía jugando con ellas. Parecía un neonato sin pañales.

—Es casi enternecedor —dijo uno de los agentes a su compañero.

—Pero la vida es dura, ya lo sabes —respondió el otro—. ¿Es usted Luis, el dueño de la casa?

Las palabras cayeron como un chorro de hielo sobre Luis. De su ebullición sentimental no le quedaron ni las chispas. Sólo pudo responder:

—Sí, soy Luis, pero la casa es de mi tía Victoria... Victoria Álvarado.

—¿Nos permite el DNI? —solicitó uno de los agentes.

—Esperen... lo tengo en mis pantalones... voy a buscarlo.

—Y no se olvide esto —añadió el otro agente señalando unos calzoncillos caídos junto al puf.

Luis fue en busca de su identidad perdida y los policías se quedaron con las chicas desnudas. Como era de esperar, continuaron con el interrogatorio y las identificaciones. No se escapó ni el de los lavabos. Y, como era de esperar, las sorpresas se sucedieron una tras otra. Para los agentes, la Navidad se había adelantado.

Cuando Luis volvió todos se conocían como si fueran parientes. Los invitados ahora tenían cara de asistir a un entierro. Los policías, en cambio, se mostraban extrañamente sonrientes.

—¿Me permite? —y uno de los agentes le cogió el DNI a Luis. Tras inspeccionarlo, se lo pasó a su compañero. Los dos se miraron y miraron luego al interrogado:

—¿Es usted... Luis Cabezón?

—Sí...

Y los agentes volvieron a mirarse. Hay noches aburridas, pensaron, y noches así. Noches para

contar. Aunque luego no te crean. Pero los policías conservaron su sangre fría y siguieron con el procedimiento.

—Mire, tendremos que hablar de varios temas: de la cocaína, del hatchís y del ruido nocturno. Pero antes de todo, mire allí, por favor.

El policía señaló a las chicas desnudas. Las habían agrupado a todas junto a una pared.

—¿Sabe usted que estas señoritas no llevan documentación, parecen ser rumanas y son menores de edad? —afirmó, sombrío, el agente— Para usted es un marrón y de los gordos.

—Es que... yo no lo sabía... me las mandó Felipe... —se defendió Luis, titubeante.

—¿Felipe? ¿Y quién es ese Felipe? —preguntó el policía abriendo su bloc.

—Felipe Alazán, un amigo.

—¿Y sabe dónde vive su... amigo?

—Ahora no lo sé, se ha mudado hace poco... quedamos siempre en el bar y hablamos de nuestros asuntos.

—Pero ¿tendrá móvil? ¿No?

—Claro.

—Pues soy todo oídos. Nos encantará escuchar las explicaciones de ese Felipe Alazán y de Victoria Alvarado.

\*\*\*

La pareja de agentes volvió a su coche patrulla.

—Hoy nos ha cundido ¿eh? —dijo uno de los agentes.

—Pues sí... Menuda juerga se tenían con las chicas... —respondió su compañero.

—¿Tú crees que cogerá nuestras llamadas ese... Felipe Alazán?

—Es probable que no, pero ya no es asunto nuestro. Ya lo localizarán en la central por su móvil.

Y los agentes subieron al coche y desaparecieron.

Dejaban detrás un chalet que se había quedado en silencio.

Felipe se acercó a la ventana y contempló a los pasajeros que se apresuraban a la estación. “¡Putas hormigas!” susurró. Y abandonó la ventana de su apartamento con una mueca de desprecio. “Yo a lo mío”, se dijo dirigiéndose a su ordenador.

Tenía que contactar con Miriam, con Vanessa y con las otras chicas. “Hay que organizar la fiesta de mañana. Que son todas una inútiles” concluyó para sí mismo. Y volvió a sentirse fuerte, poderoso, como un monarca en su torreón.

Nada más sentarse sonó el móvil.

En la pantallita brillante leyó “Abogado de Luis Cabezón”. Inquieto, respondió al instante:

—Dígame, don Francisco. ¿Por qué me llama a estas horas?

—Mire Felipe. Voy a ser breve. Le llamo para notificarle la detención de mi cliente hace media hora.

Felipe se quedó helado en su asiento. Sólo pudo balbucear:

—¿Qué... ha pasado?

—Aún no tengo todos los datos. Pero, por lo visto, la policía ha detenido al señor Cabezón en plena orgía con un grupo de mujeres menores, inmigrantes e indocumentadas. Felipe, su nombre ha sido mencionado.

—Gracias... por avisar —logró responder Felipe. Y cortó la llamada.

Se quedó inmóvil en la silla sin saber qué hacer. Sólo pudo mirar la pantalla apagada del ordenador. Su rostro se reflejaba en el cristal como en un turbio espejo. Le fue difícil reconocer sus rasgos. Era como si su cara se hubiera desdibujado y un desconocido le mirara desde la superficie brillante. Cerró los ojos para huir de ese rostro y se levantó para gritar a las paredes:

—¡Todo a la mierda! ¡Joder!

Y le dio una patada a la silla que se quedó volcada en el suelo.

Miró, entonces, su apartamento: las blancas paredes, los muebles de diseño, la colección de carteles con los marcos cromados. Y sintió que su reino se le escapaba de las manos. El ordenador seguía apagado. Nunca más volvería a llamar a Miriam, ni a Vanessa, ni a Esther, ni a ninguna de las otras chicas.

Y la furia volvió a crecer incontenible.

Tenía que hacer algo.

—¡No soy una puta hormiga, joder!

Y se vio ante las cámaras y los focos. Él, el centro de las miradas, el gran Felipe Alazán, el presentador estrella de televisión.

Pero nadie le admiraba en ese momento. Se sintió pequeño en el centro de su salón. Y eso no podía soportarlo. Necesitaba las cámaras, necesitaba las miradas de admiración. Y, entonces, un nombre fulguró en su mente: “Ana”. Tenía que verla, la necesitaba. Necesitaba su mirada. Necesitaba que le mirase con admiración y entrega. Si no se difuminaría y dejaría de existir, estaba seguro.

Y salió como una tromba de su apartamento.

“Seguro que la pillo en casa”, se dijo. “Es tan sosa que sólo sale para ir a su archivo”.

Y se imaginó la mirada entregada de la documentalista. La haría sufrir un poco al principio. Se haría el duro. Pero luego le concedería un poco de atención. Al pensar en Anita se sintió algo

mejor. Más seguro. Y apresuró el paso hacia el apartamento de la joven. Al salir del ascensor se quedó helado, no era Anita la que vio en el pasillo. Era una mujer poderosa que, en cuanto le vio, se abalanzó sobre él.

Judith.

—¡Judith! Pero ¿que haces aquí?

—Pues cambiando una bombilla del pasillo. Y tú ¿a dónde coño ibas? —le gritó—. ¿Querías rematar tu jugada, eh cabrón?

Felipe retrocedió, sorprendido por la embestida.

—Pues si quieres a Ana, tendrás que pasar por encima de mí.

Felipe se rehízo. Judith se había plantado en medio del pasillo con los brazos cruzados. “Es sólo una mujer”, se dijo. Y pensó en apartarla, en estrangular ese cuello que no paraba de gritar y de gritar.

—¡No te basta con Victoria ni con tu padre! ¿Eh? —le arrojó Judith.

Felipe se quedó paralizado.

—Ana no es un caballo. ¡Es un ser humano, coño! —siguió gritándole.

Estas últimas palabras golpearon a Felipe como un puñetazo en el estómago.

“¿Un caballo? ¡Lo sabe! ¡Lo sabe todo!” se dijo Felipe y retrocedió para huir por el pasillo.

—Tu madre fue una esclava ¡pero Anita no es tu esclava! ¿Lo oyes, cabrón?

Estas fueron las últimas palabras que llegó a oír Felipe. No quería oír nada más. Huyó por las escaleras de incendio y desapareció por los jardines de la residencia.

\*\*\*

Al cabo de media hora, Felipe volvió a su apartamento.

No encendió las luces.

Como un autómatas se derrumbó frente a su ordenador. Miró alrededor. Los muebles de diseño apenas se veían en la penumbra. Tampoco logró distinguir los carteles de las paredes. Era como si su reino se diluyera, como si se disipara para desaparecer... como si sólo hubiera sido un sueño.... “Pronto entrarán para buscarme y lo revolverán todo”, se dijo con odio y resignación.

Con un destello de esperanza encendió el ordenador. Abrió varias pantallas hasta encontrar lo que buscaba y luego empezó a imprimir un listado. Pero era mucho más que un listado lo que iba a leer.

Era un madero flotante para un naufrago a punto de ahogarse.

Judith corrió a contarle a Ana su enfrentamiento con Felipe.

—Has sido muy valiente —reaccionó su amiga.

—Soy una inconsciente más bien. Reacciono por instinto. Un día acabaré mal. Parecía que el tío iba a estrangularme con sus manazas, pero huyó por las escaleras. A saber dónde estará ahora... Enciérrate y atranca la puerta. No abras a nadie ¿me oyes? Llámame si notas algo raro. No vaya a ser que le dé por volver a la urbanización.

—Vale.

Y así lo hicieron.

\*\*\*

Al día siguiente, Judith recibió una llamada a primera hora en plena autopista. “Un cliente”. En efecto la rutina laboral había vuelto:

—¡Hay ruidos! —chilló la voz metálica— ¡le digo que hay ruidos! ¡Sin parar! ¡Y toda la noche!

Era el señor Rodríguez. Nunca lo había oído enfadado. Su voz sonaba aguda como un pito, algo ridícula y nada intimidante. Pero era un cliente y había que cuidar la clientela.

—¿Y de qué son esos ruidos? —preguntó Judith en tono conciliador.

—Son gritos, voces... ¡Es insoportable!

—Bueno, cálmese, cálmese.

—¡Ya estoy calmado, jolín! ¡llevo toda la noche con tranquilizantes! Hemos llamado a la puerta y ¡nada! No paran. Siguen los ruidos. No hacen ni caso.

—¿A qué puerta se refiere?

—A la del 5º C ¡la de los ruidos!

Judith se quedó muda. Señalizó y aparcó el coche en un área de servicio. “¡Felipe otra vez! ¿Qué estará haciendo ahora?” no paraba de repetirse mientras aparcaba.

—¿Desde cuándo que oyen esos ruidos? —consiguió preguntar.

—Toda la noche. ¿Sabe lo que es toda una noche sin dormir?

“Si supiera quién es su vecino no dormiría durante el resto de su vida”, se dijo Judith.

—De acuerdo, voy para allá. Vamos a solucionar este problema —respondió a su cliente.

Judith se quedó pensativa en el coche. No sabía si avisar a Ana. Su amiga iba mucho mejor y no sabía si tenía que someterla a un shock. Pensó, entonces, en consultar a María. Descartó la opción al instante. Eso era algo entre ellas. No podía negarle a Ana la posibilidad de decidir. Si no quería venir, perfecto. Pero si decidía acompañarla, perfecto también. Marcó su número:

—Ana, soy Judith.

—¿Qué te pasa? Tu voz suena rara.

—Ha vuelto a la urbanización.

Y no fue necesario decir más. Todo quedó diáfano.

—¿Cuándo?

—Los vecinos se quejan de ruidos durante toda la noche. Son los vecinos de al lado. Me acaban de llamar. Yo voy para allá. Llegaré en media hora.

—Muy bien. Te espero en el portal, yo te acompaño.

Esta respuesta le calentó el corazón a Judith. Su amiga la acompañaba a pesar del peligro y eso era hermoso. Pero más valioso era que, al hacerlo, Ana se enfrentaba a sus miedos personales y no retrocedía. La admiró en silencio y sólo pudo añadir:

—Genial. Siempre juntas.

—Siempre —completó Ana.

“Felipe ha vuelto”, se repitió Ana en la soledad de su apartamento.

Cerró el móvil y su expresión se volvió sombría. Se levantó de su despacho sin apagar el ordenador. Miró alrededor del salón como si buscara algo y se dirigió como un autómata hacia el dormitorio. Allí había escondido el objeto de su búsqueda, aunque nunca lo había olvidado.

Quizás no era el momento de recrearse en el pasado. Quizás eso la debilitaría. Pero no podía evitarlo. A veces, hay que rebuscar en los más oscuros rincones para saberse fuerte. Con este pensamiento giró la llave del armario y abrió las puertas de par en par.

Como fantasmas sombríos, los vestidos colgaban en el interior. Ana, con determinación, metió las manos en el rincón izquierdo y aferró su presa. De un tirón la sacó y la arrojó sobre la cama. Como un cuerpo deforme, el disfraz de María Antonieta se extendió sobre la colcha. Ana lo contempló, entonces, y contemplarlo la llevó al pasado. Y eso le hizo daño.

“Sólo han pasado unos meses del baile...”, se sorprendió. Pero había pasado toda una vida.

Entre la Anita que bailaba inconsciente abrazada a Felipe en el Casino y la Ana que contemplaba el vestido vacío ya no había nada en común. No pudo identificarse con esa chica enamorada. Le fue imposible. Y tampoco quedaba nada de ese Felipe galante y atento. Todo había sido un espejismo, un espejismo creado por él y creído por ella. Porque Felipe, el Felipe galante no había existido nunca. Como nunca había existido su María Antonieta. Sólo fueron disfraces, el de Felipe creado con la intención de engañar y el suyo con la intención de vivir un sueño.

“Pero no hay que vivir un sueño, hay que vivir la vida”, se dijo Ana enfadada consigo misma. Y miró el vestido con compasión. Con pena por la que ella había sido hasta entonces.

La pena le duró poco y se transformó en rabia. El culpable había regresado. “Felipe ha vuelto”, se repitió para convencerse. Y sintió, entonces, un escalofrío. Se lo imaginó de pie, en su cuarto, riéndose de su vestido, insultándola, humillándola. Y entonces, tuvo miedo. Tuvo miedo de sus cambios de humor, de su violencia, de su actitud dominante. Y lo visualizó ante ella, grande y poderoso. Mirándola fijamente. Notó, entonces, que sus piernas se doblaban y buscó una silla.

Ya sentada, asumió con vergüenza lo que le pasaba. Tenía miedo de él, sin duda. Pero al recordarlo, al recordar sus grandes manos, sus labios besándola... también tuvo miedo de ella.

Se reprochó el recordar sus cuerpos desnudos, las palabras susurrantes de Felipe, sus promesas locas. Se sintió débil y estúpida y se odió por buscar aún sus abrazos. Encontró un ancla donde la había dejado, en la cama. Y miró, de nuevo, el disfraz abandonado.

Allí dormía María Antonieta ¡la estúpida de María Antonieta!, sonriendo ignorante mientras la llevaban a la guillotina. Y se burló de María Antonieta, la odió por estúpida, por crédula. Cogió el vestido con las manos, lo miró con odio y empezó a desgarrarlo, primero los adornos de la falda, luego los de los brazos y los del escote. Al final, sólo le quedó un guñapo y lo desgarró en dos. La tela fue cayendo al suelo hasta que se le quedaron las manos vacías. Y, entonces, Ana se sintió fuerte, de nuevo. Poderosa. Y dijo en voz alta:

—Felipe ha vuelto.

Y dejó la tela en el suelo para salir del apartamento y enfrentarse a su destino.

Judith llegó a la urbanización y se encontró con el espectáculo. Ana estaba en la entrada y soportaba estoicamente a una pareja que gesticulaba a su lado: los Rodríguez. Ana se adelantó para recibirla y hablaron en petit comité:

—Llegas a tiempo, los vecinos quieren llamar a la policía —dijo Ana al instante.

—Ya veo. La verdad es que Felipe es peligroso, no es mala idea.

—Yo no quiero.

—Pero, Ana...

—Mira. Eso es algo entre ese tío y nosotras. Lo hemos pasado muy mal por su culpa y quiero cobrarme.

Judith no pudo ni responder. Su amiga se había convertido en Harry el sucio. Pero allí estaba para apoyarla, aunque fuera una locura.

—Como tú quieras. Déjame coger unas cosas del maletero.

Judith volvió enseguida y Ana le preguntó:

—Y ¿qué hacemos con los Rodríguez?

—Déjamelos torear a mí. Que tengo experiencia.

Al acercarse al matrimonio, el marido se adelantó indignado:

—¡Es intolerable! ¡hay que llamar a la policía! Para eso pagamos nuestros impuestos —chilló con voz aguda.

—Ya la hemos avisado —mintió Judith—. Nosotras vamos a subir y ustedes se quedarán en el portal para guiar a los agentes.

—Me parece perfecto —concedió el marido que, por otra parte, no andaba sobrado de valor.

Y las dos amigas se arrojaron en la boca del lobo.

\*\*\*

En la 5ª planta los ruidos se oían todavía. Judith arrimó la oreja a la puerta y notó el murmullo de voces. Sin fe, empujó la puerta: como era de esperar, estaba cerrada. Llamó al timbre y... silencio.

—¿Y cómo entramos? —se lamentó Ana.

—Me he traído mi llave mágica. Siempre la llevo en el maletero —y Judith desenrolló un alambre.

—¿La vas a abrir con eso?

—No te olvides que yo he colocado las cerraduras. Son las mismas que las de los hoteles, cerraduras de tarjeta magnética. A ver si tenemos suerte... —Y metió el alambre curvado por debajo de la puerta. Estuvo manipulando unos segundos.

—Y ahora tiro de la manilla... ¡Ya lo tengo! —exclamó. Y la puerta se abrió hacia dentro.

En silencio, las amigas entraron en el apartamento oscuro. Judith abrió el paso con su spray anti agresiones en la mano.

No había nadie en el salón. En el baño y en la cocina tampoco encontraron a nadie. Los ruidos se oían detrás de la puerta de una habitación. Se dirigieron allí. Ana le explicó a Judith:

—Felipe me apartó con violencia cuando me acerqué a esta habitación. “Es mi cuarto de los trastos”, me dijo.

—Veremos —replicó Judith muy poco convencida.

Y las dos entraron.

Y no era en absoluto el cuarto de los trastos.

La habitación estaba tapizada con pantallas de televisión. Todas estaban encendidas a la vez y parpadeaban con la misma grabación. Empezaban a la vez y terminaban al unísono, para volverse a iniciar en un bucle infinito y mostrar la grabación una y otra vez. En las imágenes se veía a Felipe imitando a un presentador de telediario. Todo era falso en ese programa. Estaba sentado en una silla de madera, sin micrófono y el decorado era de cartón piedra. Hasta su cara era una impostura, crispada y sudorosa, con un maquillaje que se había corrido debido al calor y hablando a gritos por la ausencia de micrófono. El simulacro duraba unos pocos segundos, pero volvía una y otra vez de manera obsesiva en el mosaico de pantallas...

Ana y Judith se quedaron hipnotizadas ante el grotesco espectáculo. Sólo pasados unos segundos notaron la presencia en el cuarto.

En un sillón oscuro frente a las pantallas se encontraba Felipe.

Aunque estaba sentado en el sillón, su cuerpo se había ladeado de manera grotesca. Debido al resplandor de las pantallas su cadáver brillaba y se oscurecía como un extraño anuncio luminoso. Ana se quedó petrificada. Unos segundos después oyó la voz de Judith.

—No toques nada, no toques nada, pero mira la mesa del rincón.

Y, a pesar de la escasa luz, Ana vio un frasco sobre la mesa. Consiguió leer la etiqueta: Pentobarbital sódico. Ana señaló, entonces, unos álbumes desperdigados por el suelo.

—Mira, Judith, son sus books. Son fotos tuyas. Me las enseñó una vez. Pero esos con la marca rosa no los conocía —y Ana hizo ademán de cogerlos. Su amiga la detuvo.

—No toques nada. Deja que me ponga los guantes.

Con los guantes, Judith abrió uno de los books. Las amigas se quedaron alucinadas: las fotos de jóvenes desnudas se sucedían unas tras otras. Las había en todas las posturas, de todas las razas y edades.

—Hay que joderse —rugió Judith. Y tomó otro de los álbumes.

—Más chicas desnudas —confirmó al hojear las páginas. Se fijó, entonces, en Ana que se había quedado como hipnotizada mirando las fotos—. Pasemos de esta mierda. Ven Ana, vamos a seguir buscando.

Judith siguió con sus pesquisas. Con los guantes puestos, se había acercado al cadáver.

—Tiene un listado en el regazo —y lo tomó con cuidado— pone “Lista definitiva de aprobados”. Es el resultado de la oposición de Felipe... pero no está... no aprobó.

Y Judith depositó con cuidado las hojas en las piernas del suicida. No pudo evitar sentir pena por él, por ese niño solitario que se consolaba con los caballos. Después de todo, él también había sido una víctima. Aunque hiciera daño a los demás. “Intentó encontrar su rostro en el espejo y fracasó en el empeño”, pensó Judith. Y le volvieron a la mente las palabras que había leído en unas hojas húmedas:

“Es una estupidez seguir esperando lo que no va a llegar.  
No viene nadie después de la lluvia.”

Judith sintió en aquel momento una inmensa tristeza en su interior.

—Vamos, Ana, ya no hará daño a nadie más —le susurró a su amiga.

Y las dos abandonaron el apartamento dejando atrás la puerta cerrada.

Un fulgor azul les llamó la atención en la ventana del pasillo. Giraba como un faro. Abajo, la policía había llegado. Habían conseguido localizar a Victoria, la dueña del chalé de la orgía ilegal, pero Felipe Alazán se les había escapado. Ahora un coche patrulla se encontraba en el hall del edificio. Habían seguido la pista de un traficante de blancas y se iban a encontrar con un cadáver.

— Qué raro... nadie les ha llamado —se sorprendió Ana.

—Pues bajemos, seguro que no sabemos de esta misa la media y nos van a dar muchas explicaciones. Mira, Victoria está abajo con ellos.

Y cogieron el ascensor que las llevaba a las voces y a la gente. El ascensor que las alejaba de la muerte y las devolvía a la vida.

# EPÍLOGO

Varios meses después

Ana se despertó y bostezó relajada.

Aún recordaba su sueño y lo paladeó lentamente para disfrutarlo un poco más. Había vuelto a las gradas, al extraño circo romano. Pero esta vez las gradas estaban llenas. Los espectadores sonreían de felicidad y Ana reconoció muchos rostros: vio a María y a Gerardo atentos en un rincón, a la directora del Archivo un poco más allá y a Judith que le daba ánimos con energía a pie de pista. Todos esperaban sus palabras y se limitó a abrir los labios. Con eso bastó. Las ondas de luz salieron de su boca como una nube de luciérnagas doradas, iluminaron las gradas y alejaron la noche para siempre...

Ya despierta, comprendió lo que el sueño le indicaba y supo lo que tenía que hacer.

Se levantó con decisión de la cama y se dirigió al ordenador. Buscó, entonces, en un listado de cursos y seleccionó el siguiente:

## LOCUTORA DE RADIO

Fue abriendo las pantallas y rellenando la documentación. Una vez terminado el proceso, envió el dossier. “¡Ya está hecho!”, sonrió satisfecha. Y se recostó en el respaldo del sillón extendiendo los brazos. Pensó, entonces, en llamar a Judith. Pero no para pedirle ayuda o lamentarse en su hombro. Sólo quería compartir la decisión que había tomado. Marcó, entonces, el número de su amiga, se aclaró la garganta

y le dio vida al vacío con su voz.

FIN

## Curiosidades en torno a Serás ceniza por tu belleza.

### Curiosidades sobre mitología en *Serás ceniza por tu belleza*.

Los mitos son eternos porque responden a una íntima necesidad humana.

Con el paso de las eras conservan su esencia, pero se transforman para adaptarse a los nuevos tiempos. En *Serás ceniza por tu belleza* hemos transformado algunos mitos antiguos y los hemos llevado al presente vestidos con ropajes nuevos.

#### 1) El mito de Eco y Narciso.

Eco, según la mitología antigua, fue una ninfa del bosque condenada a no poder hablar por sí misma y a sólo repetir las últimas palabras de los que escucha. Acomplejada, se retiró a una cueva cerca de un río.

Desde su escondite descubrió a Narciso, un joven de gran belleza, y se enamoró de él. Al principio estaba acomplejada, pero al final se decidió a hablarle. Sin embargo, Narciso se rio de ella y Eco se refugió, de nuevo, en su cueva.

Por el sufrimiento que Narciso había causado a hombres y mujeres debido a su engreimiento, Némesis, diosa de la venganza, le condenó a enamorarse de su propia imagen reflejada en un lago.

Narciso acabará sus días, en efecto, ahogándose al querer reunirse con su propio reflejo en las aguas.

#### 2) Eco y Narciso en el siglo XXI: *Serás ceniza por tu belleza*.

En *Serás ceniza por tu belleza*, Ana, la protagonista, es una Eco moderna. Quiere vivir repitiendo palabras a través de los aires, pero no como hace el eco, sino como locutora de radio. Para ello tendrá que superar sus complejos. En efecto, es una joven muy tímida y cuando habla con alguien, se limita muchas veces a sentir o a repetir los argumentos de los demás. En el siguiente pasaje vemos como Ana hace de Eco con su Narciso-Felipe:

—*Anda, una vecina —dijo Felipe con un poco de condescendencia.*

—*Sí... soy una vecina —consiguió pronunciar Ana.*

—*Yo soy Felipe. Me parece que esta urbanización va a estar a la altura.*

—*Sí, es muy alta, tiene más de doce plantas.*

—*No me refiero a eso, chiquilla. Te estoy hablando de categoría, de clase.*

—*¿De clase?*

Siguiendo con la historia antigua, Eco se escondió en una cueva apartada; aquí Ana trabaja en los sótanos de un servicio de documentación, también un lugar oscuro y cerrado. Como en la mitología antigua, Ana se queda prendada de su Narciso.

En el siglo XXI Narciso se llama Felipe, un presumido y ególatra que se cree presentador de TV. Y, como en el mito antiguo, maltrata a Ana.

Victoria es la Némesis de nuestra historia y, como en el antiguo mito, condena a Felipe a recrearse eternamente en su belleza. Lo dice la propia Victoria:

*(...) Con el brazo roto, la hermosa cara de Felipe quedaba al descubierto y supe entonces*

*cuál iba a ser mi venganza.*

*—Detuve al perro, simplemente —y con esta frase los ojos de Victoria brillaron como los de un gato. Luego siguió:*

*—Máster le había destrozado el brazo, pero le salvé la cara. Pero eso no era un favor sino más bien alargar su maldición. Con otro rostro a lo mejor el Felipe Alazán que conocemos ya no existiría o, al menos, no como es ahora. Quizás habría tenido una vida normal. Se puede decir que al retener a mi perro le condené a seguir siendo víctima de su belleza. Ésa fue mi maldición.*

Al final de nuestra historia, Ana después de muchos padecimientos acaba por apartarse de su idolatrado Felipe, empieza su carrera de locutora y así, Eco, por fin, tiene voz.

Felipe, por su parte, cumple con su fatal destino y se suicida mientras mira eternamente su rostro en las pantallas de TV, como si fuera su reflejo en un lago.

### 3) Judith y la cabeza de Holofernes

El mito de Eco y Narciso es el centro de nuestra historia, pero también hemos bebido de otras historias antiguas. Como el mito de Judith y la cabeza de Holofernes.

El general asirio Holofernes estaba a punto de conquistar la ciudad de Betulia. Judith entró en su tienda de campaña, le emborrachó y le decapitó. Luego huyó con la cabeza en una cesta. Una anciana criada le ayudó en su empeño

En el norte de Europa Judith es considerada la mujer fuerte y poderosa por excelencia.

### 4) Judith en el siglo XXI

En nuestra novela Judith también es una mujer fuerte, como vemos a lo largo de diferentes pasajes:

*Ana era frágil, casi quebradiza, mientras que Judith era grande, masiva, poderosa. Judith no podía quedarse sentada y esperar, tenía que mirar al exterior, comerse el mundo.*

Y en otro pasaje:

*Vio a Judith. “La comercial de la inmobiliaria”, recordó. Ocupaba toda la puerta con su cuerpo. Era una mujer grande, sin duda. “Es casi tan alta como yo”, pensó Felipe.*

Judith, en nuestra historia, no se adentra en la tienda de campaña de Holofernes sino en la mansión del médico don Andrés de la Mata. Y lo hace en busca de respuestas. Encuentra al médico corrompido por los vicios y no consigue nada de él. Una anciana cocinera acude en su ayuda y le ayuda a desvelar todo el misterio. Con la información que le da la criada, Judith puede decapitar, simbólicamente, a don Andrés de la Mata, nuestro Holofernes del siglo XXI.

## Curiosidades sobre los nombres de nuestros personajes

Ana:

Hemos escogido el nombre de Ana porque es una palabra que es eco de sí misma pues se

puede leer de izquierda a derecha y de derecha a izquierda (este tipo de palabras son los llamados palíndromos).

Felipe Alazán:

Para muchos españoles el nombre de Felipe lleva asociado inevitablemente el adjetivo de “el hermoso”. Aquí el apelativo está plenamente justificado. Felipe, además, es un nombre de origen griego que significa “amante de los caballos”. Alazán es la palabra utilizada para describir a los caballos rojizos. Como vemos, todo en el personaje está relacionado con los caballos.

Judith:

Es un nombre de origen hebreo que significa “la alabada”. En efecto, en *Serás ceniza por tu belleza* Judith es una joven arrojada y luchadora digna de toda alabanza.

Victoria:

Victoria es nuestra Némesis en el siglo XXI. Ponerle a un personaje actual el nombre de Némesis habría sido un poco extraño. Como Némesis es la diosa de la venganza, nosotros hemos llegado hasta la victoria, y de ahí el nombre. Como curiosidad cabe decir que muchos artistas han pintado a la diosa Némesis con una corona. Nosotros la hemos peinado con un moño italiano. Más moderno y, sobre todo, más chic.

## NOTA DEL AUTOR

Si le gustó esta 2ª novela del ciclo “Almas rotas”, le estaría muy agradecido que dejara su opinión en Amazon. Me ayudará a seguir escribiendo más novelas del ciclo “Almas rotas”. Su apoyo es muy importante.

Puede dejar su opinión en [amazon.com](https://www.amazon.com) o [amazon.es](https://www.amazon.es). Para eso, tiene que poner “libros” en el buscador, luego el título (título) para ir a la sección “Opiniones de clientes”. Allí puede escribir su opinión y hacer su valoración en estrellas.

Por cierto, si además Amazon le manda un mail pidiéndole su valoración del libro, le agradecería que también dejara allí su opinión.

Gracias por su apoyo.

---

[1] En *Heredarás nuestros pecados*, primera novela de la serie “Almas Rotas”.